

POLÉMICA SOBRE EL PANENTHEISMO.

REPITO QUE ¡Á LA LENTEJA!

PRIMERA PARTE.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS.

I.

Vuelvo del campo, despues de dos meses de ausencia, y me encuentro honrado con una réplica del Sr. Canalejas, á la cual no pensaba contestar, si no fuera porque razones de pundonor me imponen el deber de refutar algunas inexactitudes de una destemplada ingerencia del Sr. Revilla.

Los insultos no son razones. Me parece de una buena crianza, un poco disputable, el que porque un escritor califique con más ó ménos dureza una doctrina, se le califique á él de *desagradecido* (¿de qué?), *sofista*, *discolo*, etc., etc., y todo porque no entiende á Krause.

Pues si pudiera entenderlo, no habría cuestion.

Y no habría cuestion, si lo entendiese el Sr. Canalejas, y nos lo explicase. Y tampoco habría cuestion, si al Sr. Revilla, cuya intromision en este asunto no me la puedo explicar, le permitiese discutir *la amistad que dice que me profesa*; amistad que, francamente, no vale la pena de que el Sr. Revilla se quede con un empacho científico, en el cual sentiré que se le indigeste la fórmula del enigma que el Sr. Canalejas y yo buscamos inútilmente.

¿Qué objeto se ha propuesto el Sr. Revilla al venir á complicar una cuestion científica con suposiciones denigrativas contra mi carácter, rebajándola á un altercado de vecindad? ¿Ha sido para enseñarme *gracia, benevolencia con nuestros semejantes y sentido moral*? Muchas gracias por la intencion, pero yo ya soy muy viejo para escolar, y él muy jóven para poder servirme de maestro en las dos últimas ciencias. ¿Ha sido para decirme la vulgaridad krausista de siempre,—que *si yo he leído* á Krause, no le he entendido?—Esto no será extraño, pues todos los krausistas le han estudiado, y parece que *ninguno lo ha leído*.

Pero no discutamos ahora si la accion del señor Revilla es buena, pues, por de pronto, la admito como tal.

Yo creía que el Sr. Revilla había entrado á tomar parte en este certámen para contestar á la pregunta

que he hecho inútilmente al Sr. Canalejas; pero, léjos de hacer esto, convierte la cuestion en puramente política, me da una leccion sobre los chistes, que acepto con agradecimiento, en gracia del buen gusto de algunos de los que él nos ha dado muestras en su periódico *La Crítica*, y me invita á que declare, lo que es cierto,—«*que él no ha tenido conocimiento del prólogo de sus Poesías hasta que se dió al público en la REVISTA EUROPEA*; es decir, cuando ya no era posible dejar de aceptarle sin grave escándalo y descortesía notoria.»—Repito que todo esto es cierto, y sólo siento que la cortesía no haya continuado siendo despues del prólogo tan circunspecta como lo ha sido ántes del prólogo.

Nada más que una observacion me permitiré hacer al Sr. Revilla. ¿No conoce que era mejor que cometiese conmigo *à priori* una descortesía, que yo le hubiera perdonado, ántes que hacerse cómplice *à posteriori* de ese gran crimen que se conoce que yo he cometido escribiendo el prólogo de sus bellas poesías?

Pero, en fin, los que se dicen mis amigos, siempre están cumplidos conmigo; y, siguiendo la polémica, me ocuparé ántes en las observaciones del culto y afectuoso Sr. Canalejas, aunque me duela un poco la cabeza; y despues replicaré al señor Revilla, aunque me duela mucho el alma.

II.

Dice el Sr. Canalejas:—«Krause ha dicho que la Humanidad en el schema del sér, tiene la figura de una lenteja. ¿Qué trivialidad, amigo mio! El schema es una representacion plástica para la fantasia, en la que se figura geoméricamente la relacion de los séres, y dada la diversidad de la naturaleza humana, espiritual, corpórea, etc., con el espacio producido por intersecciones de figuras que representen el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana. ¿Quita ni pone á la verdad de la doctrina que la figuracion geométrica de estas esencias sea más ó ménos bella, y se preste más ó ménos á ejercicios de agudeza y discreteo?»

¿Qué ganas de embrollarlo todo! Tiene razon el Sr. Canalejas; todo eso es verdad, y como yo, segun dice el Sr. Canalejas, escribo para las *tenderas conservadoras*, ya había dicho eso mismo ántes que él, con más claridad y más lacónicamente:—«La Humanidad, en el plan figurativo del sistema, tiene la forma de una *lenteja*.» Y decidido á complacer al

Sr. Canalejas, le pregunto yo ahora: ¿Cuándo yo quiera nombrar ese espacio geométrico que en el schema del sér ocupa la Humanidad, cómo lo llamo? Si le designo, como Krause, por el nombre de la variedad *lenteja*, dice el Sr. Canalejas «que es frase que no sabe por qué cautiva y enamora á un poeta tan delicado y de gusto tan exquisito;»—y cuando le doy el nombre de familia «leguminosa,» salta el Sr. Revilla, diciéndome altisonantemente que esa palabra es un chiste de *notorio mal gusto y de gracia muy escasa*. Pues entónces, ¿cómo la he de nombrar? ¿Quiere el Sr. Canalejas que la llame como aquella parte del cerebro en que Descartes fijaba el asiento del alma, nombrándola la *glándula pineal* de la masa encefálica del sistema armónico? Esto es demasiado largo, pero lo haré, si se empeña en ello, sólo por complacer al Sr. Canalejas.

Y añade:—«Hoy nos censuran á usted y á mí, los más, diciendo (con mucha razón) que no discutimos grave y científicamente.» Lo que es escribir más científicamente lo haría yo con mucho gusto, si supiera; pero escribir con más gravedad sobre asuntos que hacen reír, como dice el Sr. Canalejas, á las *tenderas conservadoras* para quienes yo escribo, eso es imposible. A los que tratan con soberano desden á ingenios como Descartes, Espinosa y Kant, para deificar á un talento muy mediano, no les daré yo el gusto de discutir con ellos en tono apocalíptico, para ocuparme en cosas enredadas, *sin gracia y sin sentido*. ¿Acaso lo que yo digo son vaciedades? Pues entónces nuestro estilo está en carácter, porque el vacío no merece otra cosa.

Así pues, volviendo al sitio que ocupa, en metáfora, por supuesto, lo que el Sr. Canalejas llama la figura geométrica de la... ¿cómo lo diré para no usar una frase de *mal gusto*? ¡Ah! sí, lo diré en botánica, para que se vea que entiendo de alguna otra cosa, aunque no entiendo á Krause, la *Ervum lens*, de Linneo. Pues como los sistemas filosóficos se juzgan por las ideas madres, y siendo el caos de la *Ervum lens* la idea madre del Krausismo, es menester que se me pruebe cómo dentro de ese espacio misterioso se efectúa el absurdo metafísico de *identificar los contrarios*.

Y note el Sr. Canalejas como, á riesgo de parecerle un escritor de *mal gusto*, vuelvo con afectación á la cuestión de la órden del día; es decir, á la... *Ervum lens*; pues, como ya soy un polemista viejo, no me dejo encantar por las sirenas de las cuestiones secundarias, y, con juicio seguro, insisto en desenmascarar la primera mentira que se me da como una primera verdad. ¡No hay misericordia! si hemos de seguir discutiendo, es menester que el Sr. Canalejas se asome frecuentemente al fondo tenebroso de esa simbólica legumbre, entre cuya sustancia amilácea el *Sér Supremo*, el *Es-*

píritu y la *Materia*, están *esenciándose* mutuamente en consorcio íntimo, no sé si civil ó religioso. Volvamos, pues, los ojos á la concepción de esa profundidad en la que se manipula esa esencia mística, á un tiempo ideal y material, que no tiene olor, color ni sabor; que no es ni siquiera el poético unto *sin nombre* de las brujas de Macbeth, y que, amañado como las empíricas misturas de Dulcamara, es lo que entre la bohemia literaria se suele llamar «una hondura de figuron.»

En resúmen, ó el Sr. Canalejas echa un rayo de luz dentro de la *Ervum lens*, de esa cámara oscura del sistema, ó sostengo que Krause era un *iluso*, sus discipulos unos *crédulos*, y los que nos ocupamos del Krausismo con formalidad unos *cándidos*.

Fuera disfraces. Ya es tiempo de desenmascarar ese dualismo de trampolín que se introduce en las escuelas con el nombre de *Panenteísmo*, y que real y verdaderamente sólo es un *Panteísmo*, aunque un Panteísmo de contrabando. Este nuevo Pastelero de Madrigal de la filosofía, que no sólo no es ningún rey D. Sebastian, sino que es lo que entendía Huarte por un *ajibilibus*, pero un *ajibilibus* que hasta sabe mal su oficio, ya es tiempo de que nos diga con claridad si ese lugar donde están embutidos el espíritu y la naturaleza se compone de una sola pasta, ó de pastas diferentes. Y si el Sr. Canalejas no explica esto, como no lo explicará, porque es inexplicable, el público declarará al *Panenteísmo* convicto y confeso de Panteísmo, y de Panteísmo materialista; y despues de esto, relegará la doctrina de Krause á la Historia de la filosofía, sustituyéndola clara y honradamente con lo que es, con la filosofía de Espinosa, y de este modo se llamarán lealmente: modos, á las cosas; atributos, á la naturaleza y al espíritu; y sustancia, á la esencia; y el logogrifo de «Todo es en, bajo, mediante Dios,» se le sustituirá con la geométrica fórmula de Espinosa: «La sustancia (Dios) se desarrolla por medio de atributos infinitos (pensamiento y extension) infinitamente modificados (variedad de las cosas).»

¿Cree el Sr. Canalejas que ni el público ni yo tenemos interes en no entender á Krause? ¿No conoce que si esa *esencia* que circula como la sangre por las arterias del sistema armónico fuese, no una cosa real, sino una cosa siquiera *concebible*, no nos apresurariamos todos á aceptar la fórmula de la solución del gran problema? ¿Cree que nadie puede tener interes en cerrar voluntariamente los ojos por no ver la luz?

III.

Pero ántes de volver á entrar en la repesadísima cuestión de la *esencia*, descartemos de la discusión el incidente del modo de escribir krausista, porque despues de decirme el Sr. Canalejas «que no deben

ser míos trozos de mi anterior artículo, de prosa melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la *tendera* más *conservadora*,» añade:—«Repito lo que en mi anterior: en el Krausismo escriben mal los que escriben mal, sin que me obligue á cambiar de dictámen la afirmacion de usted, de que la confusion es inherente al sistema.»—Y hablando de la escuela krausista, dice el Sr. Revilla:—«Reconozco sus errores y defectos; censuro, como el que más, las faltas en que han incurrido sus representantes en España: estoy al lado de usted en sus ataques á los desafueros, tan *injustificados* como *enormes*; que cometen sus expositores *con la lengua castellana*.»

¿Lo ha entendido bien el Sr. Canalejas? Los expositores del Krausismo, segun la autorizada opinion del Sr. Revilla, cometen con la lengua castellana desafueros tan *injustificados* como *enormes*. Sí, señor, sí. Desafueros tan *injustificados* como *enormes*, de los cuales no tienen ellos la culpa, sino la teoria krausista, pues la vaguedad que este sistema tiene en las ideas, quedará por mucho tiempo flotando en la atmósfera literaria, produciendo un gongorismo ininteligente é ininteligible, hasta que venga un genio que reduzca el sistema á polvo, y pase despues por encima el soplo de un huracan de filosofía que esparza las cenizas á los cuatro vientos del horizonte.

Y por más que el Sr. Canalejas insista en que en el Krausismo se escribe mal, cuando se escribe mal, le repito que en el Krausismo se escribe mal, porque no se puede escribir bien.

Una filosofía que en la inductiva, ó sea en la *analítica*, todo lo desindividualiza, todo lo borra, para unirlo en la esencia comun; y que, despues, en la *sintética* viene construyendo la ciencia desde un Dios abstracto, ideal y quimérico, hasta sumirlo todo en el confuso fondo de la *Erewn lens*, donde Dios, convertido en Sér Supremo, se compenetra con el Espíritu y la Naturaleza, sin que el Sr. Canalejas nos pueda explicar si esa compenetracion es física ó química, si es de yusta-posicion ó de fusion molecular, es imposible escribir con limpieza, porque de orígenes turbios sólo pueden manar corrientes sin claridad.

Y, á propósito de esto, recuerdo que habiendo sostenido yo en mi discurso de entrada en la Academia Española «que la metafísica *limpia fija y da esplendor* al lenguaje,» verdad que, por lo trivial, casi es una perogrullada, nuestro ingenioso y sabio amigo el Sr. D. Juan Valera, prescindiendo de que yo me refería á la metafísica y no á la metafisiqueña, para combatir mi asercion expuso al público el siguiente trozo de elocuencia del maestro del señor Canalejas, á quien no nombro por sincero respeto á su memoria:—«La existencia como la esencia pues-

ta, es en sí un contenido de existencialidades ó modalidades, pues la existencia se distingue en sí primero como originalidad ó primordialidad, y bajo originalidad se distingue como la eternidad (idealidad), por oposicion á la efectividad (temporalidad, existencia sensible), y otra vez bajo existencia se refiere como la eternidad en la efectividad, y la efectividad bajo la eternidad (la continuidad, la vida).»

Como dice aquel juego muy conocido: el desembrollador que lo desembrollare, ¡buen desembrollador será!

El Sr. Canalejas sostiene, sin embargo, que su maestro era un buen escritor, y aunque yo no quiero ahondar mucho en los juicios de una persona, cuyo recuerdo me es siempre querido y respetable, véase para muestra cómo describe la funcion psicológico-fisiológica del Sentir:—«La relacion del Sentir es relacion de union esencial del objeto como todo con el sujeto, como todo en forma de totalidad, en *toque y penetracion* de uno por otro, *entrando la cosa en parte del sujeto, y el sujeto en parte de la cosa...*» *Suficit*. Cubramos con un velo la plasticidad de este incidente, y démoslo por terminado.

¡Idioma de la patria en que he nacido! ¡Gloriosa túnica con que Cervantes vistió las humanas ideas de su prosa, y Garcilaso los divinos pensamientos de sus versos! ¡Quién te puede reconocer en estas formas desdichadas, de una ciencia mucho más desdichada todavía? ¡Es imposible, completamente imposible, que tú seas la misma lengua en que yo he oído las primeras caricias de mi madre!

IV.

Y el caso es que, sin necesidad, ni objeto, el señor Canalejas me da noticia de todos cuantos autores se han ocupado en la esencia, desde Ciceron hasta Balmes. ¡Cuántas investigaciones inútiles! ¡La esencia es una pasta solidificada? Bien. ¿Es una pasta siruposa? Lo mismo da. ¿Es una cosa aérea? Es igual. ¿Es sólo una invencion ideal? Todo es lo mismo. Lo único que nos importa saber, y es precisamente lo que el Sr. Canalejas no dice, es cómo ese vehículo universal, llamado *esencia*, sea sólida, líquida, aérea ó ideal, une al Sér y á los Séres, siendo *una y varia*; y cómo es blanca sin dejar de ser negra, y cómo es negra sin dejar de ser blanca.

Aqui no se trata de la esencia tradicional, sino de la *quinta esencia* del sistema armónico, que *une sin confundir y distingue sin separar*.

El Sr. Canalejas, para salir del apuro, se arbitra una esencia monoteísta-panteística, que es una lamentable confusion. Dice:—«Dios *da* la esencia á los séres (dualismo) y todas las escalas y grados de séres posibles ó actuales corresponden á las esca-

las y grados de las esencias que están en Dios como *su fuente* (panteísmo).—Sería una cosa curiosa que al fin tuviese yo que enseñar el Krausismo á los krausistas. Vamos despacio. Ha de saber el Sr. Canalejas que ese Dios se *desarrolla*, pero no *crea*. Si *diera* la esencia, sería *creacionista*, y ese Dios, en el sentido activo de la palabra, no puede *dar* la esencia á una materia que es tan eterna como él. La relacion que existe entre el criador (que no crea) y las criaturas (que no son creadas) es una material *continuación de esencia*. El Sér absoluto tiene *comunidad de esencia* con los demas séres, cuya esencia sólo se diferencia por sus *estados*, por lo que el señor Canalejas llama *escalas y grados de las esencias que están en Dios como su fuente*. Pero estas escalas y grados de las esencias, son una *misma esencia en diferentes posiciones*. Dios no *da* la esencia: la esencia *emana* de él. Así como para Espinosa todas las cosas son los *modos necesarios* de los atributos de Dios; las cosas, para Krause, son las *manifestaciones de la esencia divina*; son lo que, para embrollar la cuestion, inventando una esencia *panentheista*, que es ininventable, llama el Sr. Canalejas *escalas y grados de las esencias que están en Dios como su fuente*. En el Krausismo no hay más que una *esencia*, la de Dios. Krause, como Espinosa, no admite más que una sustancia, la del Sér, fuera del cual, *nada es, ni nada se puede pensar*.—«Dando Dios la esencia á los séres, sigue el Sr. Canalejas, en la diversidad infinita que están en él, se alejan los temores de panteísmo y de dualismo que sin razon asaltan á usted.» ¡Cuando les digo á mis lectores que estos caballeros que han estudiado á Krause parece que *no le han leído!*

Ya he dicho al Sr. Canalejas que el Dios krausista no puede *dar* la esencia á los séres, porque ellos *se la toman*. Dios no *da* la esencia, porque esta *se da*. Cada cosa viene en su época, pero viene inevitablemente. Todo es de la misma esencia de Dios, todo es Dios, y no puede haber *distincion* donde hay *identidad* de sér ó de esencia. El mismo Sr. Canalejas, dentro de este sistema, en su vida ultra-uterina, en la presente y en la futura, ha estado, está y estará unido á ese Dios por el *cordón umbilical* de la esencia, y nunca será libre, ni siquiera como dicen los materialistas que lo es el hombre, «como el pájaro en su jaula», pues recibirá eternamente su sustancia espiritual y corporal de la sangre que filtren las membranas que envuelven el interior de la misteriosa *Erzum lens*, ese gran claustro materno donde viven Dios, la Naturaleza y el Espiritu en *comunidad de esencia*. En Krause, como en Espinosa, «la libertad no consiste en una *resolucion libre*, sino en una *libre necesidad*.»

Nada, nada; tome el Sr. Canalejas esa cuerda, no para ahorcarse de pena, sino para salir de ese lago

Asfáltites en que se ahoga; y confiese sinceramente que le sucede lo que al público y á mi, que no puede entender la diferencia que hay entre el *panteísmo* y el *panentheísmo*. Que, el borrar la frontera que los divide, ha sido una aspiracion tan noble como imposible. Y no se aflija por esto el Sr. Canalejas, pues hay un espectáculo más lastimoso todavía que el de ver á un krausista que no entiende á Krause, y es el de ver á Krause, como decía Fichte que le sucedía á Kant, *que no se entiende á sí mismo*.

No, mi obcecado y querido contrincante:

Dice el *Panteísmo*: el mundo es una emanacion *necesaria* de Dios.

Dice el *Dualismo*: el mundo es una creacion *voluntaria* de Dios.

Aquí no cabe término medio; la conciliacion de estos dos términos irreconciliables es un imposible de toda imposibilidad. El armonizar la afirmacion panteísta con la negacion dualista, es echar abajo una de las bases fundamentales de la metafísica, que es el principio de contradiccion, que enseña que «es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.»

Sin embargo, faltando á este principio elemental, viene Krause y asienta esta fórmula armónica:—«Unir sin confundir, y distinguir sin separar.» Y echando á perder la completa é incomparable fórmula de Espinosa: «la sustancia se desarrolla por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados,» resume su sistema armónico en el siguiente guirigay:—«Todo es *en, bajo, mediante* Dios;» embrollo en el cual lo vago del fondo compite con lo antigramatical y escabroso de la forma. Todo es *en... ¿cómo? ¿embebido?* Pues *panteísmo*; ¿sólo *adjunto?* pues *dualismo*. *Bajo... ¿en categoría inferior, sólo por posición, pero en igualdad de esencia?* pues *panteísmo*; ¿en desigualdad de esencia y en diferencia de situacion? pues *dualismo*. *Mediante... ¿en relacion de igual á igual?* pues *panteísmo*; ¿en relacion de superior á inferior? pues *dualismo*. Todo esto puede ser ó *panteísmo* ó *dualismo*, pero nunca *panentheísmo*; porque ya he dicho que esto es un *imposible metafísico*.

Las cosas bien pensadas siempre son bien comprensibles.

Panteísmo: el mundo y Dios son de una esencia misma.—Comprendido.

Dualismo: el mundo y Dios son de esencias diferentes.—Se comprende.

Panentheísmo: el mundo y Dios, por medio de la esencia, se unen sin confundirse, y se distinguen sin separarse.—No lo entiendo, y el Sr. Canalejas no nos lo sabe explicar, porque él no lo entiende tampoco.

Dice uno de los doctores más claros de la escuela krausista:—«la relacion de Dios y el mundo no es

ni una relacion de *identidad* panteística, ni una relacion de *dualidad*: no hay entre el mundo y Dios ni identidad ni separacion.» Vuelvo á repetir que no lo entiendo.

Queriendo explicar el contenido de la *lenteja*, quiero decir, de la *Erroum lens*, dice otro de los adeptos de Krause que procura ser claro en todo lo posible:—«La idea del Sér infinito absoluto no niega ni excluye la sustancialidad de los séres finitos; ántes *los esencia* y funda con lo que *es cada cual el propio*, pero no absoluta é infinitamente, sino *en, bajo, mediante* el Real infinito absoluto-Dios.» Me falta la paciencia para descifrar tantas charadas. ¿Cómo el Sér funda los séres y los *esencia*? Es que los *esencia*, como un cuerpo sumergido en un liquido le comunica parte de *su materia colorante*? Pues *panteismo*. ¿Es que el Sér funda los séres con una materia diferente de la suya? Pues *dualismo*.

No hay manera de huir de este dilema.

Y en definitiva, ó el Sr. Canalejas se apresura á explicarnos esta idea madre del Krausismo, afirmando bien esta clave de la bóveda del templo, ó éste se les derrumbará, sin que nadie conmueva las columnas, y como dicen los versos vulgares:

En él morirá Samson,
Con todos sus Filisteos.

V.

Y sigue la esencia. ¡Qué fatiga!

Otro de los expositores más caracterizados de Krause, dice:

—«Si alguna parte de la realidad, si los espíritus ó los cuerpos se hallasen fuera del principio, habría division ó *solucion de continuidad* en el conjunto de las cosas, la unidad se disolvería, la union sería imposible, y el principio no sería el principio de todo lo que existe: el mundo debe, pues, estar contenido en Dios como los colores en la luz, como la variedad en la unidad; si no la ciencia no es un sistema, es una contradiccion, porque se supone que al lado del principio que *lo es todo*, existe aún *otra cosa*.»—Esto es confesar sencillamente, como Schelling, lo que es verdad en Krause—«que todo es uno y lo mismo»—si al lado del principio que lo es todo (que es el *panteismo*) no puede existir otra cosa diferente (pues sería *dualismo*) ¿dónde está, pues, en este sistema el *panentheismo*? ¿dónde está, ni cómo es posible, la *union* y *distincion* entre Dios y el Universo? ¿Cómo se puede entonces obtener en el *panentheismo*, en el sistema armónico de la ciencia, la verdad entera, completando el principio del panteismo por el del dualismo, la unidad por la variedad? Si no puede existir *otra cosa* al lado del que *lo es todo*, ¿cómo puede existir la *variedad*? Si hay otras cosas *finitas* que limitan el todo infinito ¿cómo se comprende la *unidad*?

VI.

Y, á propósito de la esencia *una y varia*, siendo varia sin dejar de ser una, y una, sin dejar de ser varia; ayer me encontré con la *tendera conservadora* que ha inventado el Sr. Canalejas, y se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Explíqueme usted el sistema filosófico de Krause.

—Es imposible: no lo entiendo.

—Pues ilústreme usted sobre la parte que sea más inteligible.

—En primer lugar, ántes de explicar á usted la *metafísica* krausista, que es una obcecacion, hay un trabajo de criterología preliminar, llamado *Análitica*, que está fundada en una pura *ilusion*. Uno de los mandamientos del Krausismo, segun recuerda el Sr. Laverde Ruiz, es el siguiente: «no admitas nada como cierto sin propio racional conocimiento,»—pero sus adeptos aceptan el itinerario trazado en la *Análitica*, como la única via segura para llegar á la verdad, *ántes de haberla recorrido*, acto de fe ciega que no tiene semejante en los anales de todas las fes autoritario-tradicionales del mundo:

Pero vamos á la primera parte de la ciencia, que es la *Análitica*. El objeto de esta criterología es marchar desde un *punto de partida* que es la *intuicion Yo*, para llegar al principio de todo, que es la *vision Sér*. El punto de partida *cierto*, es una *ilusion intelectual*, es el yo *indeterminado*, que se determina por el análisis. Este yo *en sí mismo*, sintiéndose ya hombre, en sí y fuera de sí, ve que la naturaleza humana es una, y sin embargo doble, pues la unidad de esencia se manifiesta en él de dos maneras distintas, como espiritualidad y como materialidad. Analizando, analizando, el yo estudia los tres géneros de realidad que componen el universo, el mundo físico y el mundo espiritual, opuestos entre sí y colocados en antitesis el uno frente al otro; y la humanidad, que es la síntesis de la creacion. Y despues de mucho analizar se reducen todos los órdenes de la existencia á la *unidad de su causa*.

Esta unidad de su causa es Dios, que no se *demuestra*, sino que se *muestra él* en todo lo que existe. No se le puede conocer de una manera *discursiva*, sino de una manera *intuitiva*.

—Y entonces, ¿para qué sirve la *Análitica*?

—Para nada. Krause dice que es para probar el acuerdo que hay entre el pensamiento y la realidad, pero lo más cierto es que le gusta repetir por pasiva, lo que ya nos ha dicho por activa.

Despues de partir desde una hipótesis tan arbitraria como la *intuicion yo*, se llega á la alucinacion de la *vision del Sér*, y á los conocimientos analíticos suceden los trascendentales, y entrando en la *metafísica*, que en el sistema armónico se llama

sintética, desde esa fantástica *vision del Sér*, desde esa noción supuesta de Dios, se van sacando todos los conocimientos posibles, y hasta se pretende deducir todos los imposibles.

—¿No puede usted explicarme esa metafísica tan fecunda en deducciones trascendentales?

—Es inexplicable.

—El Sr. Canalejas dice que usted escribe para las tenderas *conservadoras*, y yo soy, aunque tendera, una *alfonsina* ilustrada.

—Pues ¿de qué entiende usted?

—De telas.

—Eso ya es algo: filósofos conozco yo que no entienden de otro tanto.

Pues figúrese usted una tela de raso, que será un vestido despues, pero que ahora sólo es una tela *informe*. Supongamos que esta tela es Dios, y Dios es el Sér, es la realidad una y entera: no es una parte de las cosas, no es aún ni el vestido, ni el cuerpo, ni la falda, sino que es el todo en *inmanencia*, es todo en *unidad*: es la esencia, la tela entera, y no una esencia, no una parte de ella; la esencia *una*, pura y simple, una é indivisa.

¿Lo entiende usted?

—Un poco.

—Pues esta tela informe, pura y simple, una é indivisa, es la primera parte de la metafísica, es el Sér considerado *en sí*. Pues vamos al Sér, la tela, considerado en su *contenido*. Dios es la unidad del Sér y de la esencia, y lo contiene todo, es la tela de raso que contiene en *inmanencia* todo el vestido con el cuerpo, falda y sobre-falda. Dios ya será despues, aunque siempre de una manera indivisa, cada una de las determinaciones de cuerpo, falda y sobre-falda; pero ninguna de estas determinaciones ha de ser Dios, ha de ser la tela de raso, porque ésta es una y entera, y como tal superior á todo género.

—Y ¿cómo sabe Krause todo eso?

—Porque se lo figura.

—Luego ¿todo eso es hipotético?

—Tan hipotético como la metáfora del vestido, y tan *fantástico* como otro vestido que cierto día prometí yo á una ahijadita mia, á la cual le dije: «te he de regalar un vestido claro, pero ha de ser tan claro, tan claro, que *no lo has de ver*.»

Prosigamos; Dios, ó la tela de raso, es el organismo uno, infinito, absoluto, de donde saldrá el vestido; y, como la tela encierra todas las propiedades de su sér, resulta que éste, siendo idéntico á sí mismo, no se opone á la *diferencia*, y por consiguiente su *esencia* contiene lá *existencia*, que no es más que la esencia *determinada*.

¿Sigue usted entendiendo?

—Así, así.

—No importa; yo tampoco lo entiendo mucho, y, sin embargo, sigo:

La tela, el Dios *indeterminado*, pasa á la existencia, se *determina* y se convierte en *Sér Supremo*, que supondremos que será el cuerpo del vestido.

—Pero ¿qué diferencia hay entre Dios y el Sér Supremo?

—El Sér, Dios, es más extenso que el Sér Supremo. Quien dice Sér, dice *el todo*, la esencia misma. Quien dice Sér Supremo, sólo dice *un todo*, una esencia opuesta á otras.

—¡Ya!

—Este Dios es el mismo de Lao-Tseu, filósofo chino, Dios inmenso, silencioso, inmutable, que *sin nombre* es el principio del cielo y de la tierra, y *con un nombre* es la madre del Universo.

—¡Ya, ya!

—¿Y por qué, preguntará usted, Dios pasa de la *esencia* abstracta, á la *existencia*, que es la *esencia determinada*? ¿Por qué *sin nombre*, pasa á tener *nombre*? Porque sí: porque este Dios no es *como quiere*, sino que quiere *como es*. Hecho el cuerpo del vestido, pasan de la esencia á la existencia la falda, que supondremos que es la *Naturaleza*, la determinación del Sér, de lo puramente *cósmico*; y despues la sobre-falda, que será el *Espíritu*, la determinación del Sér en lo que tiene el carácter de *existencia libre*. El mundo no es más que un *todo colectivo*, constituido por dos términos *antitéticos*, el espíritu y la Naturaleza, y por un término *sintético*, la Humanidad. En la union de la falda y la sobrefalda, de la Naturaleza y del Espíritu, supondremos, pues, á la Humanidad, como síntesis de entrambos. Este punto de nuestro plan figurativo del vestido es la *Errum lens* del sistema armónico. La *Naturaleza*, la falda, no abraza más que los cuerpos; el mundo *Espiritual*, los espíritus; la *Humanidad*, los hombres.

¿Lo va usted entendiendo?

—No mucho.

—Pues ¡magnífico! si entiende usted alguna cosa, ya entiende usted más que algunos de nosotros.

—¿Cómo, pues, seguirá usted pensando, cada órden del mundo, cada parte del vestido, es infinito en su contenido? Es infinito, porque contiene en sí una *infinitud de cosas finitas*; cuente usted las muchas formas que pueden tomar el Espíritu y la Naturaleza, los pliegues de la falda y sobrefalda del vestido, y llegará usted á una *infinitud de cosas finitas*, pues el mundo es una colección de *infinitos relativos*, mientras Dios es lo infinito absoluto.

La esencia divina es la plenitud de la esencia.

Dios es *la realidad toda entera*.

El Sér Supremo, su plenipotenciario cerca de lo existente, es *una* realidad superior.

El Espíritu y la Naturaleza son dos fases, son dos *géneros* de la realidad, *idénticos* como todo en la *esencia*, pero contrarios en algunas *manifestaciones*.

El mundo es el conjunto de seres finitos distribuidos en géneros. El Espíritu y la Naturaleza, como géneros contrarios, son expresiones diversas y equivalentes de una *realidad superior*.

La esencia se sigue comunicando siempre, pero sin *solucion de continuidad*.

El mundo es solamente un todo colectivo, donde se manifiestan, bajo caracteres predominantes, las diversas determinaciones de la *esencia espiritual*, la *esencia física*, y su producto comun, la *esencia humana*.

Así se explica en el Krausismo la organización universal.

—¿Y cómo explica Krause esa explicación?

—De ninguna manera. Como no hay término superior á Dios, dice que no hay términos ni manera posible de explicarle. Es menester creerlo todo, porque lo dice Krause.

—Pues yo no lo creo.

—Ni yo tampoco.

—Estoy algo confundida. ¿Podría usted decirme todo el sistema en resumen?

—En resumen: el sistema tiene dos partes, la Analítica y la Sintética. La primera sube del yo á Dios. La segunda baja del Dios al yo.

Analítica. El yo *impensante*, *síntesis*, se piensa y produce el yo personal. Este, piensa en sentido divergente y conoce la *antítesis*, la Naturaleza y el Espíritu. Estos que, aunque son contrarios por algunas propiedades, son idénticos por otras, se identifican y son conocidos en la *tesis*, en Dios.

Esta es la marcha del pensamiento desde el punto de partida al principio.

Después se repite, volviendo desde el principio hasta el punto de partida.

Sintética. El *Sér*, *tésis*, se desarrolla y produce el *Sér Supremo*. Este se espacia en sentido divergente, y produce la *antítesis*, la Naturaleza y el *Esíritu*. Estos, que aunque son contrarios por algunas propiedades, son idénticos por otras, se vuelven á desarrollar en sentido convergente, y producen la *síntesis*, la union del espíritu y la materia, la *Humanidad*.

—¿Y es eso todo el sistema?

—Esto es todo el sistema. Y, para exponer esto, se escribe tanto y tan mal.

—Pero ese Dios infinito é *indeterminado* ¿dónde está después de hecho el vestido?

—Ese Dios infinito, queda siempre sin *determinar*. Todo está en Dios, pero Dios está fuera de todo. El vestido está en la tela, pero el sér tela siempre es un sér *abstracto* que tiene el vestido en *inmanencia*. Todo es uno en Dios, todo se convierte en él, todo se une en él. Todas las partes del vestido, se unen en el sér tela.

—Pero la esencia de Dios ¿en dónde está?

—La esencia de Dios es infinita, está en todas partes. La esencia del vestido es la tela de raso, que se halla en todas sus *determinaciones*.

—Y entonces la *esencia* ¿cómo es *una* y cómo es *varia*?

—Es una en *verdad*, y varia en la *apariencia*.

—No lo entiendo.

—Pues esto es fácil de entender. ¿No ha llevado usted nunca á las máscaras caretas de diferentes colores para embromar á alguno, haciéndole creer que eran muchas personas la que en realidad no era más que una sola?

—Sí, señor.

—Pues esa es la esencia krausista, que nos está embromando á nosotros, una misma cosa con diferentes manifestaciones, con diferentes colores. Así la esencia es *una* en verdad, como en el *panteísmo*; pero, para huir de éste, ha sido necesario convertir las apariencias en realidad y crear la esencia *panentheista*, conciliando las opiniones de los que aseguran que no hay más que una esencia y los que creen que hay dos ó más.

—Pero en resumen, ¿cuántas esencias componen las partes del vestido?

—*Una sola*, la tela de seda, que lo mismo está en el cuerpo, *Sér Supremo*; que en la falda, *Naturaleza*; que en la sobrefalda, *Esíritu*; que en la parte en que se unen estos dos, la *Erctum lens*, que en nuestro schema ó figura del vestido, lo ocupa la *Humanidad*.

—Pues si es una sola en verdad la esencia del vestido, ¿cómo es *una* y cómo es *varia*?

—Eso se lo puede usted preguntar al Sr. Canalejas, que dice que lo sabe, y que no lo sabe decir.

Y la tendera conservadora del Sr. Canalejas se marchó á que éste le solventase la duda de cómo lo uno puede ser *vario*, sin dejar de ser *uno*.

Á mí se me olvidó decirle que, para abarcar toda la ciencia, y partiendo de la teología del *sér*, que es la *razon* de todo, no porque lo *crea*, sino porque lo *contiene*, como la calabaza *encierra* las pepitas, no había luego más que escribir sobre las partes del vestido, una filosofía del *Sér Supremo*, que no es más que una *determinacion* de Dios, la misma esencia de Dios, que, *uniendo al mundo* y *siendo diferente de él*, sirve de *lazo comun* á la Naturaleza y al Espíritu. Otra filosofía después de la *Naturaleza*, de lo *inconscio*, donde todo se realiza de una manera obligada y uniforme; y otra del Espíritu, de lo *conscio*, donde, aunque ofrece el carácter de la espontaneidad, todo se realiza también de una manera obligada, pero *varia*. Y por fin, otra filosofía de la *Humanidad*, que es el frente de la cabecera *Sér Supremo*, en la mesa del festin de la creacion; pues si el Espíritu y la Naturaleza son dos infinitos relativos, en los cuales están en *comunidade de esencia*

los espíritus con el Espíritu, y los cuerpos con la Naturaleza; después que la Naturaleza y el Espíritu están por la parte de arriba en *comunidad de esencia* con el *Sér Supremo*, del cual no son más que dos *manifestaciones*; vienen por fin ese Espíritu y esa Naturaleza á *penetrarse íntimamente*, por intermedio de la esencia comun, en el hombre, síntesis de entrambos, pues posee órganos físicos para todo lo que se halla en la Naturaleza, y facultades intelectuales para todo lo que existe en el Espíritu.

Con estas cuatro filosofías se obtiene la *Omnisciencia*.

Y por supuesto que suele alguno obtener esta omnisciencia sin que la pueda utilizar para otra cosa más que para ser catedrático de filosofía.

Y todavía estos cuatro ramos de la ciencia se pueden reducir á uno solo; pues, si en la generacion del mundo, descienden de Dios separándose de él el Espíritu y la Naturaleza, para converger después los dos hácia la Humanidad, se simplificaría más todo el saber, escribiendo una filosofía de lo absoluto, del *Sér*, que contiene todos los séres. Si todo está penetrado de la *esencia divina*, todo está en todo. Por lo cual, debí añadir á la tendera-Canalejas, que es inútil tanta metafísica, pues si la *esencia es infinita y está en todas partes*, y cada Sér, al determinarse, no hace más que realizar parte de la esencia que está en Dios, todo sér, en cualquiera posicion, es como debe ser, pues todo es ciego, necesario, fatal, divino.

Y ya verán mis lectores cómo, para refutar esta metáfora del vestido de la tendera-Canalejas, que es evidentemente *mala*, alguno va á escribir otra, que desde luego aseguro que será muchísimo *peor*.

Y ahora que caigo en ello, ¿le parecerá á alguno de mis contradictores, poco seria esta imagen de la metafísica de Krause? Aunque sea así, les responderé con la autoridad de mi amigo el Sr. Sanz del Río, que, en su amplio espíritu de tolerancia, me decía: —«Así, así, aunque escriba usted contra algun filósofo, escriba usted de manera que la filosofía pueda hacerse popular.»

VII.

Y ántes de dar por terminada esta cuestion, y en prueba de la sinceridad de mis opiniones, quiero repetir lo que ya he indicado diferentes veces, y es que el *Panentheismo*, como ha dicho no recuerdo qué crítico, —«sólo es el panteismo *mas el absurdo*,»—y, según otro escritor, el panentheismo —«es el ateísmo *mas la mentira*.»—De estos dos juicios puede escoger el Sr. Canalejas el que más le agrade, ó, por mejor decir, el que menos le disguste.

Considerando los sistemas filosóficos, no en su principio, ni en su método, ni en su forma, que sólo producen divisiones empíricas y arbitrarias, sino en

su objeto *final* y abrazando la *totalidad de las cosas*, el entendimiento humano no puede concebir en filosofía más que dos teorías: el *Panteísmo* ó el *Dualismo*; ó la sustancia *una*, ó las sustancias *diferentes*. El panteísmo puede ser, ó *materialista* como el de Espinosa y el de Krause, ó *idealista* como el de los filósofos de lo *Absoluto*. Pero todos estos son *panteísmos*. El *dualismo* puede ser el *materialista*, en el que Dios dá forma á una materia preexistente y eterna; ó el *espiritualista*, en el que Dios saca el mundo de la nada. Pero ambos sistemas son *dualistas*.

El eclecticismo *armónico*, el Krausismo, el término medio llamado *panentheismo* es inconcebible, es un monstruo fantástico, es el Hipocentauro, mitad hombre y mitad caballo, que inventó la mitología pagana.

Si yo, como ha observado el Sr. Canalejas, soy tolerante con todos los sistemas de lo absoluto, menos con el de Krause, es porque todas las escuelas emanadas de la gran filosofía crítica de Kant son francamente *panteístico-idealistas*, y no tienen la hipocresía de la de Krause, que se llama *panentheista*, siendo, en realidad, más bien que un sistema *panteístico-idealista* como las de Fichte, Schelling y Hegel, un retroceso al panteísmo materialista de Espinosa. Yo no admiro las filosofías de lo Absoluto, pero las tolero, porque las concibo. Y ciertamente que mi tolerancia raya en magnanimidad al respetar sistemas que empiezan por estar en contradicción con el mismo nombre que llevan, pues los Absolutos de Fichte, Schelling y Hegel, son unos absolutos-relativos, son unos aprendices de omnisciencia; y así, el *Yo*, la *Identidad* y la *Idea*, en vez de ser lo *Absoluto* que encierra *toda perfeccion posible*, son unos recién nacidos que llegan con el tiempo, después de mucho estudiar, á la plenitud del saber, como cada hijo de vecino. Al empezar su carrera el *yo absoluto* de Fichte, la *identidad absoluta* del yo y el no-yo de Schelling, y la *Idea absoluta* de Hegel, sientan plaza en la existencia como unos simples soldados rasos, como los del ejército francés, de los cuales decía Napoleon que todos llevan en la mochila el *baston de mariscal*. Lo mismo sucede con estos Absolutos: al principio son unos simples soldados, unos absolutos en *potencia*, unos generales futuros, pero después que crecen y se desarrollan, acaban por ser los mariscales de la creacion: unos Alejandro en *acto*. ¡Cuánta demencia!

Pero en fin, estas son demencias concebibles; pero lo Absoluto de Krause no tiene punto de concepcion posible; entre el *sí panteísta* y el *no dualista*, no hay ni siquiera el espacio de la *Erroum lens* para colocar el *qué sé yo panentheista*. Entre los intersticios de los dos sistemas no se puede colar ni siquiera ese sueño que comienza con la *intuicion*

del yo, es decir, la idea de un yo abstracto é indeterminado, que sólo existe en la mente de Krause, y que se eleva hasta la *vision del sér*, segundo cabo del sueño, principio absoluto de la ciencia, sér universal y abstracto, completamente ideal y quimérico, absolutismo trascendental, remolino vertiginoso que recuerda el estado mental de aquel personaje, un poco turbado, y no por el agua, que no pudiendo tenerse en pié, y habiendo oído que el mundo daba vueltas, se sentó á esperar que su casa pasase por delante de él para meterse dentro. Pero el Absoluto de que tratamos es un turbado por partida doble, pues no sólo se sienta á esperar á que pase la casa, sino que en su sonambulismo sueña que aparece la casa, y que se mete dentro, mientras él sigue echado y durmiendo lo que el vulgo llama el *sueño del justo*.

—«Pues no hay forma más completa y trabada, oigo que me dice el Sr. Canalejas, que el Krausismo en sus diversas teorías, ni conozco *concatenacion* que respire mayor vitalidad lógica en la filosofía moderna, sin exceptuar el Hegelianismo.»—Cierto; en este sistema todo se *explica* despues que se concede lo *inexplicable*. Véase una de las principales partes de la armonía de este sistema.—«Así como Dios es el Sér de armonía infinita y absoluta, el hombre es el sér de armonía en los límites y en las condiciones de la creación. Dios es al *mundo espiritual* y al *mundo físico*, lo que el hombre es al *espíritu* y al *cuerpo*. Como el espíritu y el cuerpo son inseparables de la humanidad, fundándose en la naturaleza humana, el mundo espiritual y el mundo físico son inseparables de Dios, hallando su fundamento en la esencia divina.»—Todo esto, á la simple vista, está perfectamente *concatenado*, sólo que mirándolo despacio hay, como siempre, en esta cadena uno ó dos eslabones rotos. ¿Qué es esa *naturaleza humana* en que se fundan inseparablemente el espíritu y el cuerpo? ¿Es la *misma* esencia divina en forma de *humana*? ¿Qué es esa *esencia divina* en que se fundan el mundo espiritual y el mundo físico inseparablemente? ¿Es la *misma* esencia humana en forma *divinizada*? Claro es que dando por supuesto que estos dos eslabones rotos, no están rotos, la ciencia queda erigida en sistema. Pero, como el primero de los eslabones está roto, el sistema se cae á pedazos por todas partes. La esencia humana es la misma esencia divina, y es una arbitrariedad suponer nunca vario lo que siempre es uno, llamar *panentheismo* al *panteismo*, y apellidar, como el Sr. Canalejas, *concatenacion armónica* lo que es una confusión *caótica*. Como todos los demás sistemas, el Krausismo explica todo lo *posible*, pero es despues que se concede todo lo *imposible*. Y como yo no quiero reconocer ese *imposible*, y como el Sr. Canalejas, con sus explicaciones, no me

sabe aclarar la *posibilidad* de esa *imposibilidad*, resulta que no quiero ser uno de esos pobres creyentes que, como se dice vulgarmente, están comulgando con ruedas de molino. No me acomoda ser cómplice, ni siquiera con mi silencio, de la pereza de esos malos estudiantes que, porque echan un vistazo al conjunto de un sistema, ya creen que lo saben todo, cuando lo único que han aprendido es á no aprender ya nada con claridad. Y no es porque yo dé importancia á esa insistencia, verdaderamente tenaz, con que los partidarios de este sistema procuran ponerlo fuera del alcance del buen sentido público envolviéndolo entre las nieblas del *respeto* y la *seriedad*, pues yo espero que pronto llegará el Mesías que barra de la haz de la tierra todos esos panteismos, y particularmente el panteismo de Krause. Pero consolémonos de ello, pues por más que se vuelva á oír aquella voz profética que á la caída del paganismo gritaba por los aires: «el gran Pan ha muerto!» siempre nos quedará, como ley moral, en el vacío que dejen ellos, ese Dios antropomórfico de las mujeres, de los niños y de los viejos, que aparece en forma de Cristo Redentor, cuando el gran Pan toma el camino de la nada, dejando en paz las conciencias; pues al género humano, lo mismo que á Descartes, le basta poseer, no una certidumbre *rigorosamente absoluta*, sino una certidumbre *rigorosamente suficiente*.

VIII.

Tengo un verdadero disgusto en ver que el señor Canalejas es partidario del escéptico principio de «piensa mal y acertarás,» pues con toda franqueza me dice:—«Confieso que la frase *pasión política*, envolvía en mi pensamiento la censura que usted acepta respecto á predominio de la ciencia oficial y á la prueba de *buen gusto* dada por los gobernantes en el último incidente universitario.»—Y, despues, en todo el curso de su artículo, habla el Sr. Canalejas de *ciencia oficial*, de *libertad de la ciencia*, de *tolerancia*, etc. De nada de esto se trata, ni ahora me importa. El Sr. Canalejas, al preocuparse tanto de una cosa que no se discute, al ver su empeño en ligar á los catedráticos de la Universidad al krausismo, me recuerda á uno de la de Santiago que, porque no llevábamos manto y sombrero tricornio, exclamaba con indignación:—«¿Cómo es posible que haya ciencia cuando no la *infunde el traje*?»

Y como yo, aunque parezco ligero, lo soy en mis afirmaciones mucho ménos de lo que parezco, le repito al Sr. Canalejas: que es una prueba de *muy buen gusto* en el ministerio Cánovas el procurar saber si en las Universidades se quiere convertir en *ciencia* lo que en la calle es *motín*, y si el *rumor de ciertas ideas* es fácil que se realice en un *tumulto de hechos*. Por lo demás, abandono esta cuestión

para siempre, y si el Sr. Canalejas, despues de meter la esencia á barato, ha recibido, ó se ha dado, el santo y seña de convertir un asunto *literario* en cuestion *política*, tocando llamada y tropa hácia ese lado, desde luégo le dejo soplar cuanto quiera, y me alejo del combate, pues odio todas las manifestaciones tumultuarias, desde que he leído, no sé dónde, que todos los ruidos van á parar al silencio.

¡Libertad, tolerancia! ¿Es que la libertad y la tolerancia sólo es un deber para nosotros, y un derecho para otros? ¿Sabe el Sr. Canalejas, si imitando nuestra tolerancia, alguno de los que él apadrina, ha votado jamás para catedrático de filosofía á ninguno que no fuese partidario de su sistema? ¿Hay álguien que responda que sí? Pues á solas con mi conciencia, y con la mano levantada al cielo, juro que no lo creo. ¿Me asegura que si el Sr. Canalejas? Pues como dice Fontenelle: «Puesto que lo dice él, lo creo; si lo viese yo, no lo creería.»

IX.

Y, refiriéndose á lo que yo decia en mi anterior artículo sobre la *moral* y la *conciencia*, escribe el Sr. Canalejas: «Estoy seguro, muy seguro, de que, sometida la cuestion á peritos, los revisores, ayudados de la critica *interna*, declararán, como yo, apócrifas esas páginas. ¿Cómo, dirán, un escritor tan ingenioso, desembarazado y suelto, discreto y culto como Campoamor, pudo escribir esos trozos de prosa *bourgeois* melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la tendera más *conservadora*?»

¿Quiere el Sr. Canalejas darme á entender con esto que lo que he escrito me lo ha dictado acaso alguno de los amanuenses de mi amigo el Sr. Marqués de Orovio? Pues se ha engañado: es verdad que me lo han dictado, pero me lo ha dictado el público, por medio de un anónimo; y por cierto que por el carácter femenino de la letra, no estoy léjos de creer que ha sido de la misma tendera que conoce el Sr. Canalejas, y que tanto se distingue por su virtud, por su curiosidad y por su hermosura. Y, por si el Sr. Canalejas está en el secreto, ya sabrá que he suprimido del escrito algunas expresiones como estas: ¡Guerra á las doctrinas impías! ¡anatema á los principios expoliadores! Sí, encantadora tendera del Sr. Canalejas, ¡guerra á las doctrinas impías! que aunque afectan una moral severa, es una moral de capricho, una hija de aluvion que no tiene madre conocida! La ley moral necesita tener una base metafísica segura, y el Krausismo es un sistema filosófico sin base, que tiene los defectos de todas las escuelas, sin ninguna de sus ventajas; que es panteísta á medias y dualista por casualidad, para acabar por ser *panentheísta*, que es una purísima ilusión; que es ontológico y psicológico, para no ser absolutamente nada. Es verdad que en este sistema

se suele hablar de virtud y de vicio, de bien y de mal, de mérito y de demérito, pero esto es lo que el nominalista Roscelin llamaba meras palabras, sonidos, *flatus vocis*, pues todo es indiferente, igual y necesario ante ese Dios de caoutchouc, automático y holgazan que no se mueve por nada y para nada, y para el cual el derecho es el hecho, y todo lo que sucede debe suceder. Sí sí, ¡guerra á las doctrinas impías! y además, ¡anatema sobre los principios expoliadores! que despues de haber hecho á Dios de una esencia comun de la cual participan todas las cosas grandes y pequeñas, han echado el rasero de la comunidad sobre los bienes de la tierra y las conquistas del cielo, quitándoles á unos los productos de su trabajo y robándoles á otros las esperanzas de la inmortalidad! Sí, sí, ¡anatema y guerra á una filosofía desolante y perturbadora! Desolante, porque en ella la personalidad humana desaparece impersonalizada en el abismo de una esencia que no sabemos si es aérea como los gases, ó, de la consistencia trémula de la turba de los pantanos! y perturbadora, porque su esquematismo puramente formal, que imaginando relaciones de cosas que no existen, y fatigando la imaginacion con repeticiones perpetuas y con clasificaciones la mayor parte de las veces trivialísimas, crea una sofisteria digna de un bajo imperio intelectual; sofisteria que no sólo mina los grandes imperios de hecho, sino que con la mala tendencia de su comunismo idiosincrático, hasta destruye sus mismas creaciones, haciendo imposibles las únicas repúblicas posibles!...

Continuemos:

SEGUNDA PARTE.

AL SEÑOR DON MANUEL DE LA REVILLA.

I.

El Sr. Revilla, en un tono de suficiencia político-literaria-social-filosófico-cosmopolitana, con motivo del prólogo escrito por mí para insertarlo al frente de sus excelentes poesías, y, aconsejándome parsimonia en el estilo, con la misma propiedad que aquel maestro de escuela andaluz, que decia:—«Niños, *sordao* se escribe con ele,»—desenvaina sus disciplinas de dómine y me flajela, con una destemplanza, tal vez propia de mis escasos merecimientos para con él. Ha hecho bien. Entre sus antiguos amigos, que al parecer se muestran irritados, y yo, que no doy ninguna importancia á las flaquezas humanas, me ha hecho el honor de designarme para que pague los *vidrios rotos* de la cuestion.

Pues bien, los pagaré; aunque no valen lo que cuestan. Pero, ántes de pagarlos, se me permitirá decir que yo no creía que estas cuestiones, en que



todos estamos interesados, diesen lugar á la alteracion de nuestras amistades. Enfadarse algunos Krausistas con el Sr. Revilla, porque yo digo en el prólogo de sus poesías cosas que les he dicho á ellos cara á cara, es hasta una inconsecuencia científica. Todos los seres, en su sistema, realizan su esencia en la vida por una serie continua de estados determinados; esta serie es el *mudar*, y cada término del mudar es un *fenómeno*. Con arreglo á este principio, ¿dónde está el estoicismo de los que opinan que toda *existencia* no es más que una *esencia realizada*? ¿Qué manera es esa de *estar en Dios*? ¿La cosa ha pasado así? pues entonces, estaba en la *esencia*, estaba en el *gérmen*, debió pasar. Si todo lo que sucede, debe suceder, ¿á qué es enfadarse por lo sucedido? ¿Ahora salimos con el *dualismo* de que tambien hay Krausistas *sensibles*?

¡Cosas más raras!

II.

Pero es que, con respecto á haber dicho yo en público, lo que he escrito en el prólogo, parece ponerlo en duda el Sr. Revilla, pues asegura que habrá sido en otra forma. Yo no sé decir *procurador* más que de una manera. Si por algo me disgusta la elocuencia es porque sabe decirlo de tres modos, y ninguno bien, *precurador*, *percurador* y *porcurador*. Tengo en mi poder todavía las papeletas que se sacan á la suerte y nos entregan en la Universidad, donde están escritas mis preguntas, hechas con las mismas palabras que se han publicado en el prólogo-Revilla. En esta parte el que ha informado al Sr. Revilla de lo contrario, le ha engañado.

Y le ha engañado tambien el bibliógrafo que le ha contado que entonces yo no escribía prólogos, pues precisamente por entonces se hizo una reimpression de las «*Polémicas con la Democracia*,» y allí hay un prólogo mio en el que, con algo de vanidad, procuro coger á la democracia en fragante delito de *inconsecuencia*.

Ya ve el Sr. Revilla la violenta posición en que se ha colocado para dar á mi conducta un colorido siniestro, cuando, para hacerlo, hasta ha tenido que valerse de historias que, no tienen nada de históricas.

Hé aquí las palabras en que el Sr. Revilla desconfía de mi veracidad:

«Usted diría esas cosas (probablemente con mejores formas) á los Krausistas cuando era juez de las oposiciones á que *ellos* (entonces poder) le llamaban, rindiendo justo y merecido tributo á su valía.» En primer lugar, el Sr. Revilla está mal enterado, pues en el jurado á que particularmente alude, yo fui nombrado juez por un amigo mio, años ántes de que ellos fuesen poder, por lo cual no he tenido que aceptar sus favores, que me hubieran honrado

mucho. En esta parte están ellos más acostumbrados á mi tolerancia, que yo á la suya; pues la mia, es tan grande, que la del Sr. Revilla, comparada con ella, es casi inquisitorial. En pleno moderantismo, cuando la fuerza del poder público era efectiva é incontrastable, un hombre de Estado eminente, á quien no nombro porque no estoy autorizado para ello, que formaba parte conmigo de un jurado, con el instinto seguro del hombre de experiencia, y en uno de sus arranques, algunas veces extremados, pero siempre varoniles, me dijo lo siguiente: «Ni mis amigos ni yo votaremos nunca á...» (un Krausista). El opositor tuvo noticia del hecho por el Sr. Sanz del Rio; hizo una protesta contra la parcialidad del jurado, protesta que yo apoyé, porque soy de los que creen que los jueces vamos á juzgar solamente la *cantidad* del saber de los opositores, y no la *calidad*; pues con respecto á la *calidad* ya responde el Gobierno de ella, para lo cual se le remiten las ternas. Y si el Sr. Revilla me hace un cargo, porque yo he dado mi voto, que no le hacía falta, al que ha escrito en su compañía un precioso libro de moral (que de todo tiene menos de Krausista), al Sr. D. Urbano Gonzalez Serrano, cuya virtud, elocuencia y saber soy el primero en envidiar, así como el Sr. Revilla debe envidiar su modestia, le ruego, que si le ve ántes que yo, le diga de parte mia, que el haberle votado es un honor del cual yo me envaneceré toda mi vida.

Y por haber obrado siempre con esta tolerancia, es por lo que los señores *Moreno Nieto, Valera, Arnau, Fernandez y Gonzalez* y yo, no sólo hemos adquirido el derecho, sino que tenemos el deber de discutir el Krausismo hasta con encarnizamiento, sin que los Krausistas formen queja de nosotros, porque somos los que principalmente en las oposiciones hemos contribuido á dar entrada en las Cátedras con nuestros votos á algunos adeptos á esa escuela, porque creíamos, y yo por mi parte sigo creyendo, que, en vez de ahogar la doctrina en el misterio, se la debe desafiar á que salga á luchar á la luz del día y se conquiste en la ciencia la cruz laureada que merezca en juicio contradictorio.

Y á esto pregunta el Sr. Revilla:—«¿Y por qué se dió el voto á los opositores á Cátedras que tan disolventes ideas profesaban?»—Ya he dicho, y repito, que todos los opositores á quienes yo he dado mi voto, siendo en esto ilógicos con su sistema, todos profesan la moral más pura. Y además, y en esto estoy tambien en completa disidencia con varios amigos míos, de ninguna parte me sorprenderían más ciertos ataques á la moral aceptada, que de los Krausistas, porque desde el momento en que lógicamente dedujesen las consecuencias prácticas del principio metafísico de su sistema, desde aquel mismo momento dejarían de ser Krausistas, lo que

ellos llaman enfáticamente la ciencia se desvanecería, y se quedarían en la práctica, siendo lo que son en teoría, unos Espinosistas vergonzantes, y entonces el sistema armónico estaría demás, y se le trataría en la historia como una superfetación filosófica.

III.

Y con el tono, no muy disculpable, de el que interrumpe una conversacion, como diciendo:— «¿Quién se atreve á hablar ahí sin mi permiso?»— dice el Sr. Revilla, refiriéndose al conjunto del sistema:—«El pensamiento humano, sincera y lealmente expuesto y determinado en una construccion científica, no es cosa baladi que pueda tratarse en son de mofa y escarnio, ni semejante modo de juzgar y censurar sistemas puede admitirse jamás entre hombres *serios*.—Debo protestar tambien, á nombre de la dignidad de la ciencia, contra el tono que usted emplea al dirigir sus ataques, tono inconvenientísimo en asuntos que deben tratarse con *seriedad* y *respeto*, y no con chistes de dudosa ley y gusto dudoso, que son un verdadero atentado contra cosas *santas*.»

¡Respeto, seriedad! Todos los caballeros hechos de prisa tienen la misma pretension, la de ser tratados con respeto y seriedad.

¿Quiere el Sr. Revilla que hablemos de los filósofos con más circunspeccion que ellos de sí mismos?—*Fichte* decía de *Kant*: su estilo es *soporífero*. *Heine* aseguraba de los imitadores de éste: «sus imitadores *sin talento* lo han remedado en las malas cualidades extrínsecas y han difundido la preocupacion de que nadie puede ser filósofo *sin escribir mal*.» *Schelling* clasificaba el sistema de *Hegel* «de una *arbitrariedad* la más *estrambótica* y la más *inconcebible*,» y de *Krause* decía: «que no tenia más que tres cuartas partes de cabeza.»

Si yo dijera de *Krause* que su estilo es *soporífero*, que *escribía mal*, que no tenia *talento*, que su sistema es una *arbitrariedad estrambótica*, ¿qué diría el Sr. Revilla de mí? ¿que *escribía sin respeto y seriedad*? Pues eso se lo puede decir á *Fichte*, á *Heine* y á *Schelling*.

¡Cosas santas!

En un sistema filosófico las cosas más santas de que se puede tratar son los dos problemas de la *vida futura* y el *destino del hombre* sobre la tierra. Pues bien; figúrese el Sr. Revilla la *seriedad* y el *respeto* con que le oiría, si viviera, la inteligente y virtuosa imágen de aquella sombra, á quien dedica la tierna y última composicion de sus poesías, y le dijera:— «El Dios de los Absolutos es un Dios que *se hace*. Pero el Dios Krausista existe de toda *eternidad*, y todas las cosas del mundo son *coeternas* con él. El universo es la expresion de los atributos de la

esencia divina, y como no hay más que una sola y misma esencia, todos los séres realizan en Dios la esencia divina bajo modos diversos.» Al explicar esto, el Sr. Revilla le hablaría como un sabio que se dirige á otros sabios; pero si la oyente le preguntase:—«Y eso, ¿qué quiere decir?»—Entonces, el Sr. Revilla tendría que hablar como yo, como un hombre vulgar que habla al vulgo, y tendría que usar un tono *inconvenientísimo*, y hasta valerse de chistes de *dudosa ley* y *gusto dudoso*, y echar mano, para hacerse entender, de cualquier metáfora, diciendo lo siguiente, sobre poco más ó menos:—«Esto quiere decir, que el Dios de que he hablado es una especie de esos sumideros que existen en algunas marismas, en las cuales, primero, por medio de una succion misteriosa, se sume el cuerpo hasta la cintura; despues se cuele hasta la garganta, y, cubriendo por fin el occipucio, se ahoga el cuerpo, bebiendo arena. Limbo indefinible é indefinido, la suerte futura en este sistema se parece á un viaje sin éxito que hiciese el diablo de Milton por el Cáoos en busca del último límite de la naturaleza creada.—¿Cree el Sr. Revilla que ninguna oyente oiría esto, ni aquello, más que con un estupor que seguramente no tendría nada ni de *serio* ni de *respetuoso*? Esto en cuanto al problema de la *vida futura*.

Pues vamos á la cuestion del *destino de la Humanidad* en la vida terrestre.

Dice *Krause* que—«el grande archipiélago del Océano *pacífico* es el *Eden* futuro de la Humanidad, es la parte del mundo destinada á ser un dia el *paraíso terrenal*.»—Compárese esta afirmacion bucólica, despues de un sin número de afirmaciones lo ménos bucólicas del mundo, con el elogio que hace *Don Quijote* del siglo de oro, contemplando un puñado de bellotas, y véase cuánto más cuerdo aparece el caballero de la triste figura, que el filósofo alemán, á quien por antítesis podemos llamar aquí el caballero de la figura triste.

¿Qué diría de este sistema, que, por autonomasia, sus partidarios le llaman *la ciencia*, un estudiante de antropologia que supiese que en aquellas islas es solariega la antropofagia, y que, en las que no reinan los vientos alisios constantemente, el paludismo diezma la raza blanca, y que sólo pueden vivir cómodamente en aquellas regiones los que tienen la tez aceitunada y se acercan lo más posible á ese célebre y moderno progenitor del hombre llamado el mono de Darwin? ¿Es que *Krause* creeria que la mayor felicidad del mundo consiste en navegar en piraguas de isla en isla, vestido á lo tropical, comiendo dátiles por la mañana, cocos al medio dia, y por la noche bailando sin duda al són de algun tango armónico?

Esta última expresion de *la ciencia*, este *fin de*

fiesta de la humanidad futura, ¿es una de las cosas *santas* de que quiere el Sr. Revilla que se hable con *respeto y seriedad*? Cuando á nuestro amigo el señor Santistévan, ó á otro poeta ménos ilustre que él, se le ocurra escribir la segunda parte del Potosí Submarino con el título de «El porvenir de la Humanidad en la Polinesia» ¿qué derecho tendrá el Sr. Revilla para hablar de la decadencia del arte y de las extravagancias en la escena? ¿No conoce que le responderán que lo bufo tiene su lugar propio, y, por consiguiente, derecho á ser tratado con respeto y seriedad, con mucho más respeto y seriedad que una construcción científica que acaba por convertir en *Eden* de los nietos de nuestros nietos á las islas de la Polinesia?

¿Es esto lo grave que se debe tratar con formalidad? ¿Es esto lo *santo* que se nos quiere hacer tratar con respeto? ¿Qué respeto ni qué seriedad son posibles ante un sistema, que, despues de tan pretenciosos principios, nos predice semejantes fines?

IV.

Y luégo el Sr. Revilla que, imitando á los caballeros antiguos, se conoce que sólo le gusta presentarse al público levantando mucho polvo.—«¿Ha oído usted, pregunta, que ningun Krausista explique moral, ensalzando el robo, el asesinato, el adulterio, la calumnia ó la traicion, que es lo prohibido por los códigos?»—Esta pregunta parece hecha por un aprendiz de actuari, que hace las inquisitivas por pura fórmula, y sin venir á cuento en el caso de que se trata. Lo primero que ha de tener una pregunta para ser lícita, es la pertinencia. ¿Le parece al Sr. Revilla pertinente suponer que, cuando yo combato una doctrina, acuso á las personas?

Jamás me ocuparía en zaherir la individualidad del mismo Krause, aunque sabemos, segun refiere el Sr. Vidart, por el doctor Guillermo Hosaeus, que era *socialista* de pura sangre, y socialista que cuidaba de la *práctica* de su doctrina; por cuya razon los representantes de la alta ciencia nunca hicieron caso de él.

Los sectarios alucinados son los que peor suelen ver las consecuencias de los principios que sustentan.

Todos los Krausistas pueden ser unos santos. Yo lo que sostengo es que el sistema de Krause es falso, y como sabe el Sr. Revilla, mejor que yo, los falsos sistemas metafísicos engendran los falsos sistemas *sociales*; y los falsos sistemas teológicos, producen los falsos sistemas morales.

Es ley de raciocinio vulgar que á los principios hay que mirarlos como á las sirenas, á la cola. Y ya hemos visto que la cola del Krausismo, en religion, era sumir las almas en un ciego *pancosmismo*; despues lleva la Humanidad á heredar á los antropó-

fagos á las islas polinésicas, ignorando sin duda la suerte de Cook; y, para completar el cuadro, resume toda su politica estableciendo el Comunismo. Ahora pregunto yo, á mi vez:—¿Concibe el señor Revilla que se pueda encerrar al género humano en el falansterio de la Comunidad, sin derogar primero todas las leyes que garantizan la dignidad y la libertad humanas? ¿Qué me importa á mí que Espinosa en la práctica merezca el dictado de santo y combata el robo y el asesinato si la teoria que proclama tiene por necesidad que decapitar al hombre para obligarle á que quepa acostado en el lecho de Procusto del Comunismo?

Ya he dicho en mi artículo anterior que, por regla general, los Krausistas predicán una moral que yo quisiera poder practicar, pero que hasta en esta parte, son ilógicos, pues no hay bien ni mal, justo ni injusto, órden ni desórden, en un sistema donde—«La diferencia que se establece entre el Sér Supremo y el mundo, ó, por mejor decir, entre el mundo y Dios, es gratuita y absurda, porque si todo es de la misma *esencia de Dios*, todo debe ser *Dios*, pues no puede haber distincion donde hay identidad de sér ó de esencia.»—Esto en cuanto á la parte metafísica; pues con respecto á la aplicacion física, van á ver mis lectores, cómo la *comunidad de esencia* en el cielo, se convierte en comunidad de bienes en la tierra.

—«Este asiento de la tierra, dice Krause, es la herencia *comun* de los que la habitan; á cada individuo, á cada familia, á cada pueblo, le corresponde en el suelo su parte *proporcionada*; todos los bienes y beneficios de la naturaleza en el continente y en los mares, deben ser *repartidos entre todos* con justa medida.»—Excepto en cuestiones de filosofia sofística, en las cuales era Krause un gran artifice, sobre todo, para levantar *arquitectónicas* con categorías que no tenían más fundamento que el aire; en todas las demas ciencias, era uno de los entendimientos ménos sólidos y ménos instruidos de cuantos se han conocido. Yo bien sé que, en su sistema, el *comunismo* es inevitable; pero eso de que «todos los *bienes y beneficios de la naturaleza* deben ser repartidos con justa medida», prueba que Krause no tenía la menor nocion de lo que es esa tierra, nuestra herencia comun, cuando ignoraba, como cualquier auxiliar de esos que, sin discernimiento alguno, imponen impuestos desde las oficinas de Hacienda, que el suelo nada, absolutamente nada vale, que es una máquina gratuita que no tiene más valor que una minima parte del trabajo que se ha empleado en él, y que de *los bienes y beneficios de la naturaleza* que van embebidos en los frutos, no saca partido de ellos el que trabaja la tierra, sino que son dones *gratuitos* de que se aprovecha el que adquiere sus productos. Y no me

diga el Sr. Revilla que Krause no podía tener ideas claras sobre Economía, pues ya en su tiempo, estas indicaciones eran problemas resueltos; y sobre todo, en un sistema que se llama la *Ciencia*, no se debe hablar de lo que no se entiende; ó en vez de ponerle más nombres fastuosos de los que suele llevar un príncipe chino, como son los de: *Sistema de la Ciencia, Arquitectónica de la Ciencia, Organismo de la Ciencia, Absolutismo Orgánico, Ciencia de la Idea, Idealismo Absoluto, Realismo, Armonismo Absoluto, Sintetismo Trascendental, etc., etc., etc.*, se confiesa francamente que se escribe una novela, y se la titula: «Segunda parte de la ciudad del Sol,» y se rivaliza en invenciones aunque nunca se puedan oscurecer los golpes de ingenio del ilustre Campanella.

V.

Concluyamos, porque, aunque yo soy incansable, el público se cansará. Y quiero concluir haciendo la protesta de que mi ánimo no ha sido ocuparme en lo que el Sr. Canalejas llama *la cuestion universitaria*.

¿Cómo podía yo ocuparme de la cuestión política, cuando con ella me sucede lo que á un célebre ex-ministro, que, teniendo que emigrar á causa de una revolucion producida por cierto proyecto de ley de Ayuntamientos, le dijo á un amigo suyo, al perder á Cádiz de vista: «Compañero, ¿querrá usted creer que yo no he *leído* esa ley por la cual emigro?»

Dice el Sr. Revilla, «que sabe que yo soy incapaz de hacer á sabiendas nada que no sea noble y delicado;» y añade en otra parte: «en usted no hay pecado, porque no hay clara conciencia de lo que ha hecho.» Si el Sr. Revilla fuese capaz de cometer errores, como yo, en el *camino de la inocencia*, vería lo fácil que es equivocarse en los efectos dramáticos de las escenas que dicta el más generoso sentimiento. Hoy, por ejemplo, que no he conseguido dar *gusto á los señores*, y sobre todo al señor Revilla, que, según el tono, parece ser el señor de todos; insisto en que el efecto dramático del prólogo-Revilla está mal apreciado y peor comprendido por el señor y por los señores. Y á pesar de la actitud hercúlea y protectora que toma el Sr. Revilla en favor de los caídos, poniéndome á mí, que soy incapaz de hacer daño á una mosca, en el lado de los persecutores; le repito que, aun escribiendo yo el prólogo con intencion *política*, todavía esto, á mi parecer, podía servir de pretexto para que los que se creyesen lastimados hiciesen una reaccion en la opinion, que obligase al poder público á cejar en la razon de la fuerza, por no verse abrumado por la fuerza de la razon.

No, señor; no ha sido mi ánimo discutir lo que se entiende por cuestion universitaria, porque no la

conozco. Pero, aunque lo hubiera sido, estaría completamente en mi deber, mucho más *perfecto* que el *perfecto derecho* que se atribuye el Sr. Revilla para esquivar la cuestion científica, única cosa que se ventila en esta polémica, y zaherir de paso violentamente con insinuaciones injuriosas á un compañero, como yo, que con tan poco acierto, según veo, se puso á su lado á proclamar los timbres literarios de su gloriosa fama. Además, insisto en creer que ante una persecucion, buscada, ó no buscada, siempre hubiera sido político y humanitario el distraer la atencion pública, sacándola de la apasionada lucha de los hechos, para elevarla á la region serena de las ideas.

En las grandes crisis es donde se acrisolan los grandes principios. Pese al poder de los Césares de la tierra, todo el que, desde el dia del sermón de la montaña hasta el último dia del Juicio, proclame un gran principio como es este, «no hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo,» tendrá de su parte á la mayoría del género humano, que se levantará en masa, batiendo palmas y gritando:—«Ese tiene razon.»—«Es que, nos dice el Sr. Revilla, no quiero hablar, porque temo no tener la libertad suficiente.» No es posible que el Gobierno del Sr. Cánovas fuese tan Miramamolin que se opusiese á que el Sr. Canalejas me contestase clara y precisamente, y no lo hace porque ni sabe ni puede, á la siguiente pregunta:—«¿Cómo el mundo y Dios, teniendo una misma esencia, no son una misma cosa? Y si son una misma cosa, porque tienen una misma esencia, ¿no es esto panteísmo, y no *panentheísmo*? Y si son cosas varias, porque tienen sustancias diferentes, ¿no es esto el dualismo, y no el *panentheísmo*?»

¿Luégo el *panentheísmo*, qué es? Un imposible metafísico. La identificacion de dos contrarios. Es el panteísmo acompañado de una *obcecacion*. Es Schelling; en *inmanencia*, y Espinosa, en *trascendencia*.

¡Oh, primitiva y original creacion de la *Indiferencia absoluta*! ¡Qué fea estás con esa peluca de teísmo neo-platónico que se ha empeñado en encasquetarte Krause, y que, como no ha sido hecha á tu medida, te se cae por todas partes, haciendo de tí lo que se llama la *estampa de la herejía*!

VI.

Y figúrese el Sr. Revilla (para agotar todas las hipótesis posibles), que yo estuviese de acuerdo con mi antiguo compañero el Sr. D. Ignacio José Escobar, Director de la *Época*, y, ayudándole en la política conservadora que con *tanto talento y tan escaso premio* está defendiendo hace treinta años, combatiendo con vigor y al mismo tiempo con templanza á los *levantados* y á los *caídos* cuando no

están de acuerdo con sus ideas, supiésemos que el Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo, que conoce perfectamente todo el alcance de la metafísica Krausista, por creer poco respetada su autoridad, ó por otra razón cualquiera que desconozco, adelantando el porvenir por medio de aquel procedimiento que el marqués de Valdegamas llamaba la *condensación de los tiempos*, soñase en mandar á alguno, ó á algunos, al *paraíso terrenal*, fijado por Krause en la *Micronesia*. Esto pertenece á la ciencia, y el Sr. Revilla tiene el deber de oírlo *sin reírse*, esto es, *con respeto y seriedad*.

¿Qué haríamos en este caso el Sr. Escobar y yo? Yo probablemente le diría lo que creo: que los gobiernos hacen mal en convertir en *reos de Estado*, merézcanslo ó no, á los que lo desean, y á los que no lo desean. A lo cual el Sr. Escobar me contestaría:—«Tienes razón: la medida que trata de tomar este Gobierno, amigo nuestro, es un procedimiento peligroso, y por consiguiente debes escribir, sobre eso que ellos y tú llamais la *ciencia*, un artículo en tu estilo peculiar, aunque algún escritor cualquiera lo califique luégo de *inconvenientísimo*, y de esta manera haremos un servicio á los perseguidos, haciendo variar de táctica á los perseguidores.»

¿Sería una mala acción en nosotros convertir por este razonamiento una cuestión de fuerza en una escaramuza de ideas? ¿No sería en nosotros un acto de humanidad y de fraternidad literaria con adversarios á quienes, á pesar de lo que para perjudicarme en la opinión indica el Sr. Revilla, nunca he debido á la mayor parte de ellos más que faltas de consideración, el darles ocasión de probar que su doctrina es una antorcha moral bastante clara y bastante pura para que por ella se busque la *palma del martirio*? Y además, como asegura con razón el Sr. Revilla,—«esta polémica poquisimo daño puede causar al Krausismo.»—Pues entonces, ¿qué inconveniente hay en que yo, en nombre del público, pregunte una cosa que no entiendo?—«Es que esta polémica, dice el Sr. Revilla, abrirá una profunda herida en la reputación científica y literaria de que usted goza con tanta razón y merced á tan relevantes títulos.»—Pues si ha de padecer mi reputación literaria porque pregunto una cosa que no entiendo, que se hunda en el abismo, que no por eso se han de levantar á protestar las cenizas del Bayardo Guipuzcoano, el valiente general D. Francisco Lersundi, de gloriosa y simpática memoria, que sostenía con toda formalidad, y con infantil contentamiento mio, que yo era *el primer poeta del mundo*, exagerando la frase del Sr. Canalejas, que, en un raptó de adversario generoso, me llama:—«el príncipe de nuestros poetas líricos.»—¡Oh, gracias, gracias, amorosos críticos míos! ¿Quién os había de decir que, por empeñarme en sostener que

el principio de la metafísica de Krause es ininteligible, había de tener que renunciar á la más inocente de las vanidades humanas! ¡Y á mí que me gustaba tanto que me dijese esas cosas! Pero no hay remedio: ¡sálvese la verdad, y perezca el mundo!

Sálvese la verdad; y se salvará, porque para destruir el error del Krausismo, ya tenemos de nuestra parte la autoridad del Sr. Revilla, que, después de escaparse del presidio de la *esencia*, donde le tenía encerrado una mala inteligencia, declara con una franqueza encantadora lo siguiente:

«He sido soldado entusiasta del Krausismo; he creído hallar en él la *solución del problema filosófico*; pero reflexiones posteriores y detenidos estudios me han convencido de que no le ha sido dado realizar sus generosos propósitos, y que en él *no es posible* hallar la fórmula definitiva, *ni áun la más perfecta*, del pensamiento moderno.» Ahora bien: hecha esta declaración en estos momentos, ¿no podría servir de pretexto para que los antiguos amigos del Sr. Revilla dijese de él, como él lo dice de mí, que su intención ha sido agravar la situación política de personas que están en desgracia? Pero esta inculpación sería tan injusta dirigida á él, como lo es dirigida á mí. Porque la verdad es que yo no me quiero atribuir honores de intención que no he tenido. ¿Cómo era posible que yo hubiese querido agravar la situación de algunos sabios disidentes, entre los cuales hay algunos en quienes reconozco, porque tengo el honor de tratarlos, una gran fe científica y mucha piedad sincera?

Estoy tan lejos de opinar en esta cuestión con la mayor parte de mis amigos, que yo, á esa escuela que, á pesar de su decantada tolerancia, no da en sus jurados entrada á nadie, en vez de contribuir á disolverla, como escuela de hecho, la tendría en reserva como el ejército más seguro de todas las restauraciones. ¿No es claro, como la luz, que, en cualquier perturbación social, el día que esa escuela se ponga en su verdadera *tésis*, no faltará algún bravo general que se ponga como *antítesis*, para que vengamos luégo los conservadores á colocarnos como *síntesis*? Hablo en el lenguaje artificioso y velado del Krausismo, para que no se crea que hago alusiones á la política de actualidad, y con el objeto de que, como le sucedía á cierto filósofo, *sólo Dios y yo nos entendamos*.

VII.

Pero, en fin, puesto que hay alguna persona que cree que esta cuestión puede tener algún carácter político de actualidad, y en la cual, al parecer, yo no figuro, como siempre, siendo el eterno cortesano de los desvalidos, rompo la pluma, y doy por terminada la polémica.

Y como ya he comenzado á recibir picaduras de

algun primo de algun pariente de algun amigo de esos que el Sr. Canalejas llama con mucha gracia *agregados al Krausismo*, ruego á mis impugnadores que no vuelvan á darme ningun otro asalto *de lado*, pues no podré responder á él más que con el sentimiento que inspira el que ataca á un adversario que se desarma voluntariamente.

Mentiría si no dijese que concluyo con algun remordimiento, pues me asalta el temor de si, efectivamente, alguna vez habré dicho más de lo que debiera. En este caso cuento con la magnanimidad de mis contradictores, y con la misericordia, no de el Dios *impalpable* de ellos que todo lo *esencia*, sino con la de el Dios personal que todo lo premia ó lo castiga, y que, cuando ve un sincero arrepentimiento, perdona nuestras faltas por un acto de su libérrima voluntad.

Al retirarme de la arena, doy gracias al Sr. Canalejas por las flores que con tanta abundancia ha derramado en el circo, para que cayendo sobre ellas me fuesen ménos dolorosas las heridas.

En cuanto al Sr. Revilla (*¡tu quoque!*) le encargo á su propia conciencia que le diga lo que merece.

Y doy fin pidiendo perdon á los que se hayan creído lastimados por mí. Pero, despues de pedido, me levanto inconfeso, me limpio la rodilla del pantalón, por si se me ha ensuciado al inclinarme, y les repito que yo me contentaba con que se me contestase á esta pregunta.—¿La esencia que pone en relacion al sér y los séres, es *una* sola, ó son *varias*? El Sr. Canalejas no me ha querido contestar concretamente si son *varias*, ó es sólo *una*. Y no me lo puede contestar, ni él ni nadie, porque toda la ensambladura de la arquitectónica krausista está fundada en esa falsa nocion de la esencia que tiene que ser *una* y *varia* al mismo tiempo, *una* en la esencia y *varia* en los modos.

Y como al público no se le debe defraudar en sus esperanzas, y las tenía legítimas de que el Sr. Canalejas le probase que el *panentheismo* no es el *panteismo*, voy yo mismo á contestar en nombre de Krause á la pregunta que hice al Sr. Canalejas, y á la cual, sin duda, le da vergüenza responder.

Pregunta mia: «¿Cómo están el Espíritu y la Naturaleza, formando el sér armónico *Humanidad*, en ese schema del Sér que tiene la figura de una *lenteja*?»

Respuesta de Krause: «La causa de su *union* se halla en la *esencia* superior *única*, de que son *determinaciones*.»

De lo cual resulta lo que dije al principio, que el Krausismo es *panteismo* puro, y no tiene nada de *panentheismo*.

Entre la esencia *única* y las dos ó más esencias *irreductibles*, no cabe el término medio de la tercera esencia *panentheista*, que *une sin confundir* y

distingue sin separar. Esta nocion de la esencia de Krause, en sus relaciones con el sér y los séres, no sólo es, como ya he dicho, radicalmente falsa, sino que, como dice Fichte de su yo absoluto, es más que un sueño en el mismo sueño soñado: es una fantasía más inverosímil que el poema de Ariosto; el colmo del absurdo; un desafío lanzado por una razón obcecada contra el buen sentido público; un imposible metafísico; un milagro que no podría ser admisible ni en la crónica del autor más milagrero y más místico, pues es un milagro de tal especie, que para hacerlo creíble, no bastaría perturbar todo el órden de la naturaleza física; y ni el mismo Dios, con su omnipotencia, podría hacerlo *concebible*, á no alterar ántes las leyes del entendimiento humano.

He concluido.

CAMPOAMOR.



FUNDAMENTOS Y EFECTOS DE LA PROPIEDAD INDIVIDUAL.

VI.

NECESIDAD DE LA PROPIEDAD INDIVIDUAL.

Ese derecho, sin embargo, existe; la propiedad, esa institucion universal, cuya existencia nunca tuvo solucion de continuidad, se funda en una base, en una causa que no es dado rechazar.

Esa causa, no siempre bien apreciada, pero á cuya presion cedieron, sin excepcion, todos los pueblos de la tierra, es la *indispensable necesidad de que el hombre, los individuos de la especie humana, para conservar su vida y alcanzar el posible y debido desarrollo de su raza, absorban, se asimilen, usen y dispongan libremente, se apropien la mayor parte de los objetos, materia y fuerzas que los rodean*.

¿Existe ó no esa necesidad? Tal es la cuestion, porque si existe y es, como los economistas sostienen y los socialistas reconocen, inexcusable para la conservacion de la vida del individuo y el desarrollo y crecimiento de la especie humana, no hay término medio, es preciso ó negar la legitimidad de esta conservacion y desarrollo de esos séres, ó reconocer la de la satisfaccion de esa indispensable condicion de su existencia.

Es, con efecto, evidente, con esa evidencia que nada alcanza á debilitar ni oscurecer, que, así como en el órden físico sólo prevalece lo que se ajusta á sus leyes, y produce únicamente anulaciones y choques peligrosos lo que las contraria, así, en la esfera

* Véanse los números 71 y 72, páginas 11 y 48 del tomo V.

De la falta de presión de este oxígeno resulta su falta de incorporación ó de absorción por la sangre, y la vida se apaga.

Como prueba del límite extremo de las cantidades de oxígeno atmosférico necesarias á la vida, hay otros medios de demostración como, por ejemplo, los que resultan del envenenamiento de un animal dentro de una campana donde exhala el ácido carbónico sin morir hasta el momento en que la densidad del oxígeno llega á 3 ó 4 por 100.

Pero á fin de que no se atribuya la muerte á la asfixia por el gas ácido carbónico, M. Bert ha quitado este gas, y la muerte ha sobrevenido instantáneamente; es decir, al llegar la extinción mortal del oxígeno hácia el 4 por 100. El mismo resultado se observa cuando, para el animal colocado debajo de la campana se baja la presión atmosférica, manteniéndola disminuida á 15^{cm}, en medio de una corriente de aire respirable. Es el mismo experimento á que ántes me he referido.

Así, pues, un animal abandonado á sí mismo en el aire confinado y agotando el oxígeno atmosférico, ó colocado dentro de una campana donde se disminuye la presión barométrica, al mismo tiempo que se deja entrar aire puro, sucumbe desde que la tensión interior del oxígeno no tiene el poder de hacer absorber la cantidad necesaria.

Si el animal está colocado en una campana de 100 litros á 76^{cm} de presión barométrica, teniendo el aire normalmente 21 de oxígeno y 79 de ázoe por 100, desde que el oxígeno disminuye proporcionalmente al ázoe, bajando de 21 á 4 por 100, la muerte es inevitable.

Si la presión es de 38^{cm}, es decir, mitad de la presión ordinaria (no habrá más que 10,5 de oxígeno y 39,5 de ázoe por 100), sobrevendrá la muerte tan pronto como el oxígeno haya caído á cuatro céntimos de su densidad normal en el nivel del mar, es decir, al doble de su cantidad en la experiencia precedente, ó sea ocho céntimos. Resulta, pues, que á una presión barométrica que sea la mitad menor, se produce la muerte en doble cantidad de oxígeno.

Conforme á estas experiencias demostrativas de la teoría de la influencia de las altitudes moderadas, era preciso investigar las modificaciones de la cantidad de gases contenidos en la sangre arterial, bajo la influencia de las mismas condiciones barométricas. En efecto, si la disminución de la presión aminora la absorción del oxígeno, debe encontrarse menor cantidad en la sangre arterial de los habitantes de las grandes altitudes. Esta previsión de M. Jourdanet está perfectamente justificada, y M. Bert ha proporcionado la demostración completa, puesto que á la presión ordinaria de 76 ha encontrado más oxígeno en la sangre que bajo una

presión menor. La cantidad de este gas varía con la depresión, y de un 20 por 100 que es en estado normal, baja á 10 ó 15 por 100 por las presiones de 25 y de 65^{cm}. No hay error alguno que altere estos resultados; pues al volver los animales á la presión atmosférica ordinaria, la sangre recobra sus cantidades normales de oxígeno.

Vese, pues, que hay verdadera relación entre la presión de la atmósfera y la cantidad de oxígeno de la sangre arterial, y si se tiene en cuenta este hecho para apreciar la influencia de las altitudes de más de 2.000^m, por ejemplo, veráse que los habitantes de estas regiones tienen en la sangre arterial una cantidad de oxígeno menor que la de los habitantes de la orilla del mar.

La observación médica había demostrado que por bajo de 2.000^m la presión atmosférica no cambia sensiblemente la absorción del oxígeno por los pulmones ni la cantidad de este gas contenido en la sangre arterial, mientras que sobre 2.000^m la respiración y la hematopoesis (ó composición de la sangre), se modifican. La experiencia ha venido á confirmar estos resultados, dándoles una precisión que los pone al abrigo de cualquier negativa.

Todo el mundo comprenderá mejor ahora la diferencia que conviene establecer en la apreciación de los efectos de un «clima de montaña» que no pase de 2.000^m y de «un clima de altitud», situado á mayor altura.

Esta diferencia es tal, que de ella procede resulte en el segundo caso y no en el primero la aparición de síntomas particulares que se llaman el mal de montaña.

Este mal, producido por las grandes ascensiones á más de 2.000 y 3.000^m, es muy análogo al mareo que produce la navegación. Los síncope que sentían los compañeros de Hernán-Cortés en 1519 cuando su ascensión al Popocatepetl; las náuseas semejantes á las del mareo, indicadas por el Padre Acosta en 1590, los desfallecimientos y debilidad muscular observados en 1735 por la comisión francesa de Bouguer, la Condamine y Godin en las altitudes de 3.000 á 5.000^m, los vértigos y salida de sangre por la nariz que advirtieron después de Saussure, Humboldt y Bonpland y cuantos han renovado después tan peligrosas ascensiones; todos estos accidentes los atribuye M. Jourdanet á falta de oxigenación de la sangre, y de aquí el nombre de anoxihemia, ó, mejor dicho, de anoxemia, que les ha dado.

Puede discutirse para saber si, en efecto, la disminución del oxígeno de la sangre es la causa del mal de montaña, ó si lo es más bien una *carbonhemia* debida á la acumulación del ácido carbónico en la sangre, que entorpece los órganos y desarregla las

funciones, pero esto en nada cambia el hecho en sí, que es incontestable. Bajo mi punto de vista, y según mis experimentos, todos los fenómenos nerviosos de la axfisia se deben á la acción narcótica del ácido carbónico retenido en la sangre. He demostrado, en efecto, que todos los animales que perecen asfixiados por falta de oxígeno, tienen previamente una anestesia más ó ménos pronunciada, y me sorprende que los aeronautas no hayan indicado este hecho tan fácil de comprobar en un mamífero puesto en el recipiente de una máquina neumática.

Otro efecto de las altitudes sobre los indigenas es el exagerado desarrollo del torax, una ligera disminucion de la calorificacion, y un aminoramiento real de procreacion.

Todos estos efectos reunidos constituyen del modo más evidente una disposicion especial del organismo, que se llama *idiosincrasia*, y en la cual la anoxyhemia desempeña importante papel, sea por la produccion de ciertas enfermedades cloróticas, vertiginosas, hipocondriacas ó dispépticas, sea por la inmunidad de algunas otras dolencias, como la tisis pulmonal y la fiebre amarilla. Se sabe, en efecto, que estas dos enfermedades son rarísimas en Méjico, y que sólo las padecen los extranjeros á aquellas comarcas. Con la misma influencia se relaciona el tifus especial de aquel país y el gran número de pneumonías que en él se observa. Todo esto se enlaza, y á la fisiología especial del habitante de las altitudes corresponde una patología especial que desconocen los médicos, y cuyos principales lineamientos acabo de señalar.

Como contraste con los efectos dañinos de las altitudes á más de 2.000 m, M. Jourdanet indica la influencia de los climas de montaña, es decir, de las altitudes entre 500 y 2.000 m.

Para comprender bien esta influencia, es preciso estudiarla en los nacidos en las montañas, en los extranjeros que se domicilian en ellas, en los viajeros y algo en las latitudes, porque lo que resulta cierto en las zonas montañosas intertropicales, no lo es en la zona norte y templada. Por estas diversas causas deben admitirse, con reserva, algunas conclusiones de M. Jourdanet.

Segun este autor, el aire de las montañas, proverbialmente reputado como tónico, depurado, excitante, vivificante, no tiene todas estas cualidades. En las alturas medias y en los valles hay, como en todas partes, tifus, disenteria, tisis, escrófulas, tumores y cretinismo, que causan entre los habitantes una mortandad mayor que en las llanuras. Esto es bastante cierto, y la prueba está escrita en las tablas de mortalidad de nuestros departamentos montañosos, formadas recientemente por Bertillon.

Al parecer, sólo en la altura entre 1.000 y 2.000 m se observa un estado higiénico y salubre especial,

creando inmunidades patológicas evidentes y predisposiciones morbosas no ménos caracterizadas; hecho señalado ya por Lombard, de Ginebra, en trabajos que justamente aprecia el mundo sabio.

Lo que es cierto respecto á la poblacion indigena, no lo es tanto respecto á la flotante de los viajeros y desocupados, que, atacados de la *malaria urbana*, van á buscar en las montañas el vigor y la fuerza que les han hecho perder una enfermedad accidental, trabajos excesivos ó placeres ilimitados. Para ellos la transicion de una presión barométrica bastante fuerte á una presión menor, el cambio de aire, que no tiene los miasmas de la gran ciudad, la tranquilidad del ánimo, una alimentacion nueva, más asimilada á causa del ejercicio del cuerpo, y finalmente, el aspecto de nuevos y grandiosos paisajes, que excitan de continuo su admiracion, es motivo para una actividad orgánica, de donde puede resultar la salud.

En todos estos hechos reunidos por M. Jourdanet, apoyados con pruebas científicas terminantes y referidos con talento, se encuentran algunos elementos de esa geografía médica universal, que espera aún quién la escriba. Dia llegará en que algun espíritu desinteresado emprenda la ingrata tarea de enseñarnos las enfermedades de las diferentes comarcas del globo en sus distintas altitudes, sus caracteres particulares, sus causas geológicas ó climatéricas, y ésta será una de las obras más considerables que puedan realizarse en servicio de la humanidad.

DR. E. BOUCHUT.

(*Les Mondes.*)

LOS CULTIVOS IMPORTADOS EN LA INDIA INGLESA.

Era célebre la India en los tiempos antiguos, por sus telas pintadas, su marfil, sus minas de diamantes y sus especias; pero el arroz, el algodón, el índigo, los granos oleaginosos constituían las fuentes más reales de riqueza y los objetos más importantes del comercio. Hoy, gracias á la iniciativa, á la energía y á la perseverancia propias del carácter inglés, el café, el té y la quina, no sólo están naturalizados en aquel imperio, sino que han llegado á ser artículos muy importantes de exportacion. Créese generalmente en Europa que todo el café procede de Arabia, de las Antillas y de algunas regiones intertropicales de ambas Américas; que el té es de procedencia puramente china, y que la chinchona ó quina viene únicamente del Perú. Vamos á indicar brevemente en este artículo cómo han sido introducidos en la India inglesa el café, el té y la quina,

llegando á ser objeto de un importante cultivo; y celebraremos que este ejemplo pueda ser de grande utilidad á nuestros compatriotas en sus diversas colonias.

EL CAFÉ.

No nos ocuparemos en este instante del descubrimiento del árbol que produce el café, y que, según se dice, es originario de las montañas de Etiopía, pero que también se encuentra en estado salvaje en las selvas de Madagascar. Tampoco trataremos de su introducción y propagación en las Antillas, en las Américas y en las islas de Borbon y de Mauricio, Créese que en las montañas del Yemen, en Arabia, fué donde se cultivó en tiempos más remotos y con mejor éxito este preciado arbusto. Desde tiempo inmemorial los negociantes árabes del Mar Rojo hacían un comercio considerable con los puertos de la costa occidental de la India, bajando hasta los reinos de Cochin y de Travancore. Es probable que llegaran á ambos parajes semillas ó plantas del café del Yemen. El suelo rico y montañoso, las lluvias abundantes y periódicas, la temperatura caliente y húmeda, el sol tropical, todo, en fin, contribuía á favorecer la introducción del nuevo cultivo, que tuvo el mejor éxito, aunque al principio se propagó poco. Estos reinos pertenecían á príncipes *indígenas*, y no existía en ellos el espíritu emprendedor de los europeos.

Los ingleses echaron en 1795 á los holandeses de la isla de Ceilan, cuya posesión les aseguró en 1802 el tratado de Amiens. Este magnífico país parecía completamente favorable al cultivo del café; pero, á pesar de ello, no se introdujo en él, sino largo tiempo después de la conquista.

Desde 1835 hizo rápidos progresos con diferentes alternativas de buen y de mal éxito. Muchos cultivadores se enriquecieron, al paso que otros se arruinaron. La fortuna de los unos y la desgracia de los otros fueron lecciones de que todos se aprovecharon para convertir este cultivo en una ciencia, y en la actualidad es el café el principal producto de la isla y la gran fuente de su prosperidad financiera, ascendiendo su exportación anual á 50 millones de pesetas.

Durante muchos años los capitales y los esfuerzos de los ingleses se concretaron á Ceilan, y sólo hacia 1840 se hicieron en el continente indio algunas tímidas tentativas de cultivo. Allí también prosperaron unos y se arruinaron otros; pero, lejos de desanimarse, escogieron con más inteligencia los terrenos, se hizo el cultivo con mayor perseverancia y cuidado, se llevaron de Ceilan agricultores más entendidos, y al poco tiempo resultó asegurado el buen éxito, obteniendo los cafés de la India en los mercados de Europa ventajosos precios, y dando

ocasión á grandes fortunas. No se necesitaba tanto para producir en el público un ardor febril, una especie de monomanía en favor del cultivo del café. En efecto, á los pocos años se hicieron inmensas plantaciones en todos los parajes montañosos de la presidencia de Madras, desde el cabo Comorin hasta las extremidades setentrionales del Maissur, y hoy las montañas del Travancore y de Cochin, de Tinnevely, de Maduré, de Coimbatore, de Salem, del Coorg y del Vynood son vastas comarcas productoras del café. Hay plantíos que ocupan mil, dos mil hasta diez mil trabajadores. Se concibe que estas explotaciones tan grandes pertenezcan sólo á los europeos, ó mejor dicho, sólo á los ingleses; pues entre los plantadores, hay muy pocos que no pertenezcan á esta nación. Algunos indios se interesan también en dicho cultivo, pero sólo en pequeña escala.

En pocos años ha llegado á ser el café en la presidencia de Madras uno de los productos de exportación más importantes como puede juzgarse por el siguiente cuadro. La isla de Ceilan forma un gobierno aparte, y no está por tanto comprendida en las cifras que á continuación insertamos:

Principales exportaciones de la presidencia de Madras.

	Rupias.
Algodón.....	15.876.737
Café.....	11.276.512
Indigo.....	6.978.726
Arroz.....	8.059.319
Aceites.....	5.475.569
Cueros y pieles.....	6.667.323
Granos oleaginosos....	3.998.400
Especias.....	2.964.159
Azúcar.....	3.024.485

La rupia vale próximamente diez reales.

Vese, pues, que el café, que hace veinte años no era objeto de exportación, produce hoy la suma de 11.276.512 rupias, ó sean cerca de 30 millones de pesetas. Hoy este producto se aproxima en importancia al del algodón, y es probable que dentro de poco tiempo lo supere. Siendo el arbusto del café esencialmente tropical, no ha logrado aclimatarse, que sepamos, en el norte de la India.

EL TÉ.

En 1824, dos jóvenes ingleses, de apellido Bruce, que comerciaban en la provincia de Assam, antes de que esta comarca estuviera anexionada al imperio de las Indias, descubrieron allí en estado salvaje el árbol del té; dieron cuenta de su descubrimiento, y se dedujo que el cultivo de este preciado arbusto podría extenderse y desarrollarse en aquellas regiones. Lord Bentinck, gobernador general de la India en 1835, escribió una carta á la junta de los direc-

tores de la Compañía, elogiando el nuevo descubrimiento, y demostrando que con tiempo y perseverancia podrían prescindir de los tés de la China. Formóse una comisión, compráronse terrenos y se inauguraron plantaciones á nombre y por cuenta del Gobierno. En 1836 se enviaron á Lóndres algunas libras de té ó de hojas de árbol de té; como no habían sido objeto de ninguna preparacion, de ninguna manipulacion, carecían de gusto, de aroma y de valor. Segun diremos más adelante, las hojas del árbol del té, para dar una infusion agradable y llegar á ser objeto de comercio, deben sufrir una manipulacion bastante minuciosa y difícil. Esta manipulacion la desconocían los primeros cultivadores. En 1837 se llevaron chinos acostumbrados á este trabajo, y los tés enviados á Inglaterra en 1838 eran de buena calidad y alcanzaron elevados precios. Desde entónces formóse una compañía, llamada de Assam, á la cual el Gobierno cedió la mayor parte de sus propios plantíos. Muchos particulares empezaron tambien á plantar té, y se hicieron reglamentos que favorecían bastante la cesion de las tierras propias para este cultivo. Desgraciadamente, un espíritu extravagante de especulacion, informes mentirosos ó exagerados, promesas de imaginarios beneficios y la inconcebible candidez de gran número de engañados, contribuyendo á la fortuna de algunos individuos, produjeron grandes pérdidas y alejaron al público del cultivo del té. Esto duró desde 1840 hasta 1862. Sin embargo, aún durante estos años algunos plantadores más atinados lograron por su economía, su vigilancia y sus cuidados, un éxito real, produciendo tés de primera calidad y realizando grandes beneficios. Su ejemplo bastó para que renaciera la confianza en este cultivo. Comprendióse que, emprendido en buenas condiciones y continuado con perseverancia, podía dar buenos resultados y asegurar prudentes beneficios. Desde entónces este cultivo y el comercio que de él naturalmente nace, siguen en progresion ascendente y con notable extension, haciendo ya los tés de la India ventajosa concurrencia á los de la China, y pudiendo entreverse la época en que no necesitará Europa los tés del Celeste Imperio.

El cultivo del té traspasó há tiempo los límites de Assam, extendiéndose por las provincias limítrofes de Dacca y de Tchittagong y penetrando en las provincias occidentales de Cooch-Bihar, de Chota-Nagpore, y aún del país de Kumaon y de Bareilly. Todas estas comarcas pertenecían á Bengala; y el cultivo del arbusto del té estaba relegado á las montañas que descienden, ramificándose, de la gran cordillera del Himalaya, entre el 25° y 35° de latitud norte.

En la presidencia de Madras se encuentran las altas montañas de Neilgherries ó montañas azules,

que forman parte de la cordillera de los Ghâts, y están situadas entre el 10° y el 11° de latitud norte, elevándose á 7.000 ú 8.000 piés sobre el nivel del mar. Algunos atrevidos plantadores han intentado allí el cultivo del té. Despues de diversos ensayos, de cultivo y de manipulacion, lograron tener tés de superior calidad, que se venden bien y son muy buscados en Lóndres. En la actualidad las tropas inglesas de la presidencia de Madras reciben su racion de té, en té de los Neilgherries. El cultivo de este arbusto toma, pues, de año en año considerable desarrollo.

En las montañas de Maduré, que forman tambien una parte de la cordillera de los Ghâts, empieza ahora el cultivo del arbusto del té con el mejor éxito, y se espera que allí tambien se produzcan tés de superior calidad.

Las siguientes cifras dan idea del desarrollo y de la importancia de este cultivo. Refiérense á tés exportados de las provincias de Bengala. En 1863 la exportacion era de 5.722.052 pesetas. En los años sucesivos la produccion y la exportacion siguieron en progresion ascendente, y en 1873 la exportacion arrojaba una cifra de 42.417.475 pesetas. Es difícil encontrar en los anales del comercio un ejemplo de éxito tan sorprendente. La recoleccion del año de 1874 á 1875 ascenderá á lo ménos á 20.000.000 de libras de tés.

Los tés de la presidencia de Madras no ofrecen todavia cifras tan elevadas, pero probablemente las igualarán dentro de algunos años.

En vista de lo que brevemente hemos referido, queda probado que el té es uno de los más ricos cultivos y una de las ramas más importantes del comercio de la India inglesa, que los tés de la India rivalizan ya con los de China, y que probablemente acabarán por suplantarlos en los mercados de Europa. Además, en el Turkestan, en los diversos kanatos del Asia Central y hasta en el Thibet, los tés de Bengala se buscan y prefieren á los de la China.

El árbol del té es de cultivo muy fácil. Crece en terrenos de diversas cualidades y aún en tierras bastante pobres. Resiste bien las intemperies de las estaciones; prospera lo mismo en la zona intertropical que fuera de ella. Generalmente se le conserva á una altura de tres ó cuatro piés, podándole con frecuencia para que eche el mayor número de ramas jóvenes. Para tener tés de buena calidad, se cogen las hojas más jóvenes de los nuevos tallos, y si el árbol está en condiciones ventajosas, esta recoleccion puede hacerse cada quince dias durante ocho meses del año. En las plantaciones bien arregladas los arbolillos están puestos á dos metros de distancia uno de otro, de modo que en un kilómetro cuadrado hay un número considerable. El terreno debe mantenerse limpio de maleza y cavarlo una vez

por año. Cuando se le abona, el producto aumenta.

Para los tés destinados al comercio, lo más importante, difícil y minucioso, es la manipulación de las hojas. Las cualidades del té dependen ménos de la naturaleza de los terrenos, de la prosperidad de los árboles y de la diversidad de clima, que del cuidado y de la manera como se hace esta manipulación. Las hojas jóvenes arrancadas con inteligencia, deben sufrir sucesivamente cierto grado de fermentación, ser calentadas y semiasadas sobre planchas ó en vasijas de hierro, maceradas y arrolladas con los dedos; despues experimentan una disecación lenta, aproximándolas á un fuego de carbon végetal, y por último son tamizadas y puestas en cajas herméticamente cerradas para librarlas del aire y de la humedad.

Cuando algunas de estas operaciones se hace mal ó no se hace, el té se pierde, ó al ménos queda de inferior calidad. Sería difícil narrar todos los ensayos, tentativas é invenciones de los ingleses para simplificar estas operaciones y asegurar el éxito. Sin duda alguna han perfeccionado los procedimientos chinos, pero no están todavía satisfechos de los resultados. Algunas máquinas que han obtenido privilegio, no son tan perfectas que su empleo haya llegado á ser general, y es preciso el auxilio de gran número de trabajadores para sacar partido de la cosecha. Las mujeres y los niños son los que cogen las hojas y las arrollan, pero se necesitan hombres hábiles y experimentados para las demas operaciones, y contramaestres de grande experiencia para dirigir el conjunto de ellas.

Los indios entregados á sí mismos jamás hubieran pensado en introducir el cultivo del árbol del té en su territorio. Esta fuente de riqueza y este nuevo objeto de considerable comercio, se debe, pues, á los ingleses y á su perseverante energía. Además, á los indios no les gusta la infusión del té, considerada por los chinos como bebida indispensable y néctar procedente del cielo.

¿Qué no han hecho en otras ocasiones los franceses para introducir y naturalizar el arbusto del café en sus colonias de Borbon, de la isla de Francia y de las Antillas? ¿Por qué no ensayan el cultivo del árbol del té en las citadas colonias y aún en las montañas de Argelia, cultivo que es sencillo y fácil? El arbusto citado soporta sin perjuicio el calor, la sequedad y la humedad, y los únicos terrenos que no le convienen, son los pantanosos. Para la manipulación de los tés destinados al comercio, bastaría traer algunos hábiles trabajadores de la China ó de la India, y la cosa bien merece ensayarse.

LA CHINCHONA.

Chinchona es el nombre genérico dado á los diversos árboles que producen la corteza febrífuga,

conocida en el comercio y en la farmacia con el nombre de quina.

El cultivo del café se introdujo por sí mismo en la India. El Gobierno inauguró el cultivo del árbol del té, abandonándolo en seguida á la industria privada. El cultivo de la chinchona presentaba mayores dificultades, y era una empresa más atrevida. ¿Podía prosperar en otro continente este árbol puramente americano? Este era el primer problema que debió resolverse. Verdad es que los holandeses, despues de largos ó infructuosos ensayos, habían logrado introducirlo en su bella colonia de Java, pero no lo cultivaban en grande escala y deseaban conservar el monopolio. El Gobierno inglés obró de una manera más noble y liberal, no retrocediendo ante ningun sacrificio para extender y poner al alcance de todo el mundo este soberano febrífugo. El éxito ha superado á sus esperanzas, y pronto no se necesitará de América para la quina, como no se necesitará de la China para el té.

Linneo fué el primero que dió á los árboles del Perú que proporcionan la corteza febrífuga de que hablamos el nombre de chinchona, tomado del de la condesa de Chinchon. El conde de Chinchon fué nombrado virey del Perú en 1629. La condesa de Chinchon, que le había acompañado á su vireinato, se vió atacada en 1637 de una fiebre peligrosa, y entónces el corregidor de Loxa, D. Juan de Cañizares, envió al médico de la condesa una cantidad de polvo de quina, asegurándole que era excelente remedio contra las fiebres intermitentes. Tomó la condesa este polvo y curó. Al volver á Europa los condes de Chinchon en 1640, trajeron consigo considerable cantidad de dicho polvo maravilloso, que desde entónces tomó en España el nombre de polvo de la condesa, á pesar de que los misioneros jesuitas del Perú, que fueron los primeros en descubrir las propiedades febrífugas de las cortezas de estos árboles, habían enviado anteriormente á sus hermanos de España gran cantidad de él. El cardenal de Lugo lo llevó á Roma, donde le dieron su nombre. El padre Annat le introdujo en Francia, y allí salvó la vida de Luis XIV, siendo conocido con el nombre de polvo de los jesuitas ó polvo del rey. Otros jesuitas lo introdujeron en China, donde curó al Emperador Kang-Hi y contribuyó á asegurar á los misioneros la protección de este gran príncipe. En Inglaterra se le llamaba también polvo de Talbot, del nombre del que le dió á conocer en dicho reino. Hoy han desaparecido estos diversos nombres, quedando sólo el de chinchona ó quina, para designar los diversos árboles de cuya corteza se saca la quina, la chinchonida, la chinchonina y otros alcalóides conocidos y empleados en la farmacia.

Desde hace bastante tiempo absorbia el comercio

anualmente una cantidad tan grande de corteza de chinchona, que los bosques del Perú, de Bolivia y del Ecuador, de donde se sacaba, llegaron á agotarse. Como nadie se ocupaba en aquellas regiones de reemplazar con nuevos plantíos los árboles cortados, entreveíase la época en que este gran febrífugo acabaría por desaparecer, cosa que preocupaba mucho. Los holandeses, según hemos dicho, fueron los primeros en intentar aclimatar los árboles chinchonas en las montañas de Java.

En 1840, el doctor inglés Forbes Royle aconsejó á su gobierno ensayar en la India este cultivo, y designó las montañas de Neilgherries por tener un suelo y un clima conveniente para estos árboles. Sin embargo, hasta 1852 no se enviaron al jardín botánico de Calcuta algunas plantas de chinchona, y fueron enseguida remitidas al Darjeling en el Himalaya, pero todas perecieron. Finalmente, en 1859 la cosa fué tomada en serio. El Secretario Ministro de Estado para las Indias encargó á M. C. Markham ir á América á buscar y coger plantas y semillas de diversas chinchonas y tomar todas las medidas necesarias para asegurar el éxito del nuevo ensayo que iba á emprenderse. Á M. Markham se asociaron otros dos ingleses, los señores Spruce y Pritchett. Al llegar á Lima estos tres viajeros recorrieron separadamente las comarcas más famosas por la producción de los árboles de chinchonas. M. Spruce registró los bosques del Ecuador, M. Pritchett los de Huanco, y M. Markham los de Caravaya. Tropezaron con grandes dificultades, no sólo á causa de lo inaccesible de los bosques, sino también por la mala voluntad de los habitantes, que veían con pena que se trataba de quitar á su país una de las fuentes de riqueza. Finalmente, en 1860 los tres intrépidos viajeros se encontraron en Puerto Islay, llevando 529 plantas de diversas chinchonas, partieron inmediatamente para Inglaterra en un vapor puesto á su disposición, y desde allí para la India por el Mar Rojo. Muchas plantas murieron en el camino, pero quedaron bastantes que fueron enviadas inmediatamente á los Neilgherries, donde llegaron en la primavera de 1861. M. Mac-Ivor, superintendente de los jardines del Gobierno, fué encargado del nuevo cultivo y se entregó á él por completo, debiendo atribuirse especialmente á sus esfuerzos el gran éxito obtenido. En la misma época se recibieron del gobernador holandés de Java algunas otras plantas y semillas.

Las plantas procedentes de tan lejanos países fueron cuidadas y prosperaron, y lo mismo sucedió con las semillas. Se multiplicó el cultivo por medio de estacas, magrones y serpas, y al parecer, las chinchonas encontraron en los Neilgherries sus montañas de América. Un químico inglés, M. Broughton, nombrado quinologista del Gobierno, aplicó su

ciencia y su experiencia al nuevo cultivo; analizó las primeras cortezas recogidas y comprobó que eran tan ricas en alcaloides como las del Perú. El número de chinchonas en las plantaciones del Gobierno ascendía en 1867 á más de 1.926,044, y las primeras plantadas llegaron á una altura de 15 ó 20 piés. En el pasado año estos plantíos tenían tres millones de árboles, y se han enviado á Londres más de 100.000 kilogramos de cortezas de quina. Estas cortezas, analizadas por los químicos de dicha capital, se han vendido más caras que las del Perú. Los precios han sido, por término medio, de 7 á 8 pesetas el kilogramo, y algunas muestras se han llegado á vender hasta á 15 pesetas. Á propósito de estas ventas y de las realizadas en la India, lord Argyll, Ministro Secretario de Estado para las Indias, escribía lo siguiente: «Así, pues, el producto total de las plantaciones de chinchona en 1873 es de 13.490 libras esterlinas (es decir, 350.000 pesetas próximamente), suma que aumentará cada año. Considero este resultado satisfactorio relativamente á los gastos hechos hasta el día, y que ascienden á unos 2.500.000 pesetas. El cultivo de la chinchona no puede clasificarse ya como experimento.» En testimonio de su viva satisfacción, el Gobierno recompensó régicamente á M. Mac-Ivor, superintendente de sus plantíos, concediéndole una gratificación de 5.000 libras.

En la actualidad, el Gobierno, conservando sus plantíos, renuncia, al parecer, á aumentarlos para favorecer la iniciativa de los colonos, y, en efecto, los particulares están haciendo ya grandes plantíos de chinchona. Lord Argyll quería que este cultivo se popularizase más y se vulgarizase hasta el punto, según sus palabras, de que cada indio tuviera en su jardín y en su puerta este poderoso febrífugo; pero el noble lord olvida que las chinchonas no prosperan sino en las elevadas montañas y á una altura de 4.000 piés, lo ménos, sobre el nivel del mar.

Mientras el cultivo de la chinchona obtenía en la presidencia de Madrás tan buen éxito, se le introducía también en las regiones montañosas de Calcuta, y se ensayaba en la de Bombay.

En Bengala los plantíos del Gobierno contaban, á principios de este año, más de tres millones de árboles, y el análisis de las cortezas daba casi los mismos resultados que las cortezas de los Neilgherries. No teniendo Bombay condiciones de temperatura y de clima tan favorables, los ensayos han sido ménos felices. En la isla de Ceilan, por el contrario, las chinchonas prosperan y las cortezas de estos árboles han llegado á ser un artículo importante de comercio.

Animados por el ejemplo del Gobierno, y excitados por los resultados obtenidos y los precios rea-

lizados, los particulares, tanto en Bengala como en las Neigherries y en Ceilan, han emprendido por su cuenta plantíos de chinchonas, unos con buen éxito y otros con malo, como sucede con todas las empresas dejadas á la iniciativa individual; pero el tiempo y la experiencia harán este cultivo tan seguro como los del café y del té. Sin duda el cultivo del café es por si mismo más lucrativo, pero sólo se produce en los terrenos de bosque y de primera calidad. La chinchona, por el contrario, siempre que la posición y la altitud sean favorables, se produce bien en terrenos relativamente bastante pobres, y donde de seguro el café no prosperaría. De aquí la opinión general de que el cultivo de la chinchona tomará cada año mayor extensión en el inmenso país de las Indias, llegando á ser una de las fuentes más seguras de su prosperidad.

En la misión de Maduré, cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Lasaleta de las Indias, hemos ensayado con mejor éxito el cultivo de las diversas chinchonas. El primer análisis de las cortezas de estos árboles, hecho por M. Mac-Ivor, ha demostrado que eran tan ricas en quinina y otros alcalóides como las de los Neigherries, y hemos recibido ya sobre este asunto felicitaciones del Gobierno de Madrás, con una corta prima de estímulo.

Hay tres maneras distintas de recolectar las cortezas de chinchona. En América, donde los árboles eran abundantes y crecían en estado salvaje, los cortaban y les quitaban la corteza. Los árboles no retoñaban, y hay regiones enteras que se encuentran hoy desprovistas de ellos. El segundo método consiste en cortar los árboles de manera que retoñen, y cada seis ú ocho años se pueden hacer nuevas cortas. El tercer método, que es el que da mejores resultados y las cortezas más apreciadas, es el que se emplea en las Landas para extraer la resina de los pinos marítimos. Se arrancan del árbol largas tiras ó estrías de corteza, dejando una parte igual de cortezas sobre él. Al cabo de algunos meses la parte de la corteza arrancada se recubre, y entónces se quita la parte que se había dejado intacta. De esta suerte se conservan los árboles, que dan de año en año cortezas cada vez más ricas.

Sabemos que el gobierno francés ha hecho algunas tentativas para ensayar el cultivo de la chinchona en sus colonias de las Antillas y de Borbon, pero ignoramos si estas tentativas han tenido buen éxito. Esta clase de empresas exige perseverancia, y sobre todo abnegación por parte de los hombres consagrados á ellas. Resultando cierto que las chinchonas prosperan fuera de las Américas y dentro y fuera de la zona tropical, es también muy probable que prosperen en Africa en las montañas del Jurjura, del grande y del pequeño Atlas. ¿Quién sabe si sería posible también cultivarlas en las montañas de

Sicilia, de Cerdeña, de Córcega y aún en el Mediodía de Francia? ¿No sería cosa digna de los gobiernos de estos pueblos el intentarlo?

Pero el espíritu de iniciativa y de empresa no parece ser hoy en Francia lo que ha sido en otras épocas. Se tiene miedo á aventurarse, y se prefiere ir servilmente á remolque de sus vecinos más audaces. Cuando las cortezas de quina de la India fueron enviadas á Marsella y ofrecidas á los principales droguistas de aquella ciudad, respondieron: «No conocemos más que las quinas del Perú, y las recibimos por la vía de Inglaterra: estas cortezas indias nos son desconocidas, y no las queremos.» Se les dijo entónces que las tomarán, las analizarán, y vieran que no eran inferiores á las del Perú.—«Nada tenemos que ver con eso,»—dijeron:—«enviadlas á Lóndres, y si allí las encuentran buenas, nos las mandarán...» ¿Es este el verdadero espíritu del comercio? ¿Se prospera de tal modo? Esta estrechez de miras nos recuerda lo que decían, ya hace muchos años, los grandes comerciantes chinos de Shang-hai: «¿Por qué vosotros los franceses no quereis comerciar directamente con nosotros respecto á nuestras sedas, á nuestros tés y á nuestras porcelanas, y por qué dejais á todo el comercio pasar por las manos de los ingleses y de los americanos?» ¿No es, en verdad, una vergüenza para Francia ir á buscar á Inglaterra la mayor parte de las primeras materias empleadas en sus manufacturas, como el algodón, la lana, la seda, y los objetos de gran consumo, como el café, el té, las especias, etc., etc.? Permitir que pasen por Liverpool ó por Lóndres, ¿no es pagar tributo á nuestros vecinos?

Pero volvamos al asunto de nuestro artículo, y terminemos. Los ingleses han logrado, pues, introducir en su imperio de las Indias el café, el té y la chinchona, y hacer de estos productos una de las más grandes riquezas de su comercio. También han llegado á obtener en las comarcas pantanosas de Bengala el *yute*, arbusto de fibra textil, que es objeto de una exportación considerable. En la actualidad se ocupan en aclimatar la hipecacuana y el cacao, y hacen grandes esfuerzos para encontrar en el país carbon de piedra de buena calidad, á fin de poder explotar con ventaja las riquezas minerales de las Indias. Para concluir, nos permitiremos citar las siguientes palabras del Evangelio: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in sua generatione sunt.*

L. SAINT-CYR.

De la Compañía de Jesus.

Dindigui, Marzo, 1875.

(*Etudes religieuses, philosophiques, et littéraires.*)

DEL INDO AL TÍGRIS.

KABUL Y SU COMARCA.

OBSERVACION PRELIMINAR. De las cuestiones geográficas que hoy más interes suscitan en los centros científicos y en los gabinetes políticos de Europa y Asia, una es la relativa á los límites fronterizos del Afghanistan y Beluchistán por el costado que confina con la India. La geografía y la política son indudablemente dos ciencias que se tocan en muchos puntos, y sus relaciones serán más y más estrechas á medida que el espíritu especulativo y la ambición se vayan desarrollando en los pueblos modernos. Hay asuntos geográficos que tienen mucho de políticos, y cuestiones políticas que tienen no poco de geográficas. Algo de esto veremos en el curso de nuestro *Estudio*, por más que intencionadamente pasaremos de largo empalagosas discusiones, y nos atendremos casi exclusivamente á la descripción de los famosos países á que damos el nombre genérico de *Iranios*.

Sabemos que los principales *Khanatos* ó pequeñas soberanías en que hoy se ha destacado el antiguo y turbulento reino de los Afghaneses y el mísero y montuosísimo país de los Beluchis, limitan con la dilatada faja de tierra que baña la márgen derecha del Indo; algunos de ellos al Norte, con las nuevas adquisiciones ó *semi-posesiones* rusas. He aquí la razón de las medidas adoptadas por los dos Gobiernos, á quienes más de cerca afecta la suerte de aquellos pueblos, inglés y ruso, para fijar y definir las fronteras de estas importantísimas regiones del Asia. Los dominios de Inglaterra, en esta dirección, se van ensanchando de una manera imperceptible, pero progresiva: les hemos ya visto ocupando militarmente casi todo el vasto reino del Afghanistan, que, tal vez, no evacuaron sino en presencia de dificultades financieras, por más que otra cosa resulte de documentos oficiales y de ciertas informaciones científicas (1). También el Gobierno de San Petersburgo ha tomado más de una vez cartas en la definición de fronteras y demarcación de los territorios bañados por las aguas del Oxus. Pero dejando á un lado cuestiones de escasa importancia en nuestro escrito, pasemos al estudio del suelo y de los terrenos que, partiendo de la India, iremos pisando. Bien es verdad que, no siendo nuestro objeto hacer un libro de geografía, no hemos de limitarnos á lo que esta palabra, tomada en su

(1) Consúltese entre otros trabajos, «*On Badakhshán and Wakhán*,» Proceedings of the R. Geog. Soc. vol. xvii, páginas 108 y siguientes.

acepción más genuina y verdadera, nos prescribe. Antes de penetrar en suelo Iranio, conviene diseñar á grandes pinceladas la naturaleza y disposición de los terrenos, la dirección general de las cordilleras y las cuencas de sus ríos principales. El bosquejo ha de contener sólo rasgos generales, que después ampliaremos y completaremos.

Llanuras inmensas forman la mayor parte del país de *Irán*, cuya extensión abraza unas 70 á 80.000 millas cuadradas; limitado al Norte por las anchas montañas del Paropamisus y por el Taurus del Norte, que separan el Irán de las llanuras del mar Caspio, del Aral y del Guhon (1). Entre los 60° y 68° longitud Este cortan la llanura montañas elevadas que forman y cierran anchurosos y fértiles valles. Análogo aspecto presentan las comarcas de Armenia. Por el costado del Este, entre los 25° á 37° latitud Norte, en una extensión de 180 millas próximamente, se extiende el terreno en llanos áridos y secos hasta el Indo. En dirección paralela con el Taurus del Norte, corre por el Sur, á lo largo del mar, otra cadena de montañas, que cerrándose hácia el Oeste, separa las llanuras del Irán por el Sur y el Oeste de los países limítrofes. La mayor parte de las comarcas del Irán pertenecen, por consiguiente, á la gran región que modernamente se ha dado en llamar *Asia central* (2). Esta dilatada comarca está situada dentro del círculo que formaría una línea que uniese entre sí los ríos Eufrates, Kur, Wolga, Ob, Lena, Amur, Río amarillo, Bruhmaputra, Ganges, Indo y otros de menor importancia que desembocan en el mar Pérsico. Los ríos que corren dentro de ese círculo, desaguan en pequeños mares ó lagos independientes entre sí y de los grandes mares que circundan el Asia, según iremos viendo.

Sabemos que el Asia central está formada de inmensas llanuras cortadas y cercadas por no menos gigantescas montañas. Pero desde las investigaciones de A. Humboldt no se puede afirmar con propiedad que esta gran región sea una extensa meseta no interrumpida. De Suroeste á Noroeste, desde la pequeña Bukaria hasta el Kalkhas del Este, se extiende una planicie, notablemente elevada, entre los 79° y 116° longitud y los 36° y 48° latitud Sur y Norte, que con la del Tibet forma una meseta de más de 60.000 millas cuadradas, sin contar otros llanos de inferior importancia (3).

(1) RITTER, Asien, VIII, 4 y siguientes.

(2) Primeramente lo fué por Alejandro de Humboldt en su obra *Asia central*, primera parte.

Del sabio naturalista se han apartado, en algunos puntos, geógrafos modernos de nota. Consúltese N. DE KHANIKOFF, *Mémoire sur la partie meridionale de l'Asie centrale*, Paris, 1871.

(3) A. HUMBOLDT. *Asia central*, I, 31 (edición alemana).

Pero esta gran region comprende además elevadas montañas y cordilleras: al Norte el Altai con ramificaciones hácia el Este, el Sayanska, Dauro, Iushan, Siueshan, y las de Kokonor. Al Sur el Himalaya, con su continuacion el Hindúkush, que por el Norte se une tambien con el Belurtâgh y Mustâgh, y por el Sur es límite del Irán.

Dos grandes cordilleras forman el Hindúkush, que Lassen denomina, exterior la más al Norte, é interior la más al Sur (1). La cordillera del Norte arranca al Oeste de la meseta de Pâmir, punto de que parten notables montañas: al Este la cordillera Tsungling, continuada en la misma direccion por la de Kuenlun, y que tambien enlaza con la del Belurtâgh.

El brazo más alto del Hindúkush se encuentra bajo el 37° latitud, y tuerce luego hácia el Sudoeste hasta encontrar á la cordillera interior que se destaca del Himalaya. Unido con esta se extiende más al Oeste, alcanzando su mayor altura, 18.000 piés por encima de la ciudad de Kâbul; el paso que le cruza se eleva tambien á unos 15.000 piés sobre el nivel del mar. La misma elevacion de 18.000 piés vuelve á tener en Kôhi-bâbâ (2). La cordillera interior ó Sur del Hindúkush, que comunica con el Himalaya, alarga varios brazos hasta el Indo. Pero de estas cordilleras tendremos que hacer mencion más adelante. Penetremos ahora en la frontera Irania por una de sus provincias más notables.

KABUL. Sabemos que los límites geográficos y políticos de este Khanato, ántes reino, son al Este la India, al Norte el Turkestán, al Oeste el reino de Persia, y al Sur el Beluchistán. Pero hacemos abstraccion de estos límites para no interrumpir la descripcion de las comarcas, ni recargarla con detalles demasiado conocidos. Por lo demas, estos límites son muy problemáticos en un país que se puede dar por no constituido.

Si, partiendo de la India, dirigimos nuestros pasos al Oeste para penetrar en la region que dió nacimiento, vida y nombre comun á tantos y tan famosos pueblos, IRÁN Ó IRANIA, nos encontramos de frente con la complicada y colosal cadena de montañas, ántes diseñada, de que sólo podemos formar cabal idea, siguiendo de cerca la marcha de los rios que de su complicado seno brotan: la corriente de las aguas es la señal mejor y ménos equívoca para conocer el organismo y direccion de las montañas. Hé aquí por qué nosotros fijaremos especialmente nuestra atencion en la direccion de los rios y posi-

cion topográfica de sus respectivas cuencas y vertientes. Llegados á este punto, no debemos tampoco olvidar que nos hallamos en uno de los países más elevados del Asia: al Sudoeste le forman inmensas llanuras estériles, arenosas y tristes, como que el hombre no ha osado fijar en ellas su morada; el resto, es verdad, con terrenos de todas clases, medianos, fértiles y feracísimos. Las aguas del Sudoeste van á morir en el lago Hâmùn, por uno de sus rios principales, el Hilmend; las del Noroeste desembocan en el mar de Oman, principalmente por el Indo.

Por el extremo Norte de esta region corre el rio Kâbul, el más importante de todos los que rompen sus montes y cruzan sus valles, siquiera porque atraviesa los más notables en direccion al Este; porque nace en la montaña más principal de la cordillera, y recibe, por sus dos costados, la mayor cantidad de las aguas que fertilizan aquel suelo, en otro tiempo rico, populoso y floreciente. Sus manantiales, que apénas distan un dia de camino de la ciudad de su nombre, están al Oeste de la misma, cerrados en todas direcciones por altísimas y nevadas cumbres. Siguiendo la direccion indicada se encuentra, á corta distancia, el riachuelo que cruza la gran llanura de Peshâver, dividido en varios brazos, recorriendo una extension de siete dias de camino. Toda esta comarca al Oeste del Indo presenta muy otro aspecto que los valles regados por este célebre torrente, y que los llanos del Ganges y Yamûna; los calores de estas regiones van desapareciendo. Pasamos de largo algunas aldeas y chozas miserables, para detenernos breves instantes en la primera poblacion del distrito, cuyo aspecto, en estas regiones, llama poderosamente nuestra atencion.

Peshâver, pequeña pero importante ciudad del Afghanistán, elevada 2.500 piés sobre el nivel del mar, presenta notables particularidades que la distinguen de las ciudades indias. Siéntese en ella la diferencia de otoño y primavera, apénas perceptibles en aquella abrasadora comarca. En verano arrecia el calor casi con igual fuerza que en la gran península, pero en invierno se deja sentir alguna vez el frio y, aunque en casos excepcionales, tambien los hielos de la noche.

La ciudad de Peshâver es capital del principado de su nombre. Está asentada en un llano casi circular de unas 35 millas de diámetro, regado por varios brazos del Kâbul. Latitud 34° 6' Norte. Longitud 71° 13' Este. Muchas de sus casas, edificadas de ladrillo crudo, constan de tres pisos. Está situada sobre el pequeño rio *Bâru*. Hace algun comercio, y cuenta numerosas tiendas. Sus calles son estrechas, pero con pavimento algunas. Hay varias mezquitas y muchas casas de miserable aspecto en

(1) LASSEN, Indische Alterthunskunde, I, 20.

(2) Los montes llamados *Tera*, que limitan el valle de Kâbul, paralelos, por lo tanto, al Kush, alcanzan en varios puntos 15.000 piés de altura. *Burmes*, II, 105. Los datos de este distinguido capitán nos han parecido siempre bastante juiciosos.

ruinas. Si los planes de los ingleses, respecto al comercio de la India, se realizan, será *Peshâver* gran centro de operaciones mercantiles entre dicho país, *Afghanistán*, *Khorasân* y otras regiones del Oeste. *Peshâver* llegó á su mayor esplendor en tiempo del famoso A'kbar.

Partiendo de esta ciudad, rio arriba, se llega pronto á la falda de las cordilleras del *Hindûkush*. El terreno se eleva notablemente: gruesas montañas estrechan más y más la corriente del rio por todas partes, hasta que llega el punto de subir á la segunda planicie. Tres ó más caminos conducen á ésta por los desfiladeros que forman las montañas que aquí confluyen del Sur y del Norte; sus nombres son: *Jaiber*, *Abjâna* y *Karrapa*. Los dos primeros se van á juntar en *Daka*: el tercero sale un poco más al Oeste, hácia *Goshtar*. La importancia que algun día podrán tener estos pasos, nos mueve á penetrar en ellos.

El *Jaiber* flanquea, por la orilla derecha del rio, las montañas de su nombre, y es el más corto y cómodo. El país comprendido entre este paso y el *Safed-koh* (monte blanco), hasta el costado Oeste de la llanura de *Kâbul*, lleva el nombre de *Nang-Nahâr* ó «los nueve torrentes.» Los grandes conquistadores, hasta nuestros dias, han seguido esta ruta, que en algunos puntos se estrecha de tal manera que sólo unos cuantos hombres en fondo pueden pasarle. Su importancia estratégica será tal vez en no lejanos dias, muy considerable, y su defensa fácil y de escaso coste. Esta disposicion del terreno es frecuente en *Afghanistán*, y á ella se debió principalmente la gran catástrofe que sufrió la guarnicion inglesa en 1842.

El segundo camino, *Abjâna*, no se aparta del rio *Kâbul* y le cruza dos veces. Pasa por *Muchni*, pueblo situado sobre la ribera Norte del mismo, atravesando luégo un desfiladero estrecho, como el *Jaiber*, en que domina la tribu *Momand*. Aquí se pasa de nuevo el rio para flanquear su márgen derecha. El desfiladero, en este punto, no mide más de 120 pasos de ancho, y á sus costados se levantan, hasta 2.000 piés, montañas desnudas y perpendiculares. En *Daka* y *Hazârnoh* (los mil canales) hay que pasar nuevos y difíciles estrechos: en una de sus cimas se ofrece al viajero uno de esos bellos y grandiosos panoramas que hacen olvidar las más penosas fatigas. De un lado se ve el torrente que, rodando sus aguas espumosas sobre rocas, forman cascadas, torbellinos y nubes de polvo cristalino: del otro los valles que se extienden como sábanas verdes á los costados: al Sur el *Safed-koh* con sus elevadas y blanquísimas cumbres, y al Oeste se destacan en el horizonte á lo largo del rio las empinadas torres de *Chelâlâbâd*. La poblacion es muy exigua y no forma centro alguno que merezca citarse.

El tercer paso, *Karrapa*, es ménos conocido que los anteriores. Conduce directamente al distrito de *Ghoshtar*, que ya se ve desde el camino de *Daka*, y debe de unirse indudablemente con los dos que dejamos descritos, ántes de llegar á *Chelâlâbâd*. Para arribar á esta villa se atraviesa la llanura de *Buttakote* ó *Battikot*, inculta, desolada y al propio tiempo insana, por el viento fuerte y pernicioso que en algunas épocas barren su pelado suelo. Entiéndase que la aridez de los terrenos en muchas de estas comarcas, es principalmente debida á la incuria de sus habitantes.

CHELALABAD, ciudad considerable, situada en una llanura fértil pero de corta extension, sobre la ruta mencionada. El rio *Kâbul* pasa á un cuarto de milla al Norte de la misma, y es por aquí bastante caudaloso. Está limitada al Sur y Norte por montañas siempre vestidas de blanquísima nieve. Latitud, 34°, 30', Norte; longitud, 70°, 32', Este. Cuenta algunos bazares, y aunque su poblacion ordinaria no pasa de 2.000 habitantes, en invierno afluyen á ella algunos miles más de las próximas montañas. Su clima es muy vario. El calor del verano suele ser sofocante dentro de la villa y agradable en los alrededores ó en las próximas alturas: el invierno es más benigno en su recinto á pesar de los vientos que en ella soplan. En el hermoso y próximo valle de *Bâlâbâgh* (jardin superior), la estacion del calor es deliciosa. Se extiende á raiz del nevado *Safed-koh* y va á morir en el llano general determinado por las montañas que ciñen la comarca. Del mismo sale el *Surjrud* (rio encarnado) que al Este del *Bâlâbâgh* recibe las aguas del *Karâsu* (agua negra).

El mismo camino sale nuevamente de *Chelâlâbâd* en direccion al Oeste, á lo largo del *Kâbul*: á unas diez horas de la ciudad se encuentra la segunda poblacion de la comarca, la aldea de *Gandamak*. El terreno se eleva aquí á unos 6.000 piés sobre el nivel del mar, lo que hace que las lluvias del Este se resuelvan aquí en nieves. El ardiente clima de la India se va más y más suavizando: cuando los cereales alcanzan su madurez completa en *Peshâver*, empiezan á granar apénas en *Gandamak*. La naturaleza va cambiando de aspecto á medida que nos alejamos del Este: las montañas están cubiertas de pinares hasta la region de las nieves.

Pero aún nos restan 200 piés de subida hasta la ciudad de *Kâbul*, á la cual se llega por dos penosos y estrechos caminos, ó más bien desfiladeros: el de *Chigdil-lak* al Norte, y otro al Sur por *Karkhaia*, punto elevado unos 8.000 piés sobre el nivel del mar (1). Se pasa primeramente el valle de *Tezi*,

(1) *Wood*, Journey to the river Oxus, pág. 170. Advertimos una vez para siempre, que no todos

luégo el punto llamado *Haft-kotúl* (los siete pasos), no léjos de aquí está Kábul. Gran cantidad de riachuelos, que se pasan sobre puentecitos de madera, cruzan el camino en todas direcciones. Otra vía sigue la corriente del Kábul. El aspecto del país va siendo por momentos más agradable.

La elevada planicie de *Kábul*, cuyo punto medio próximamente ocupa la ciudad del mismo nombre, se alza 6.200 piés sobre el nivel del mar, ciñéndola casi completamente extensas montañas que, á su vez, encierran, como en un círculo, otras ménos abultadas y poco salientes. Pero la gran meseta de Kábul se extiende mucho más por los costados de Sur y Sudoeste; por el primero de estos puntos comunica con la meseta de *Ghazna*; por el segundo, con la de *Kandahâr*. Claro es que en esta doble direccion aparece el horizonte más despejado, sin otro límite inmediato que suaves colinas, formadas de guijarro, arena y rocas. La gran meseta adquiere con esto un aspecto irregular y heterogéneo: el suelo hácia el Sur es feraz, aunque no faltan terrenos áridos que carecen del primer agente de la fertilidad del suelo, el agua; hecho que se repite con frecuencia en estos países.

El distrito de *Kábul* le forman hoy únicamente los países comprendidos entre los 28° y 37° latitud Norte, y los 59° 30' y 72° longitud Este. Está dividido en las provincias de Kábul, Peshâver, Kandahâr, Herat, Ghazna, Dushak y Farrah. Sus montañas son ramales ó proyecciones de la cordillera *Hindûkush*. La montaña del Kush corre generalmente de Sudoeste á Noreste, y forma los límites con el Kohistan de Kábul. Entre los 70° y 72° hace una curva pronunciada hácia el Sur, cuyo punto más elevado es el Khond (1).

Dicese que uno de los picos del Kush se eleva á más de 20.000 piés sobre el nivel de las aguas. Desde Peshâver se descubren otras tres series de cordilleras que se destacan de esta principal, y van disminuyendo en altura y extension. En algunos de sus rincones crece hasta el olivo, flores y frutas diversas. La segunda de ellas tiene picos cubiertos de nieve gran parte del año. En la cordillera *Kohibâba*, entre Kábul y Bamian, que es una continuacion del Kush en direccion Oeste, hay, como queda di-

cho, picos de 18.000 piés de altura (1). En ella están los pasos llamados *Hachiguk* y *Kalu* de 12.400 y 13.000 piés sobre el nivel del mar respectivamente. Á pesar de esta gran elevacion del terreno, la vegetacion es en algunos puntos considerable. En el valle *Durai-zundan* se coge grano á la altura de 10.000 piés, que se siembra, nace, crece y madura desde Mayo á Octubre. El valle de Kábul separa la cordillera Kush de las montañas *Tera*, que corren en direccion paralela y presentan picos de 15.000 piés de altura. Pero dejemos ahora las montañas que despues tendremos que examinar desde otro punto, y pasemos á la ciudad principal del distrito.

KABUL, sobre las dos márgenes del rio de su nombre, á una altura de 6.600 piés sobre el nivel del mar, es y ha sido en todos tiempos una de las más importantes y celebradas ciudades de Oriente, por su riqueza, por su industria y, más que todo, por su ventajosa posicion topográfica (2). En la direccion Norte, viniendo de Turân, y por el costado de Oeste, del centro de Irán, desembocan aquí todos los caminos practicables que conducen á la India. Está situada entre los 34° 22' latitud Norte, y 69° 15' longitud Este.

La posicion de la villa es magnífica: está asentada en el ceniro de un vasto llano elevado y notable por su fertilidad y hermosura. El clima es suave y delicioso, semejante al de Irán, aunque no tan seco, porque los Monzones que soplan en su comarca no son vientos perniciosos, abrasadores y torrenciales, y sí portadores de benéfica y refrigerante lluvia. Las nieves de las montañas vecinas refrescan el llano sin tocarle. El frio del Asia superior que ya se deja sentir al Oeste de Kábul, no extiende sus influencias á la ciudad. El invierno es sumamente benigno: la estacion lluviosa no existe aquí propiamente, porque las lluvias se reparten en todas las épocas del año. Las aguas refrescantes de Mayo, anuncian una hermosa primavera desconocida en

(1) Burnes, III, 203.

(2) *Kábul* ha dado nombre al país de *Kábulistân* ó tierra de Kábul, como *Afghân* al de *Afghânistân*, *Beluchi* al de *Beluchistân* y otros del reino iranio formados por análogo procedimiento en época relativamente moderna. El primer escritor que hace mencion de la ciudad es, que sepamos, Ptolomeo, VI, 18, suponiendo como es razonable, que *Káρουρα* (ή και Ὀροσπάνα) esté por *Káβουρα*, como acertadamente opina Lassen, puesto que el mismo escritor da al pueblo el nombre de *Καβ. λῆται*. En la version Pehlevi del Vendidad está escrito *Caful*, Vend. I, 34; en el Bundeshesh *Cavul* y el país *Cavulicthân*, Bund. 41, 12, que es también la forma de los dialectos modernos. Opinan algunos que el zend *Vaêkereta* es denominacion de Kábul, lo que nos parece poco probable. Historiadores árabes del siglo VII hablan de Kábul, como residencia de un príncipe indio.

éstos datos pueden admitirse como decisivos, puesto que los hay que únicamente se fundan en los cálculos de un solo viajero ó geógrafo. Los trabajos que hemos consultado para la composicion de estos artículos se indicarán en capítulo aparte. Por esta razon nos dispensaremos de apuntar en el texto otras citas de estas obras, que las relativas á hechos que pueden ofrecer alguna duda.

(1) Donde creen los Afghaneses que apareció y descansó el arco despues del diluvio. La misma tradicion existe entre algunas tribus afghanesas, respecto á la gran montaña Tajti-Suleiman.

comarcas situadas más al Este. La población es de 70.000 habitantes próximamente.

Los bazares de Kábul son muy superiores á los que se ven en la mayor parte de las ciudades de estos países. Dicese que uno de ellos mide 600 piés de largo por 30 de ancho, y le forma una galería cubierta, dividida en varios apartamentos ó tiendas. En su extremo Este, sobre una colina, está asentada la fortaleza *Bâlâ-Hiz'âr* ó palacio de los reyes, que se levanta como unos 150 piés sobre el nivel del terreno. Los moradores pertenecen á diversas nacionalidades, y sostienen comercio activo con muchas ciudades del Asia.

No léjos de la ciudad, está la tumba del emperador *Baber* que la elevó á capital de su reino, situada sobre una colina en el centro de un bonito jardín. En sus cercanías está igualmente la tumba de *Timur*, que es un monumento octógono hecho de ladrillo, y mide unos 50 piés de altura (1).

Si de aquí pasamos á examinar la márgen Norte del río Kábul, veremos que el Hindúkusch envía hasta dicho punto sus aguas anunciando la ventura á los habitantes de este suelo afortunado. La superficie de esta gran montaña, ó más bien cordillera, y dicho sea de paso, es en su mayor parte granito, con una capa de pizarra en muchos puntos. De aquí, su color oscuro, semejante al de la montaña *Suleiman*, cuyo suelo está formado, en general, por una piedra dura y de color negruzco.

Un viajero moderno escribe que, al pasar el Indo por *Kalábâgh*, descubrió muy distintamente en dirección Norte cuatro cordilleras de montañas diversas é independientes. La primera está libre de nieves hácia la mitad de Febrero, época en que los picos de la segunda y de la tercera están coronados de las mismas: la cuarta, al contrario, nunca se desnuda de su blanquísimo ropaje. La gran cantidad de aguas que brotan y parten de su seno, toman pronto la dirección Sur para entrar en el Kábul por su márgen izquierda. La montaña *Khond*, alarga un poco más sus robustos brazos, de Norte á Sur, acercándose al Kábul, no léjos de *Chelâlâbâd*, desde donde se ve claramente la más elevada de sus cumbres. Este es el punto en que se acercan también más al mencionado río los costados de los altos del *Safed-koh*: La citada montaña *Khond*, divide el terreno en dos grandes planicies por la parte Norte del río. De este mismo lado entran numerosos afluyentes en el Kábul, que son como las líneas divisorias de los grupos de montañas y de la jurisdicción de los respectivos valles.

(1) En 1739 tomó la ciudad *Nadir-Shâh*; á su muerte se apoderó de ella *Ahmed shah Aldalli*, y siguió siendo capital del *Afghanistan* hasta la ruina de este imperio. La comarca de *Kabulistan*, es la *Arachosia* de los geógrafos antiguos.

El primero de aquellos, partiendo del *Indo* como antes, y muy próximo á este río, es el *Burrindu*, que baña un valle angosto pero fértil en extremo. El segundo, mucho más considerable que el precedente, es el *Sevâd*, formado á su vez por varios riachuelos, de que el más notable es el *Panchkora*: este le forman también cinco ó más torrentes; uno de ellos, el más al Norte, llamado *Tâl*. El *Panchkora*, corre casi recto en dirección al Sur, recibiendo tributarios por sus dos costados: el más notable que le viene del Este, es el *Sevâd*, nombre que desde aquí toma el río hasta su desembocadura en el Kábul. El *Sevâd* recibe á su vez las aguas del *Bachur* que baja de la faldá Este del *Khond*.

El tercero de los afluyentes mencionados, el *Khonar* ó *Kameh* (1), forma durante casi todo su curso la línea divisoria entre la meseta Este y Oeste del *Kabulistan* del lado Norte del Kábul. Su curso es bastante largo; se cree que nace en un ventisquero ó capa de hielo que cubre la montaña *Pushti Ghur* (espalda de la montaña), que es un brazo del *Hindukush*. Las aguas de la otra falda de este ventisquero van al *Oxus*. El *Khonar* cruza un valle largo y estrecho, y pasando luego entre los promontorios *Khond* y *Narguîl* penetra en el valle de Kábul para confundirse, no léjos de *Chelâlâbâd*, con el río de este nombre.

Estos tributarios del Kábul pertenecen á la gran meseta del Oeste de *Kabulistan* y penetran en el río por su márgen izquierda. Al Este, partiendo de la India, se encuentra en primer término el río del valle de *Laghmán*, bastante caudaloso cuando penetra en el Kábul. Siguiendo la márgen del río, en dirección contraria á su corriente, se observa que el valle se divide en dos mitades, cruzada cada una por un arroyo: el *Alishang*, en el llano Oeste, que nace en el monte *Tagow*; por el Este corre el *Alinghar*; juntos forman el río anónimo del valle *Laghman*, que acabamos de nombrar.

El más caudaloso de los tributarios del Oeste es el *Panchir*, que nace al Noroeste, en una de las proyecciones del *Hindukush*; con él se junta luego el *Ghorband*, que viene del Noreste, despues de haber á su vez recibido las aguas del *Parvan*. El país que recorre el *Ghorband* se llama *Kohistan* (país de la montaña); más abajo recibe el nombre de *Kohidâman*, con que indistintamente designan algunos toda esta comarca.

Kohistan es una dilatada llanura, por todos lados ceñida de montañas y colinas, que mide unas 40 millas inglesas de longitud, por 10 á 18 de ancho próximamente. En el centro del llano se juntan y cru-

(1) No está bien determinado su nombre; el primero es más frecuente en escritores que tratan de geografía.

zan varios torrentes que bajan de las montañas y fertilizan la comarca. Son especialmente celebrados por las descripciones de *Sultán Báber* y de viajeros modernos los deliciosos jardines de *Shikardarra*, *Istalif* é *Isterkesh*, que cubren una buena parte del llano. Al Este de Istalif se extiende como una sabana la rambla de *Begram*, célebre por la gran cantidad de monedas que en ella se encuentran; es casi totalmente llana; mide unas 24 millas inglesas cuadradas, y no ofrece objetos ni poblaciones notables. No se confunda esta llanura con la provincia del mismo nombre, de que más tarde hablaremos.

La principal importancia del distrito de *Kábul* está en ser centro de las vías y rutas que ponen en comunicación los países asiáticos del Este con los del Oeste. De la comarca de *Kábul* parten numerosas vías en todas direcciones. Seis pasos se conocen hoy que cruzan el *Hindúkush*; el más al Este es el *Jamak*, que, por *Anderáb*, va á terminar en *Kunduz*; el más al Oeste, por *Bámián*, conduce á *Balkh*; de ambos hablaremos despues. Los otros cuatro parten del valle de *Kohidáman*; el *Panchir*, que va recto hácia el Norte; *Sháheh*, 15 Noroeste; *Parvan* ó *Ser-Alang* (1), 25 Noroeste, y *Ghorband*, 50 Noroeste. Es de advertir que estos pasos no son viables en todas las épocas del año. Dice el viajero inglés *Wood*, que no pudo trasponer el *Parvan* por estar muy avanzada la estación de los frios, y le encontró cubierto de nieves, por el costado que mira á *Kábul*, en una extensión de 40 millas inglesas, á partir desde la cumbre; del lado opuesto cubria la nieve unas 60 millas, ó más de un día de camino. La subida del paso *Ghorband* presenta iguales dificultades, á juzgar por el éxito desgraciado del ensayo que practicaron *Lord* y el capitán *Leech*. Estos dos intrépidos viajeros pudieron llegar hasta la cumbre del desfiladero, á una altura de 15.000 piés próximamente, pero encontraron impracticable la falda opuesta. Por el lado que mira á *Kábul* es suave la subida hasta llegar á 12 ó 13 millas de la cumbre; pero desde aquí crece de una manera brusca la pendiente, y las nieves ponen este trayecto impracticable ya en Octubre, aún á las caravanas mejor pertrechadas.

Al Oeste de la ciudad de *Kábul*, no léjos del camino que conduce á *Balkh*, están los manantiales del río y los límites del valle ó meseta de ese nombre, cuyo ancho es en algunos puntos de 25 millas inglesas.

Las producciones de esta comarca ó parte del antiguo *Kábulistán*, son las de los climas templados ó medios. El melocotonero, el granado, el manzano, peral, cirolero y vid, crecen en abundancia y lozanía: el naranjo, la palma y limonero, no pros-

peran. De las flores, abundan la rosa, la violeta, el tulipan, jazmin, lirio, plantas aromáticas, como el sándalo, y otras muchas que se cultivan en los deliciosos jardines que embellecen sus ciudades y muchas de sus aldeas, aún las más insignificantes. Sus montañas dan abundantes y preciosas maderas en gran variedad: tamarisco, cedro, encina, haya, nogal, abeto, pino, ciprés, avellano, acebo, berbero, sauce, álamo y, aunque en corta cantidad, el olivo: muchos de estos árboles prosperan también en los llanos. La assafoetida se cria con lozanía á 7.000 piés de altura: otras muchas plantas y flores europeas crecen en las regiones más elevadas de estos países. En algunos distritos se cogen al año dos y aún tres cosechas de cereales.

De todos estos productos, como de sus manufacturas y tejidos, de lana principalmente, hacen los habitantes algun comercio con los países vecinos, con la India principalmente, importando en cambio otros artículos y géneros que no se encuentran en el país, como muselinas, tejidos de seda, brocados, añil, marfil, azúcar, bamboa, cera, sándalo, especias, objetos de varios metales, etc. Del Turkestán importan caballos, oro, plata, cochinilla, vasijas de metal y otros artículos europeos que van de Rusia por la vía de Bukharia: de Persia importan sedas, algodones y bordados: también con China sostienen estos afghaneses algun comercio.

La agricultura está muy abandonada; pero la horticultura se practica con mucha perfección en la mayor parte de las ciudades y aún aldeas, en las que rara vez deja de haber algunos de estos verjales, en que, además de los frutos de Europa, prospera el mango, plátano, y otros de la India y de América. La assafoetida, que segun dejamos dicho, se cria con profusión, se utiliza, no sólo para extraer de ella la goma, sino también como alimento, asada, siendo muy apreciada de los naturales, á pesar de su olor fuerte y altamente desagradable. Los animales domésticos y salvajes que más dominan, son: camello, oveja, caballo, gacela, chacal, zorro y lobo. Además del asno silvestre, que es muy numeroso en algunas comarcas del Oeste, se encuentra en las montañas el tigre, leopardo, lince y hiena; oso, mono y cabra montés son ménos frecuentes (1). El comercio de *Afghanistán*, y por consiguiente de *Kábul*, se va reponiendo lentamente del abatimiento en que le habían sumido las terribles convulsiones políticas que han agitado estos países desde los comienzos de este siglo; así es, que las cantidades obtenidas de la venta de los productos que se exportan anualmente por *Karachi* á la India, van siendo cada vez más considerables. En 1864 se

(1) *Alang* se llama la parte superior del *Parvan*.

(1) *Bellem*, Mission to *Afghanistán* in 1857, pág. 11-14.

sacaba de la venta de rubia 12.228 libras esterlinas; de assafœtida 2.296; seda cruda 17.975; lana de ovejas 315.104; caballos 92.651; frutas 14.914. En estos últimos años se ha duplicado la exportación de algunos productos, aunque la industria de sus habitantes no ha dado un sólo paso. Entiéndase que dichas cifras se refieren á todo el Afghánistán.

FRANCISCO GARCÍA AYUSO.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA PAULINA CONTRERAS

ESPOSA DE DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (1)

Margarita! ¡Beatriz! ¡Laura! ¡Julietta!
 ¡Flérida y Pórcia! ¡Númenes benditos!
 ¡Dormid en esos templos que el poeta
 Os alzó en los espacios infinitos!
 ¿Quién despues de las arpas que os crearon
 Llega á turbar vuestros sepulcros yertos?
 ¿Quién os puede cantar, cuando os cantaron
 Vuestros sublimes y adorados muertos?
 ¿Quién por las altas bóvedas camina?
 ¿Quién osado hasta el cielo se levanta?
 ¿Y quién canta á Paulina
 Cuando ella vive y Alarcon la canta!!

¡Paulina! *no cual fúnebre vereda,*
No como noche oscura,
No como melancólica alameda
Plantada entre una y otra sepultura,
 ¡Su vida quedó ya! ¡los breves dias
 Fueron los que pasaron!
 ¡Si para el alma de Alarcon dormías,
 Bendigamos lo poco que duraron!
 No hubo luz en mitad de su horizonte
 Hasta que, absorto al vislumbrar la estrella,
Como la blanca luna tras un monte,
Á sus ojos lució gentil doncella.
 Sin amarte, sin verte,
 ¿Qué era la juventud sin tu cariño?
 Despues de conocerte
 Nuestro Alarcon pasó de viejo á niño!!

¡Mirale en el hogar! tierno y amante,
 ¡No hay corazon tan rico como el suyo!
 ¡Tan padre, tan poeta, tan gigante,
 Tan vencido, tan íntimo y tan tuyo!
 El que cantó las noches de Granada,
 Sus cármes, su Alhambra; sus colinas,
 Y de África guerrera en la jornada
 Lloraba por sus noches granadinas;
 El que bañó su citara de oro
 Del nardo y la violeta en el aroma,
 Y uné á la audacia indómita del moro
 El alma, para tí, de la paloma;
 Peregrino en palacios y jardines,
 Trovador de gallardas hermosuras,
 Alma de tan espléndidos festines,
 Héroe de tan curiosas aventuras,

(1) Todos los versos que van en esta poesía marcados con letra bastardilla pertenecen al ilustre cronista de la guerra de Africa.

Sus cantares mejores
 Dió á tu belleza por tu amor rendido;
 Sus sueños, sus conquistas y sus flores,
Porque en todas cantára tus amores
Si primero te hubiera conocido.

Contéplale en el lienzo, y no suspires;
 Pues siempre el cielo quiera
 Que exclames: *¡así es!* cuando lo mires,
 Y que nunca murmures: *¡así era!*
 Para encontrar los nítidos reflejos
 Del Edén, en que están tus ojos fijos,
 Tienes muchos espejos,
 Sus ojos y los ojos de tus hijos.
 Al ver que el mundo tu virtud respeta;
 Tan sin rival, tan pudorosa y casta,
 Digo á la vez de nuestro gran poeta:
¡Tremblo... bendigo... y enmudezco: basta!

ANTONIO F. GRILO.

1.º de Julio, 1875.

CRÓNICA MUSICAL.

«LA CLAVE», ZARZUELA EN DOS ACTOS DE LOS SEÑORES RAMOS CARRION Y CAMPO ARANA, MÚSICA DEL MAESTRO FERNANDEZ CABALLERO.—LOS CONCIERTOS DE LA SOCIEDAD DE PROFESORES.—MUERTE DE JORGE BIZET.—UNA CARTA DE VERDI.—«DOLORES», ÓPERA DE AUTERIMANZOCHI.—«LOS MACABEOS», ÓPERA DE RUBISTEIN.

La única novedad musical veraniega que debemos mencionar en esta crónica, es la zarzuela en dos actos *La Clave*, letra de los señores Ramos Carrion y Campo Arana, y música del maestro Fernandez Caballero, estrenada con buen éxito há pocos dias en el Teatro del Príncipe Alfonso.

Los autores del libro, que en diversas ocasiones han demostrado verdadero talento para la literatura dramática, no quisieron sin duda dedicar grande atención á su última obra que, pudiendo ser graciosa é interesante, peca de demasiado cándida, faltándole, no ya las especias propias del género bufo, nunca echadas de ménos por el público sensato, sino la sal cómica indispensable para entretener agradablemente al auditorio.

Por fortuna, el maestro Fernandez Caballero, que tiene el acierto y buen gusto de no escribir de pacoilla, ha compuesto para *La Clave*, música digna de su envidiable talento. Dados los elementos que la empresa podía ofrecerle para la interpretación, era difícil hacer cosa mejor, advirtiéndose en un duo y en el final del primer acto, y en otro duo del segundo, verdadero y laudable propósito en el maestro, de salir del camino trillado, donde, á la dificultad de ser original en la melodía, se añade la de serlo en la estructura de las piezas.

Las ideas melódicas verdaderamente nuevas son raras, y más raro que agraden en las primeras audiciones: el oído, no acostumbrado á ellas, las ex-

traña, y al público no podrá exigírsele nunca conocimiento tan profundo en el arte, que aprecie en su justo valor estas inspiraciones cuando por primera vez las escucha, mucho ménos siendo la interpretación imperfecta; pero la forma es variable hasta el infinito, y sin pecar de wagnerismo, ni convertir el arte lírico dramático en una declamación armónica, se puede prescindir del patrón italiano y de la canción popular para hacer música española. Algo se ha atrevido á realizar en este punto el Sr. Fernandez Caballero en el final del primer acto de *La Clave*, y mucho debe alentarle el éxito para perseverar en tan laudable propósito. Conociendo bien, como lo conoce el Sr. Caballero, el terreno por donde se camina, se puede llegar á donde se quiera.

La Sociedad de Conciertos se ha refugiado este verano, por razones que ya es inoportuno exponer y juzgar, en el jardín de la Alhambra, reemplazándola en el ameno Parque del Retiro otra orquesta con coros, que sospechamos llegue á ser con el tiempo nueva Sociedad de Profesores, rival de la que por tantos años ha deleitado al público madrileño y popularizado la música clásica.

Al público no se le lleva tan fácilmente de un lado para otro como conviene á los intereses de las empresas, y el atractivo de buena música bien tocada no basta para atraer al jardín de la Alhambra á los que por afición, por moda ó por ambas cosas, llenan en la primavera el teatro del Principe Alfonso.

El jardín de la Alhambra no puede compararse al del Retiro, uno de los mejores de Europa, para el objeto á que está destinado, pero tiene aquel, al lado de numerosos inconvenientes que contrarian las aficiones del público, con especialidad del bello sexo, una ventaja inapreciable para los filarmónicos. En la Alhambra se oye la música mucho mejor que en el Retiro.

De esta ventaja, unida á la del superior mérito de la orquesta que dirige el Sr. Oudrid, no ha sacado provecho todavía la Sociedad de Profesores. Con la repetición sempiterna de las obras de repertorio, no logrará que acudan á la Alhambra los aficionados, única base del público que allí pueda reunirse. Ya que el local tiene condiciones para que puedan apreciarse en él hasta los detalles más delicados de la música sinfónica, y bien se demostró con la bella *Meditación*, de Gounod, interpretada hace pocas noches (única novedad en lo que va de verano); ya que la orquesta tiene los elementos necesarios para vencer las dificultades de ejecución de todas las obras, ¿por qué no se hacen conciertos verdaderamente clásicos? ¿Por qué no se dan á conocer muchas obras que jamás se han oído en España? ¿Por qué no aprovecha el tiempo la Sociedad de

Profesores, ahora que los artistas no están ocupados en las orquestas de los teatros, para renovar el repertorio, ensayando mucho, probando las obras ante el público, que es el verdadero juez; fiándose ménos de la opinión de los instrumentistas, por hábiles que sean?

Dícese á esto que no hay música, ó que la no interpretada es inferior en mérito á la que el público conoce. Ni lo primero ni lo segundo es cierto. No sólo quedan por oír muchas obras de los grandes maestros, sino también música que, á juzgar por el aprecio que en otras capitales de Europa le tributan, debe suponerse que es buena.

Ocho de las nueve sinfonías de Beethoven, dos ó tres de Mozart, y otras tantas de Haydn y de Mendelssohn, no son las únicas que se han escrito dignas de oírse. Hay artistas de talento reconocido, como Berlioz, por ejemplo, de cuya música nada ha tocado la Sociedad de Profesores, si nuestra memoria no nos es infiel. Los tiempos de cuartetos y tríos de los clásicos, puestos en la magnífica cuerda de la orquesta, son mina inagotable, que apenas se ha explotado.

Hay además obras que en el jardín de la Alhambra tendrían grande éxito. Nos referimos á los conciertos para instrumentos solos, con acompañamiento de orquesta; obras tan magistralmente escritas por Weber y Mendelssohn. Los solistas en la orquesta están. Allí vemos á la señora Roaldes, á los señores Mirecki, Sarmiento, Perez, Lestan, Espino, y tantos otros, aplaudidísimos repetidas veces en los conciertos de la Escuela Nacional de Música.

¿Qué falta, pues, para dar novedad á los conciertos de la Alhambra y atraer á los aficionados? Deseo de hacerlo y ensayar mucho. Los tiempos del monopolio de la grande orquesta han pasado, y la rivalidad empieza. Si la Sociedad de Profesores se duerme en sus laureles, la despertará irremediable desengaño.

El arte musical acaba de sufrir en Francia dolorosa pérdida con la muerte de Jorge Bizet, el más aventajado de los jóvenes compositores traspirenaicos. Discipulo de Halevy y casado con una hija de este ilustre maestro, el autor de *Cármén* y de *La Arlesiana* había obtenido en el Conservatorio de París los premios y recompensas que atestiguan profundos y aprovechados estudios. Nacido en París en 25 de Octubre de 1838, apenas contaba 37 años cuando repentina dolencia ha puesto fin á sus días en Bougival, precisamente cuando acababa de vencer los grandes obstáculos con que tropieza todo artista para adquirir reputación en la capital de la vecina república.

Después de alcanzar á los 13 años el primer premio de piano, posteriormente el de fuga, y por úl-

timo, el gran premio de Roma, empezó la carrera de compositor dramático con una ópera bufa, *El doctor Milagro*, escrita para el concurso que abrió Offenbach, cuando dirigía el teatro de los Bufos Parisienses. La ópera de Bizet y otra de Lecocq sobre el mismo asunto, fueron representadas sucesivamente en el referido coliseo.

En seguida estrenó en el Teatro Lírico *Los pescadores de perlas*, obra muy apreciada por los inteligentes, y *La linda muchacha de Perth* y *Djamileh*, en la Ópera Cómica.

Varias obras para orquesta habían dado á Bizet reputacion de excelente sinfonista, y merecen citarse entre ellas las que escribió para el drama de Daudet *La Arlesiana*, y la overtura titulada *Patria*, destinada á una ópera en que trabajaba cuando le ha sorprendido la muerte. Su última y mejor obra es la ópera cómica *Cármén*, objeto de apasionadas polémicas cuando se estrenó, y que había llegado á ser sólida base de la reputacion del jóven maestro.

No creemos que el público madrileño haya oido otras obras de Bizet que algunas de las composiciones sinfónicas que hizo para el drama *La Arlesiana*, y que ejecutó la Sociedad de Conciertos en la última primavera. Estas piezas, escritas sin duda para producir un efecto determinado dentro del drama, no tuvieron aquí grande éxito, pero revelaban profundos conocimientos del arte y de los efectos sinfónicos.

Verdi se ha negado terminantemente á que su *Aída* sea cantada en el Gran Teatro de la Ópera francesa, y si pueden los parisienses oirla, será en la primavera próxima en el de la ópera italiana.

Las razones en que funda su negativa el más reputado de los actuales maestros italianos, las encontrará el lector en la siguiente carta escrita al director de la Grande Ópera, M. Halanzier, hace algun tiempo.

Busseto, 24 de Agosto de 1872.

Señor Halanzier:

Mucho os agradezco vuestra amabilidad al querer que tratemos de negocios. Me honra por extremo que encontreis mi partitura *Aída* digna de la Ópera, pero, en primer lugar, no conozco bien el personal actual de la Ópera, y además, permitidme confesarlo, he quedado tan poco satisfecho cuantas veces he tenido que ver con vuestro Gran Teatro que, por ahora, no me encuentro dispuesto á hacer nueva tentativa. Quizá más tarde, si conservais tan buenos deseos hácia mí, cambie de opinion, pero en estos momentos me falta valor para afrontar una vez más los chismes y ocultas oposiciones que dominan en ese teatro, y cuyo penoso recuerdo conservo.

Dispensadme, caballero, el haber expuesto mis ideas con demasiada franqueza, pero prefiero decir la verdad, tal y como la siento, para que nuestra

respectiva posicion sea clara, lo cual no impide que personalmente os deba agradecimiento por las frases corteses con que me honrais en vuestra carta.

Queda á vuestras órdenes con la mayor consideracion y respeto,

VERDI.

Casi todos los años se estrenan con grande éxito en Italia por lo ménos una docena de óperas, que viven lo que las flores. De aquí la necesidad de poner en cuarentena las noticias de los extraordinarios triunfos alcanzados en la Scala ó San Carlos, y de que acojamos con alguna desconfianza lo que dicen los periódicos musicales extranjeros acerca de la nueva ópera *Dolores* y del compositor Auteri-Manzochi, á quien se debe la partitura estrenada hace poco en el teatro Dal Verme de Milán con el mejor éxito, como lo atestiguan cinco piezas repetidas y cuarenta salidas del autor á la escena. Los italianos llaman ya al jóven compositor de *Dolores* sucesor de Verdi, y la *Perseveranza* asegura que el Sr. Auteri-Manzochi tiene la rara facultad, en los maestros principiantes, de la invencion melódica, ideas nuevas y estilo propio en la manera de presentarlas. Otro diario añade, que la instrumentacion de *Dolores* es magnífica y la armonía notable, demostrando el maestro que no sólo sabe empezar las piezas, sino concluir las sin desarrollos considerables. El Sr. Auteri-Mazonchi es siciliano y compatriota de Bellini. Su madre, la señora Manzulina, fué cantora célebre en Italia. El compositor cuenta veintiocho años de edad, y ha empezado sus trabajos musicales á los veintitres, despues de perder toda su fortuna en la Bolsa. En cinco años ha aprendido composicion en la escuela del maestro Mavellini en Florencia, tan bien como si hubiera estado diez en un Conservatorio. El libreto, abundante en situaciones variadas y entretenidas, es del Sr. Auteri-Pomar, un excelente escultor que, para descanso del cincel, toma la pluma del poeta. La interpretacion de *Dolores* ha sido un triunfo para la eminente artista señora Galletti.

La última novedad lírico-dramática en Alemania es la ópera *Los Macabeos* del compositor y célebre pianista ruso Antonio Rubinstein, estrenada últimamente en Berlin con buen éxito, y de la cual ha mandado traer á Madrid algunos ejemplares el celoso é inteligente editor de música Sr. Vidal. En nuestra próxima crónica hablaremos de esta obra, en cuanto puede juzgarse por su reduccion á canto y piano.

J. B. CALVO.

moral, todo lo que se opone á las reglas que en ella imperan, sólo engendra desórden, violencia, mal, é impide y dificulta, sin que en ningun caso favorezca, la realizacion de los fines á que esas leyes se dirigen, y á los cuales sólo puede llegarse por medios que estén en perfecta armonía con la verdad y la justicia, siendo indeclinable consecuencia de tan necesario acuerdo la absoluta y completa conformidad de carácter entre los fines y los medios de realizarlos, lo cual hace de todo punto imposible que las condiciones de ejecucion constituyan una infraccion moral, y siendo el fin justo y legitimo, determinen una excepcion inadmisible de leyes que no admiten ninguna.

De tal suerte, demostrada la imposibilidad de que la conservacion y desarrollo de la vida humana, en el individuo y en la especie, respondan á los fines providenciales ó necesarios, y sean contrarios á ellos los medios de obtener esos resultados, el problema de la legitimidad ó injusticia de la propiedad individual se simplifica y queda reducida á las dos cuestiones siguientes: ¿Están los seres humanos en condiciones de legitimidad y de justicia al procurar la conservacion de su vida y el crecimiento de su especie, aprovechándose de la materia y fuerzas que tienen á su alcance? Estándolo, ¿les es real y verdaderamente necesaria la propiedad por el individuo de esa materia y fuerzas para realizar esos fines, ó hay otro medio más adecuado, justo ó conveniente? Siendo obvio que, una vez demostrada la verdad de estas dos premisas, será de ellas consecuencia irrecusable la de que el hecho de la propiedad individual tiene la indisputable legitimidad que caracteriza todos los medios indispensables de la realizacion de lo verdadero y de lo justo, al paso que probada la ilegitimidad del fin ó la falta de necesidad del medio, el derecho de propiedad quedará sin base.

La negacion de la primera cuestion es de todo punto imposible, y en todo caso contraproducente.

A ningun individuo, de los que, en el globo terráqueo, somos capaces de inquirir la razon de la existencia de la especie humana, puede ocurrirse sostener, en favor de otros seres, que nuestra vida es irregular y atentatoria á la suya. Pero, aún cuando á alguno le ocurriera tan extraña aberracion, de nada podria servirle para el propósito de impugnar la propiedad individual, á fin de que vinieran á su disfrute y aprovechamiento los que apellidan desheredados, pues no teniendo sus doctrinas y teorías otra base que el derecho de los que se encuentran en ese caso, sus argumentos no podrian subsistir, negada hasta la posibilidad de su existencia en todos y en cualquier hombre.

Por esta razon, sin duda, á pesar de las monstruosas elucubraciones á que llegó la utopia, nin-

guna de sus doctrinas y teorías ataca á la propiedad individual en esa primera base, de la legitimidad de la vida del individuo y del desarrollo de la especie. Todos los adversarios de la propiedad en el individuo tienden, por el contrario, como queda dicho, á exagerar la importancia de la facultad de aprovechamiento del hombre, adulterándola, convirtiéndola en un incomprensible derecho, susceptible de una expansion ilimitada, por efecto de las condiciones que sueñan en la produccion, capaz, segun ellos, de ser llevada al infinito por la concurrencia del trabajo del hombre con los elementos naturales.

Partiendo de esa hipótesis, que, como queda ya demostrado, de ser real y posible, dejaría la propiedad inútil y sin objeto, presentando la individual como rémora de tan apetecible desarrollo de las fuerzas productivas, y negándole, en consecuencia, la condicion de medio necesario del sostenimiento de la vida individual, y desarrollo y crecimiento de la especie, proponen la sustitucion por otros medios de aprovechamiento, á su juicio más ventajosos y adecuados á la realizacion de aquel fin, formando, con su desenvolvimiento y exposicion, los diversos sistemas, ya examinados y fundados todos en el supuesto de la injusticia de la propiedad individual.

Al recordar estas teorías, no es nuestro ánimo volver á ocuparnos de la confusion por ellas establecida sobre las premisas que asientan, llamando derecho, y suponiendo ilimitado lo que sólo es una facultad reducida á términos conocidamente inquebrantables, ni tampoco repetiremos lo también dicho acerca de la pretendida inagotable fecundidad de la tierra y sus consecuencias; limitándonos á consignar las causas que, poniendo de relieve la inexactitud de las afirmaciones en que se apoyan los ataques dirigidos contra la propiedad individual, patentizan la necesidad, único punto discutible y discutido, más ó ménos apremiante, pero siempre ineludible, de que productos, capital y muchos elementos naturales, todos los limitados, sean objeto de apropiacion *por los individuos*.

En efecto, aún suponiendo al hombre colocado sobre la tierra en condiciones idénticas á las de los demás seres, existiría para él, como para éstos, la necesidad de aprovecharse de la materia y fuerzas adecuadas á la satisfaccion de las necesidades y exigencias de su organismo, de absorberlos, de asimilárselos individualmente, en una palabra, de apropiárselos cada uno en su exclusivo beneficio.

Tal es la regla universal que rige á todos los seres. Las especies viven con la vida de los individuos, y éstos la sostienen por el consumo, por la apropiacion de los medios adecuados á este objeto. Así se ve que las plantas absorben y se asimilan los jugos de la tierra propios para su nutricion, que en ellas y en sus frutos encuentran alimento muchos

animales, que á su vez sirven á otros de sustento; que todos, animales y plantas, al satisfacer esas exigencias de su vida, consumen, modifican sus peculiares alimentos, en términos que ya no sirven para el mismo objeto, siendo el consumo, la asimilacion de cada animal ó planta tan exclusivo de otro análogo, estando, por decirlo así, tan impregnado de individualismo, que la planta más viva mata por inanición, por dejarla sin jugo, é impide el desarrollo de las que lo son ménos; que el número de animales herbívoros de una comarca nunca llega á ser mayor del que puede alimentar sus pastos; y por último, que su mayor ó menor crecimiento limita el de los carnívoros, no siendo, por tanto, dable concebir cómo el hombre, que experimenta esa misma necesidad de nutrición, y cuya especie, al igual de las demás, sólo vive de la vida de sus individuos, pueda existir sin la facultad en éstos de asimilarse, con exclusion de los demás, de apropiarse la cantidad de alimentos, vestidos y albergue que requiera su indispensable consumo.

Suprimirle esa facultad, impedirle esa apropiación, equivaldría á condenarle á desaparecer por la supresión de los medios de conservar su vida; y el absurdo es tal y de tan evidente imposibilidad, que los más ardientes enemigos de la propiedad individual cejan ante ella, y no se atreven á llegar á esa negación, por más que sea una consecuencia estrictamente lógica de los principios en que fundan las demás.

Lo extraño es que, cuando esa manifiesta é incontrastable presión les obliga á ceder ante tan suprema exigencia de la vida humana, desconozcan que en ella está la razón que determina la única solución justa y verdadera del problema planteado; porque si ante la evidencia material de la necesidad de la apropiación por el individuo de algunos de los productos requeridos por sus exigencias físicas del momento, se reconoce que lo inexcusable de esa forma exclusiva de aprovechamiento es un título incuestionable de su legitimidad, forzoso es convenir que cuando hay esa misma razón, aunque no se presente tan perceptible por su carácter apremiante, cuando necesidades, si no tan urgentes, tan ineludibles como aquellas, requieren esa misma apropiación por el individuo como imprescindible para su satisfacción, es ésta tan legítima y justa como la anterior en toda la extensión necesaria para responder por completo á todas esas necesidades.

Que esas necesidades existen, que la conservación de la vida de los diferentes seres tiene otras diversas exigencias, y los medios de satisfacerlas varían en carácter, extensión é índole, y que, mientras los unos se limitan á vivir con los jugos que tienen á su alcance, otros van á buscarlos, que muchos sólo se alimentan con productos espontánea-

mente preparados por la misma naturaleza para su consumo, mientras otros, dotados del instinto necesario, toman precauciones y se preparan en parte los medios de defender y conservar su vida; no es posible desconocerlo, como tampoco que el hombre se halla bajo este aspecto en un grado muy superior, y son, por consiguiente, mayores y más complejas sus necesidades en ese orden.

Es, con efecto, un hecho demostrado, por lo que siempre y sin excepción ha sucedido y sucede, que la materia y fuerzas que constituyen el globo terráqueo no ofrecen á los seres humanos espontánea y constantemente todos los medios que para la satisfacción de las necesidades de aquellos son susceptibles de producir y que para el desarrollo de su fuerza productiva, el hombre, en cumplimiento del castigo impuesto á su raza, *in sudore vultus tui vesceris panem*, há menester buscar en penosos trabajos y privaciones la satisfacción de sus necesidades, el alimento de su ser en su triple esfera. Y lo es asimismo que, para llegar á este fin, y alcanzar, física, intelectual y moralmente, el desarrollo que las condiciones de su organismo exigen, no le basta tomar en la producción una parte directa, limitándose á vencer las resistencias del momento que á su satisfacción se opongan, como lo hacen casi todos los demás seres animados, sino que, no pudiendo con sus fuerzas empleadas en esa forma alcanzar muchas utilidades adecuadas á la satisfacción de sus exigencias, necesita crearse los medios de conseguirlas, fabricando ántes los instrumentos, útiles ó máquinas que, aumentando la eficacia de su esfuerzo, permitan al trabajo directo dominar las dificultades que sin aquella preparación le eran insuperables; así como á las tierras abiertas, pobladas de yerbas dañinas, con demasiada ó poca marga, inundadas de aguas, ó careciendo de ellas en un clima seco, le es preciso cerrarlas, si su fruto no ha de ser objeto de las depredaciones de animales salvajes, extirpar las plantas nocivas, modificar su composición, haciéndola más ó menos permeable, desecarlas ó proveerlas del indispensable riego y renovar, después de una ó muchas cosechas, su fertilidad con abonos ó variación de siembras, además de hacer para la preparación de cada cosecha las operaciones de arado, siembra, limpia y demás que constituyen las faenas agrícolas anuales; y del mismo modo para emprender esas mismas operaciones y otras que sólo se ultiman en un largo período, le es preciso un capital en subsistencias que le permita aguardar el resultado de su concurso á ellas; para aprovecharse de ciertos animales, utilizando sus fuerzas, consumiendo su leche y utilizando del mismo modo de su prole, há menester domesticarlos y educarlos; y por último, para hacer frente á los peligros de una mala cosecha y vivir durante el período

que entre una y otra media, precaver los frutos cogidos de las causas de destrucción que los inutilizarían de estar á la intemperie, construir edificios á propósito.

Tampoco es posible desconocer que tales conquistas sobre las condiciones primitivas, y, por decirlo así, naturales de la producción, aunque por efecto de la manera de ser del hombre y leyes que rigen su actividad, vengan principalmente á redundar en beneficio de la especie entera, ó, por lo ménos, de grandes colectividades, no son ni pueden ser obra de éstas ni de aquella, que, entidades morales, no son capaces de los esfuerzos necesarios para realizarlas, sino de sus miembros ó individuos, que son los que se sujetan al trabajo, al ahorro y á la privación, dependiendo por tanto de ellos la completa realización de esos fines, á la cual sólo puede llegarse por los medios con que se obtenga su comparación.

Cuáles sean éstos, cuáles los términos y condiciones en que el hombre presta á la producción el concurso de su trabajo y esfuerzos, indispensable para que la especie humana llegue á ese apetecible y debido desarrollo, se deduce claramente de su manera de ser, de las condiciones de su organismo, de la naturaleza de las fuerzas que puede desenvolver y de las causas que determinan su actividad, porque todo en el mundo se ajusta á leyes inmutables, dentro de cuyo admirable orden y armonía los seres todos, y los humanos no son una excepción, viven y se desarrollan en la forma y manera que permiten las condiciones de su peculiar organismo, siendo constantemente movidas por las exigencias del mismo.

Ahora bien: es un hecho indiscutible, y por todos reconocido, que el hombre es un sér, al que todas las condiciones de su organismo, sus sentimientos, las exigencias de su vida y las ventajas que del estado social reporta, se lo imponen con tal fuerza, que sólo en ese medio, cuyo mantenimiento exige que el desarrollo de la vida de cada individuo se verifique en armonía con el de la de los demás, puede vivir; que está además dotado de una inteligencia que le sirve de guía en la aplicación de su actividad, y por medio de la cual, al par que aprecia y comprende la necesidad y conveniencia de aquella armonía, observa, inquiere y conoce los medios y procedimientos que son más á propósito para producir los objetos adecuados á la satisfacción de sus exigencias é ilimitadas aspiraciones, y preve y aprecia las necesidades y contingencias futuras, sabiendo procurarse medios de garantizar la satisfacción de las primeras y evitar las segundas; que es capaz de imponerse los más duros sacrificios, cuando los estima necesarios, ante una, por él, prevista eventualidad de futuros daños ó beneficios posibles; y

que progresivo y perfectible tiene la facultad de acumular progreso sobre progreso, descubrimiento sobre descubrimiento, ensanchando indefinida, ya que no ilimitadamente, su esfera de acción y de vida.

Lo es asimismo que todas estas cualidades, exclusivas de los seres humanos, son en cada uno de diversa intensidad, por lo que, lejos de constituir en ellos la casi identidad que existe en los de otras especies, dan, por el contrario, lugar á innumerables é importantísimas diferencias en su organización física, moral é intelectual, tanto en lo relativo á las fuerzas y recursos que en cada una de estas esferas puedan encontrar y desenvolver, como en las necesidades que en cada una de ellas experimentan, cuyas diversidades producen, entre otros, el resultado de que, mientras unos pueden contribuir enérgica y poderosamente á la producción, hay otros cuyos esfuerzos son ménos eficaces, así como también algunos han menester una gran cantidad de productos, acaso de los más valiosos, para su consumo, y á muchos les basta una pequeña cantidad fácil de obtener.

Viene, por último, á dar mayor trascendencia á esas condiciones y diferencias, caracterizando más profundamente la manera de ser de los hombres, la libertad, por virtud de la cual, en lugar de encontrarse como los demás seres en la precisión de obedecer ciega é inconscientemente á las leyes para ellos ineludibles de su organismo y del medio en que viven, es árbitro de permanecer inerte ó desplegar su actividad y de imprimirle la dirección que á su propósito convenga; libertad, facultad de elección que, constituyendo al hombre en causa eficiente de las consecuencias de sus actos, puesto que su inteligencia le da medios de conocerlas y apreciarlas, determina en él la obligación de la consiguiente responsabilidad por los resultados que su acción produzca en todas las esferas física, moral é intelectual de su vida.

A un sér dotado con estas condiciones, inteligente, previsor, perfectible, consciente, y sobre todo libre, es evidente que toda coacción, toda imposición de una voluntad extraña que le señale y obligue á seguir una dirección determinada en el empleo de su actividad, es contraria á su manera de ser. Privándole de su libertad, poniendo trabas á su inteligencia y previsión, y disminuyendo y anulando en consecuencia las fuerzas vivas de su organismo, ora proceda de un individuo, ora de clases privilegiadas, ora de una organización social ó política, constituye, respecto de los á ella sujetos, una verdadera esclavitud, la cual, desde el momento que hace sentir su perniciosa influencia en la personalidad del individuo, trae por necesaria consecuencia la de adulterar y debilitar en ellos el senti-

miento del deber, de hacerles desconocer cuáles son los resultados de sus actos, por los cuales, perdida la libertad, no cabe sean responsables; y el efecto necesario y fatal de suprimir su iniciativa y amenegar la energía y eficacia de su acción, como la historia del trabajo prueba con constantes é irrecusables testimonios.

Y es, por el contrario, lógico, por cuanto responde exactamente á las condiciones de su organismo, y esa misma historia lo comprueba, que, cuando la actividad de los seres humanos, en armonía con su libertad y desligada de trabas artificiales, es movida y dirigida por la voluntad del individuo, hay en las necesidades de su organismo, físicas, morales é intelectuales, estímulo poderosísimo, móviles de irresistible fuerza, exigencias ineludibles que despiertan toda la energía de sus deseos y mueven su voluntad á imponerse el sufrimiento del trabajo y la privación que requiere el ahorro, por efecto del temor y la prevision de otras más sensibles y dolorosas consecuencias de su inacción ó falta de prudencia.

Siente, en efecto, el hombre las imperiosas exigencias de su propia conservación, su primer deber y primera necesidad al propio tiempo; viene despues la union conyugal, la paternidad, á ensanchar la esfera de su vida, inspirándole afectos que con frecuencia le hacen preferir el bienestar de los suyos al propio, por ser muchas veces más enérgica y poderosa esa primera necesidad moral que la física; y por último, una vez satisfechas esas exigencias, ensanchando más y más la esfera de su vida por despertarse en él apetitos, aspiraciones hasta entónces dormidas, pero que, en las condiciones de su organismo, llegan á un desarrollo y afectan una variedad imposibles de precisar, encuentra en ellas nuevos móviles y fuerzas que continúan la impulsión determinada por los primeros, y estimulan la voluntad ya predispuesta á la acción por el hábito del trabajo y el beneficioso resultado de sus anteriores aplicaciones. Pero como el sér humano es inteligente y previsor, y por la observacion de ciertas eventualidades y de sus causas, de las épocas en que la tierra ofrece á su consumo ciertos frutos, de la conveniencia de colocarla á ella y á la mayor de los demas agentes naturales en las condiciones más adecuadas para el mayor desarrollo posible de sus fuerzas productivas, comprende la precision de ponerlos á cubierto de ciertos peligros, y es capaz de apreciar cuánto contribuyen á aminorar la necesidad de su esfuerzo y mejorar su éxito la fabricacion anterior preparatoria de medios, de útiles, de instrumentos que faciliten y aumenten los efectos de su concurso, dándoles superiores garantías de eficacia para el trabajo con que coopera directamente á la producción, los móviles que que-

dan enunciados no sólo les impelen al trabajo en la producción directa, sino al que indirectamente, pero de una manera segura, les puede llevar á los mismos y más ámplios resultados, proporcionándoles, al par que la minoración de la suma de sus penalidades que representa su trabajo (*labor*), más abundante satisfacción de sus necesidades y mayor seguridad de poder responder á ellas en todas épocas.

Ahora bien: cualesquiera que sean las condiciones é importancia de esos móviles, ya procedan de aquellas primeras necesidades, ya sean efecto de otras aspiraciones, lo mismo cuando se propongan desarrollar directamente una producción, que si fuese su fin concurrir á su buen éxito de una manera indirecta, facilitándola ó mejorándola, sólo la esperanza racional y fundada de alcanzar los resultados cuyo logro anhela, determina su actividad, pues sin ella no habría razón que moviera su voluntad á imponerse el sacrificio que siempre le cuesta su acción, así como para que desarrolle la más persistente energía, basta que vean probable, casi segura, la realización de sus propósitos.

De no ser así, si por una casualidad cualquiera el trabajo y sacrificios no respondiesen al fin cuya consecución los motivase y no fuesen asequibles los resultados directos ó indirectos, desapareciendo la causa que impele su voluntad, no habría fuerza que pusiera en actividad al individuo, pues en su condición libre, rechazada por inadmisibile y perjudicial la coacción de toda voluntad extraña, y no imponiéndole su organismo el trabajo, cual á otros seres el suyo en las ineludibles funciones de su manera de ser, lo único que puede sacarle de la inercia y obligarle á poner en acción sus recursos, es el conocimiento de los resultados que le ha de traer su empleo, es la certidumbre de que su inacción, ó una cooperación ineficaz ó equivocada, han de ser para él causa de mayor dolor y sufrimiento que el de su concurso activo y bien dirigido á las operaciones productivas, y de que éste, aunque penoso, le ha de producir ó en el momento ó en un porvenir más ó menos lejano, directamente y sin nuevos esfuerzos, ó indirectamente por evitar la prestación de otros más duros y difíciles, beneficios y satisfacciones que compensarán superabundantemente las penas de los esfuerzos hechos y el sufrimiento de las privaciones que se impusiera.

Y, en efecto, si al hombre que tuviese hambre y frío se le privase de comer los frutos que arrancase al seno de la tierra, ó los animales que cazase, y abrigarse con sus pieles; si, al que satisfechas esas necesidades personales suyas, se le impidiese atender á las de su familia; si al que experimenta la imposibilidad de alcanzar á la carrera á ciertos animales salvajes, ó de luchar con ellos, de explo-

tar convenientemente una tierra endurecida por el sol, y la necesidad de proveerse de armas, de instrumentos para prevalecer sobre aquellos y romper este, se le priva de estos y de aquellos dejándole en su impotencia anterior; si al que hubiere llegado á producir normalmente lo necesario para su subsistencia y la de su familia, no se le habia de permitir que buscara en el aumento de su cooperacion, en la privacion de parte del goce de los productos ya obtenidos, una garantía para su subsistencia y la de los suyos en un día posible de penuria; si no se le permitiese dedicar el sobrante de su produccion, ó una parte de su trabajo á mejorar, facilitar ó garantizar su produccion futura: si la penosa tarea de levantar un muro, de abrir un canal, de trasportar de un punto á otro las tierras necesarias para una conveniente mezcla, de roturar terrenos incultos, de abrir un camino, de construir un buque, no le habian de procurar la defensa, el saneamiento, la mejora de la tierra, la manera de trasladarse de un punto á otro, ya en animales domésticos, ya por encima del agua que impedía su paso; ó lo que es lo mismo, si realizadas esas mejoras no se le permitiese, ni á él ni á los suyos, disfrutar de ellos, aprovecharse de ellos; si todo lo que el hambre, el frio, el amor paternal, la prevision, el deseo legítimo de mejorar su porvenir y el de su familia, el afan de instruccion y lo que las más mezquinas vanidades le hicieran producir, habia de ser destinado á empleos en que su deseo no habia de tener influencia, ¿quién, y por qué, y para qué se impondria esfuerzos y privaciones? ¿Qué causas, qué razon, qué móvil podria tener el individuo para sujetarse al dolor del trabajo y al sufrimiento de la supresion del goce? Ninguna seguramente y *sublata causa tollitur effectus*.

Sólo, pues, el conocimiento de las relaciones que existen entre el concurso de su accion y la realizacion de sus aspiraciones, sólo la certidumbre de cuanto más enérgico y mejor dirigido y preparado esté, mayor y más beneficioso será el resultado, y tanto más exiguo, nulo, y hasta perjudicial, cuanto más débil y peor combinado sea, puede hacer que el hombre se preste libre y espontáneamente á cooperar á la produccion, y que en él se despierte creciente energia en la aplicacion de todas sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, al fin constante de las aspiraciones y deseos de la gran mayoría de la especie humana, de mejorar su condicion, y que al realizarse de una manera normal, trae providencialmente consigo el desarrollo y progreso de la especie.

Sobre cuál deba ser la recompensa, cuál la pena, la pérdida, el sufrimiento, cuál la responsabilidad que á cada individuo corresponda por su accion ó inaccion, y cuáles las condiciones en que, por ha-

cerse efectiva, mejor y con entera y cabal exactitud, obrará con más vigor y acierto sobre la voluntad de los individuos á quienes afecte, no puede caber la menor duda.

Por de pronto, es imposible dejar de advertir que no es dable determinar *à priori* con exactitud la responsabilidad que á cada individuo corresponda por razon de la intensidad, carácter y circunstancias de su concurso á las operaciones productivas, cuando no hay cálculo ni prevision humana que pueda graduar la importancia de las innumerables diversidades de su multiforme cooperacion, ni la intensidad de la accion de cada individuo, ni, por último, las infinitas eventualidades y complicaciones que pueden modificar su influencia en la produccion.

Es al mismo tiempo evidente que la adopcion de un sistema cualquiera de remuneracion proporcionada al esfuerzo ó sacrificios de cada individuo, además de los muchos y muy graves inconvenientes y dificultades que por lo muy conocidos no enumeramos, traeria de no ajustarse al resultado de las operaciones productivas á que esos esfuerzos cooperasen, el grave mal de desnaturalizar la responsabilidad, haciendo aparecer á la vista del productor los efectos de su concurso como distintos de lo que fueran en realidad, con lo cual, presentándole bajo un falso aspecto los diferentes empleos que pudiera dar á su actividad, se le impulsaría á dedicar sus medios de produccion en una direccion inconveniente, alejándole de las que, como más acertadas y beneficiosas, señalaran los beneficios que con ellas pudiesen obtener.

El daño que provenga de la falta de la necesaria actividad ó de un empleo inconveniente, y el beneficio y mayor utilidad que resulta de los esfuerzos y sacrificios enérgicos y sostenidos en la más conveniente direccion y orden, sólo obrarán con verdadera y completa intensidad sobre el individuo cuyo concurso á la produccion ó inercia hubiere dado lugar á ellos, poniéndole en el caso de apreciarlos con cabal exactitud, haciéndole experimentar las consecuencias de su apatia, de sus errores, de su actividad y de su energia, cuando caigan sobre él todas, absolutamente todas las consecuencias de sus actos, haciéndole sentir la extension verdadera de su responsabilidad, esto es, dejándole sufrir el dolor de no poder satisfacer sus necesidades, y hasta el de la pérdida de los medios que ántes poseyera en los dos primeros casos, y reconociéndole en el último el derecho de gozar, de disfrutar, de disponer libremente, en una palabra, la propiedad de las utilidades de todas clases que obtuviere.

Pero, por una condicion ineludible de esas utilidades, ni en el producto destinado al consumo, ni por consiguiente, en el que se capitaliza, ni en las

mejoras y preparaciones de los agentes naturales, pueden existir independientemente de la materia que forman los productos de las fuerzas que regulan su acción y de las reglas que constituyen las condiciones que permiten al hombre emplearlos en la satisfacción de sus necesidades, en las operaciones de su producción; y por consecuencia de esa indisoluble unión es preciso ó reconocer en el individuo que concurrió á la producción del complemento necesario de su utilidad, la propiedad del objeto sobre que recaiga, ó privarle de aquella á cuya manifestación cooperó, en cuyo caso cesará el móvil de su actividad, ningún interés decidirá su voluntad á imponerse trabajo ni privación alguna, y la tierra, la especie humana permanecerían ó volverían á su carácter primitivo.

Es, pues, una verdad innegable, que la propiedad, ó lo que es lo mismo, el aprovechamiento de los productos, capitales y agentes naturales, dentro de los límites que la moral señala, es la realización única, verdadera y legítima de la responsabilidad del individuo, pues sólo con ella recaen sobre él las consecuencias de sus propios actos, proporcionándole el goce de los beneficios y el sufrimiento de los daños que, causa eficiente de todo resultado, contribuyera á producir.

En unos y otros debe durar y permanecer, y de hecho dura y permanece, mientras subsiste la utilidad desarrollada por la acción humana, porque en tanto que ésta no desaparezca, persiste la razón de ese derecho. Así suele, en los productos, ya destinados al consumo, ya empleados como capital, desaparecer esa propiedad en un brevísimo período por su aplicación á un solo acto, en otros permanecer por algún tiempo, porque su uso ó cooperación deje persistente su utilidad, como sucede con los vestidos y ciertos útiles, y por último, en algunos cuya duración es secular, y por lo general acontece respecto de los agentes naturales que ya por las condiciones más permanentes de las reformas y modificaciones de que son objeto, la propiedad, fuera de excepciones que, como, si tenemos tiempo para ello, demostraremos, se derivan del principio general en que se apoya el principio de propiedad, se prolonga por períodos más considerables y con frecuencia perpetuos, porque sus dueños mantienen y desarrollan la utilidad producida, reponiendo con la aplicación de nuevo trabajo ó capital las pérdidas ó minoraciones que experimente.

Resulta, pues, de los hechos que dejamos consignados, ser evidente y no cuestionado: que uno de los fines de la especie humana es llegar al mayor desarrollo y perfección que le sea posible, dadas las condiciones del organismo de sus individuos y las del medio en que se ha de realizar el desenvolvimiento; que para llenar esa misión más allá de lo

que permita la masa de las producciones espontáneas de la tierra y agentes naturales, adecuadas á la conservación de la vida humana, es indispensable aumentar esa producción espontánea: que á ese resultado no se puede llegar más que por la aplicación á los agentes y fuerzas naturales de la acción de los individuos: que siendo estos seres inteligentes, libres y por tanto responsables, sólo ponen en acción todas sus fuerzas y estudian con prolijidad y atención la manera de emplearlas, en cuanto por efecto de su concurso y con arreglo á su responsabilidad exacta y verdadera, recaigan sobre él los daños ocasionados por su inercia y por la ineficacia ó error en la aplicación de sus medios de producción, como son, la carencia, la escasez y hasta la pérdida de los objetos necesarios para la satisfacción de sus necesidades y el goce de todos los beneficios derivados de una enérgica é inteligente cooperación, esto es, de todos los productos, de todas las utilidades, de todos los medios obtenidos con su concurso, de responder directa ó indirectamente á las exigencias de su organismo; y, por último, que como las utilidades que se desarrollan por efecto de la aplicación de la actividad humana, se encuentran indisolublemente unidas con el resultado de la acción de los agentes naturales, con la materia y con algunos de esos mismos agentes no pueden ser aprovechadas separadamente de éstas, por lo cual es preciso que, si se ha de hacer efectiva la responsabilidad y mantener en vigor la fuerza á que debe su crecimiento, la producción, el aprovechamiento del productor se extienda también á esa materia y agentes, constituyendo en ellos la propiedad.

Así, pues, por el inflexible encadenamiento de todas esas inexcusables exigencias, por ser la propiedad condición necesaria para que se realice el más amplio, enérgico y beneficioso empleo de la actividad del individuo en su concurso á las operaciones de la producción, por no poder ésta obtenerse más que por la acción del individuo, y, por último, por no poder alcanzar la especie humana el desarrollo y progreso, que es una de sus leyes, más que por medio del aumento de las producciones espontáneas del suelo, la consecuencia es ineludible, ó la humanidad no tiene ese fin, ó el medio único de realizarlo en la debida extensión es, como todas las cosas necesarias, legítimo.

JOAQUIN RODRIGUEZ SAN PEDRO.

(Concluirá.)

LA PRESION DEL AIRE,

CON RELACION Á LA VIDA DEL HOMBRE.

La reciente catástrofe del *Cenit*, que ha costado la vida á los aeronautas Sivel y Croce-Spinelli, da al estudio de la presion del aire y de su rarefaccion, á medida que se asciende en las altas montañas, un interes de actualidad. Sin valerse de medio tan peligroso como el del globo, puede resolver el médico el problema de que hablo por la observacion de la naturaleza en diferentes puntos de la tierra, y por medio de éxperimentos que no causan más víctimas que las de algunos animales. Sin ir tan léjos ni tan alto, los desgraciados y heróicos aeronautas hubieran conseguido su objeto con mucho ménos peligro, pues ascendiendo por montañas de 2.000 á 6.000 m, los resultados hubieran sido igualmente satisfactorios para la ciencia. Lo que esta funesta tentativa no ha podido enseñar, lo conocemos por los trabajos de un frances, el doctor Jourdanet, publicados con el titulo: *De la influencia de la vida del hombre en la presion del aire*.

Hay en este libro cuanto la ciencia y las personas ilustradas, ajenas á la medicina, pueden desear saber sobre dicho asunto. Despues de haber vivido veinte años en Méjico y de haberse dado detallada cuenta de lo que las altitudes engendran en el hombre, no sólo en América, sino en el Asia central, M. Jourdanet ha comprobado los datos de la observacion con los de la experiencia. Empleando generosamente su fortuna, ha dotado á la Sorbona y á M. Bert, de aparatos especiales destinados á producir en los animales los efectos de la presion y de la depresion barométrica, de modo que puedan analizarse sin peligro los fenómenos producidos bajo esta influencia. De aquí provienen las investigaciones de M. Bert, y las de que da cuenta el mencionado libro.

El mérito principal de la obra de M. Jourdanet consiste en dar á conocer, conforme á largas observaciones en los habitantes de las principales montañas del globo, lo que la experiencia puede producir á su gusto en los animales.

El primer punto que debe fijarse es el de *la temperatura del aire* en las diferentes altitudes.

Estas investigaciones se han hecho por medio de ascensiones aerostáticas, ó subiendo á elevadas montañas. Las primeras me parecen curiosas, pero las segundas son más útiles.

Es probable que no vaya á vivir en globo á ninguna altura, y puedo verme obligado á permanecer en altitudes donde me sea útil el conocimiento de la temperatura media.

Todo el mundo conoce las ascensiones de Biot

y Gay-Lussac que se elevaron á 7.000 m; de Barral y Bixio que llegaron á 8.000, sufriendo una temperatura de 39°; de Wels, que ha hecho 1.400 viajes por los aires, sin otro resultado que el de sus impresiones personales; de Glaisher, que, despues de 30 ascensiones, ha establecido que la temperatura variaba de 1° á 6° en los tiempos serenos, y los resultados de las investigaciones de Flammarrion, que demuestran que en un cielo puro, el descenso medio de la temperatura ha sido de 4° en los primeros 500 m, de 7° á los 1.000 m, de 10°,05, á 1.500 m, de 13° á 2.000 m, de 15°, á 2.500 m, de 17° á 3.000 m, y por término medio 1° por cada 189 m de altura.

Estos resultados son interesantes, pero prefiero los que da la observacion hecha en las montañas, por M. Jourdanet.

En la meseta de Anahuac está Méjico situado á 2.277 m de altura sobre Veracruz, y á 19° de latitud.

Encuétrase allí una temperatura media de +17° mientras que en Veracruz es de +26°, lo cual da un decrecimiento de 1° por cada 253 m de elevacion. Ahora bien, como cerca de Méjico está el volcan de Popocatepelt á 5.400 m de altura y en el cual empiezan las nieves perpetuas á 4.500 m, si se continúa el estudio del descenso termométrico se ve que, desde Méjico á las nieves, que se suponen á +2° la disminucion de temperatura, es de 1° por cada 148 m. Esta diferencia en el decrecimiento de la temperatura de Veracruz á Méjico y de Méjico á las nieves, se explica por la influencia del suelo, hecho que no puede producirse en las diferentes alturas de un globo, y cuyo conocimiento es de suma importancia.

¡Cosa curiosa! Si se compara la disminucion de la temperatura desde Veracruz hasta las nieves, se ve que es de 1° por cada 187 m, cifra casi igual á la que Flammarrion indica para la misma altura en globo. En efecto, á 4.500 m en un globo, la temperatura debe haber disminuido 25°, y ésta es próximamente la cifra de decrecimiento observada entre Veracruz y las nieves de Popocatepelt.

Parece que, desde hace largo tiempo, ha sucedido lo mismo, y á pesar de todo cuanto se ha dicho de enfriamiento del globo y de cambios de composicion de la atmósfera, hechos incompatibles con la existencia del hombre actual, puede decirse que en las edades prehistóricas, la temperatura del aire y su presion eran iguales á las de hoy. En efecto, un cambio de temperatura hubiese producido la amioracion ó aceleracion de la rotacion terrestre, lo cual no ha sucedido, porque, como dice Arago, la revolucion diurna del globo no ha variado en *un céntimo de segundo* durante 2.000 años, lo que prueba que la temperatura no ha cambiado en *un décimo de grado*. Podemos, pues, vivir tranquilos respecto á

los pretendidos peligros del enfriamiento de la tierra.

Para apreciar los efectos de los climas de altitud sobre el organismo, es preciso tener á la vez en cuenta la disminucion de la temperatura media y el decrecimiento del peso de la atmósfera.

Para esto es preciso observar lo que pasa en el Asia central. En la cordillera del Himalaya, donde las nieves perpetuas empiezan á 4.677 m, en las localidades situadas por debajo á más de 2.000, y en la América meridional, en la Cordillera de los Andes y de Méjico á parecidas alturas.

Verdad es que los efectos del descenso barométrico y las variedades de temperatura en aquellos parajes, no producen en el organismo perturbaciones semejantes á las que se observan en nivel menor y en latitudes más próximas al polo.

La anemia y la hypoglobulia (disminucion de los glóbulos de la sangre) no existen, á juzgar por el análisis químico, y si la sangre tiene menos color y produce palidez en el cútis, debe atribuirse á la disminucion de la cantidad de oxígeno. Es una *anoxemia* ó *anoxihemia* producida por falta de presion barométrica.

Digase lo que se quiera sobre este punto, la influencia climatérica de las elevadas altitudes, es una de aquellas á que no es posible habituarse, porque crea una fisiología y una patología especiales, debidas á una crásis sanguínea particular. Hay una accion debilitante real, cuya existencia justifica el análisis químico de la sangre, y que no puede negarse.

No conviene creer, sin embargo, que todas las altitudes producen el mismo efecto sobre el hombre, sino muy distintos; y en este punto, las investigaciones de M. Jourdanet son preciosas para la ciencia, porque los efectos de las altitudes poco considerables no son iguales á los de las elevadas altitudes. En las primeras de 1.000 á 2.000 m el aire es vivificante, y parece ser poderoso medio para curar á los anémicos, mientras que las alturas más grandes engendran, por el contrario, fenómenos anémicos: de aquí la necesidad de precisar la presion barométrica útil y la que es perjudicial.

Sobre 2.000 m de altura, nivel de las montañas de la América tropical, se producen sintomas de anemia particulares, modificando la marcha de las enfermedades en los habitantes de estos países. Más abajo, los fenómenos son distintos, y los efectos observados se deben, sea á la disminucion del oxígeno de la sangre en relacion con el corto número de glóbulos sanguíneos, sea á la disminucion de presion barométrica; es decir, al peso del aire.

Se debe tener en cuenta además la cantidad de ácido carbónico de la sangre, cuyo exceso aminora la accion del oxígeno respirado y que disminuye en

las altitudes poco elevadas, de donde se deduce que estas débiles altitudes favorecen la oxigenacion de la sangre, es decir, su rutilancia, lo cual es un medio de curacion de la anemia.

De estos hechos resulta la conclusion médica siguiente:

1.º Que el clima de las montañas poco elevadas, bajo presion de 70 y 75 es provechoso á la vida, favoreciendo la expulsion del ácido carbónico de la sangre y la accion del oxígeno del aire.

2.º Que las grandes altitudes y la prolongacion de la permanencia entre 60 y 65 de presion barométrica producen el efecto contrario.

Y 3.º Que la atmósfera más pesada de los niveles bajos del globo, es, cuanto más baja, menos favorable á la respiracion perfecta.

Estos hechos, sacados de la grande historia de la vida en los distintos parajes del globo, han recibido recientemente su demostracion experimental en el laboratorio, merced á los aparatos de M. Jourdanet, que tiene M. Bert en la Sorbona.

Forman estos aparatos dos vastos recipientes que reciben luz por ventanillos, comunicándose por una puerta herméticamente cerrada, y en los cuales se pueden establecer presiones barométricas distintas. Otro recipiente evita la impresion desagradable del émbolo de la máquina de vapor y permite, en ocasiones, formar el vacío en una gran campana de cristal. Finalmente, si se quiere, puede establecerse una corriente de aire en el aparato, para que los animales vivan dentro de él largo tiempo.

Con estos aparatos ha investigado M. Bert cuál es la fuerza de resistencia de los animales en el aire, confinado á diversos grados de presion barométrica, y ha visto, segun se sabe ya, que los animales mueren cuando han agotado el oxígeno del aire que los rodea, de tal modo, que sólo dejan un 3 ó 4 por 100. En la presion barométrica de 76 pasan asi las cosas; pero si el aire está rarificado de modo que ofrezca menor presion barométrica, la absorcion disminuye, y cuando el animal muere, queda un 6 ó un 8 por 100 de oxígeno en su atmósfera.

Si muere es á causa de la disminucion de la densidad del oxígeno mismo, cuya cantidad queda siendo cuatro centésimas partes, de lo que seria á la presion ordinaria de 76 cm. Cualquiera que sea la presion, los animales morirán, cuando el oxígeno quede reducido á cuatro céntimos de su densidad, sea cual fuere la cantidad que reste en el aparato, y que es tanto más grande cuanto mayor éste.

De aquí resulta el hecho interesante de que á grande altura y al aire libre, por ejemplo en globo, morirá el hombre si en la atmósfera rarificada por la altitud no hay más que cuatro céntimos del oxígeno de la atmósfera pura del nivel de los mares.